

PABLO o PAULO, *pequeño*, el distinguido “apóstol de los gentiles,” Rom. 11:13, llamado también Saulo, *pedido*, nombre hebreo. Se le llama primero Pablo en Hech. 13:9, y como algunos creen, tomó este nombre romano según una costumbre común de los judíos en tierras extranjeras, o en honor de Sergio Paulo, ver. 7, su antiguo amigo y converso. Bien puede haber sucedido, sin embargo, que tuviera ambos nombres en su niñez. Nació en Tarso, en Cilicia, y heredó de su padre los privilegios de ciudadano romano. Sus padres pertenecían a la tribu de Benjamín, y educaron a su hijo como “Hebreo de los Hebreos,” Fil. 3:5. Tarso era altamente distinguida por su civilización y cultura, y las oportunidades para el adelanto que allí se hallaban, fueron sin duda aprovechadas diligentemente por Pablo. Al llegar a una edad a propósito fue enviado a Jerusalén a completar su educación en la escuela de Gamaliel, el Rabí más distinguido de aquella época. No consta que haya estado en Jerusalén durante el ministerio de Cristo, y fue quizás después de su vuelta a Tarso cuando aprendió el arte de hacer tiendas, obrando así en conformidad con una práctica general establecida entre los judíos, y con la máxima de ellos de que “El que no enseña a su hijo un arte útil, le enseña a robar,” Hech. 18:3; 20:34; 2 Tes. 3:8. Le hallamos poco después en Jerusalén, como a los 30 años de edad, mereciendo en alto grado la confianza de los principales hombres de la nación. Se había aprovechado de las enseñanzas de Gamaliel, y llegado a ser perito en la ley. Apegándose a la disciplina más estricta de la secta de los fariseos, se había convertido en decidido defensor del Judaísmo, y en acérrimo enemigo del cristianismo, Hech. 8:3; 26:9-11. Después de su milagrosa conversión, de la cual tenemos tres relaciones, Hech. 9; 22; 26, Cristo fue todo en todo para él. Cristo fue quien se reveló a su alma en Damasco, Hech. 26:15; 1 Cor. 15:8; a Cristo consagró todo su corazón y su alma, todo su entendimiento, su poder y su fuerza, y de entonces en adelante, viviendo o muriendo, fue el siervo de Jesucristo. Dedicó todas las facultades de su espíritu ardiente y enérgico a la defensa y propagación del evangelio de Cristo, más particularmente entre los gentiles. Las ideas que tenía del puro y elevado espíritu del Cristianismo, en su culto y en su influencia práctica, parecen haber sido especialmente claras y firmes: la oposición que por ese motivo se veía en el caso de hacer a los ritos y ceremonias del culto judaico, lo expusieron en todas partes al odio y a la malevolencia de sus paisanos, En virtud de la acusación que le hicieron, fue al fin reducido a prisión por las autoridades romanas, y después de haber sido detenido dos años o más en Cesárea, fue enviado a Roma para ser juzgado allí, habiendo él mismo apelado al emperador. Hay menos certeza con respecto a las relaciones que los antiguos escritores eclesiásticos hacen de la vida posterior de Pablo. Con todo, había una opinión generalmente recibida en los primeros siglos de que el apóstol fue absuelto y sacado de la cárcel al fin de dos años, y que después volvió a Roma, en donde fue de nuevo aprisionado y condenado a muerte por Nerón.

Pablo poseía, según parece, toda la erudición que entonces era común entre los judíos, y conocía bien la literatura griega, según consta del hecho de que poseía a fondo ese idioma; de sus frecuentes discusiones con sus filósofos, y de las citas que hace de sus poetas, tales como Aratus, Hech. 17:28; Menandro, 1 Cor. 15:33, y Epiménides, Tit. 1:12. Probablemente, sin embargo, no puede atribuírsele con propiedad una instrucción muy profunda en el saber de los Griegos. Pero el rasgo más notable de su carácter consiste en la idea sublime que tenía del designio universal y la naturaleza espiritual de la religión de Cristo, y de la influencia purificante y ennoblecedora que ejerce en el corazón y el carácter de aquellos que sinceramente lo profesan. Del Salvador mismo había adquirido el fuego de un amor universal, y la idea de la salvación para toda la humanidad, Gál. 1:12, La mayor parte de los otros apóstoles y maestros se apegaban al judaísmo, a los ritos, ceremonias y dogmas de la religión en que habían sido criados, y consideraban el cristianismo como un injerto hecho en el antiguo árbol, el cual tenía que permanecer aún como tronco para sostener las nuevas ramas. Pablo parece haber sido de los primeros que abandonaron esta opinión tan estrecha, considerando el cristianismo en su verdadera luz, como una religión universal. Mientras que otros estaban por judaizar a todos aquellos que abrazaban la nueva religión, imponiéndoles el yugo de las observancias mosaicas, el esfuerzo de Pablo se dirigió a

derribar la pared divisoria que existía entre los judíos y los gentiles, poniéndoles de manifiesto que todos eran “uno en Cristo.” A este fin tendían todos sus trabajos; y ardiente en la prosecución de este grande objeto, no titubeó en censurar al contemporizador Pedro, y en exponer su propia vida resistiendo las preocupaciones de sus paisanos. A la verdad, los cinco años que sufrió de prisión en Jerusalén, Cesárea y Roma, tuvieron su origen principalmente en esta causa.

La siguiente lista cronológica de los principales acontecimientos de la vida de Pablo puede servir de guía y ayuda en las investigaciones que se hagan en la porción más interesante de la historia. Presentamos aquí, las diferentes fechas sugeridos por Hug, Lardner, y Conybeare y Howson; y así la lista, a la vez que enseña el general acuerdo de los cronologistas en cuanto al orden de los acontecimientos, manifiesta también que hasta ahora se ha hallado casi imposible adquirir una certeza plena respecto de sus fechas.

La conversión de Pablo, Hech. 9. En el año 21 de Tiberio. 36 D.C.

Va a Arabia y vuelve a Damasco, Gál. 1:17; y en el tercer año escapa de Damasco y visita a Jerusalén, Hech. 9:23-26, en el año 38 o 39 D.C.

De Jerusalén va a Tarso, Hech. 9:30, y después de varios años de trabajo en Cilicia y Siria, Gál. 1:21, durante los cuales se supone que tuvieron lugar la mayor parte de los sufrimientos que se mencionan en 2 Cor. 11:24-26, fue con Bernabé a Antioquía en Siria, Hech. 11:25, 28, en donde estos trabajaron durante el año 43 o 44 D.C.

De Antioquía es enviado con Bernabé a Jerusalén, (y esta fue su segunda visita), a llevar auxilios para el hambre, y vuelve a Antioquía, Hechos 11:30. 44 o 45 D.C.

Primer gran viaje misionario, con Bernabé, de Antioquía a Cipro, Antioquía en Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, y regreso por los mismos lugares y Atalía a Antioquía, Hech. 13; 14, por cosa de dos años, comenzando en el año 45 o 48 D.C.

Tercera visita a Jerusalén con Bernabé para consultar respecto de la circuncisión, etc., y vuelta a Antioquía, Hech 15:2-30. Año 50 o 53 D.C.

Segundo viaje misionario desde Antioquía, por Cilicia, Derbe, Listra, Frigia, Galacia, Troas, Neápolis, Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto, Hech. 15:35 a 18:1, en donde encuentra a Áquila. Año 51, 52 o 54 D.C.

Después de permanecer 18 meses en Corinto, hace su cuarta visita a Jerusalén, por Cencrea, Éfeso y Cesarea, y vuelve a Antioquía, Hechos 18:11-22, en el año 54 o 56 D.C.

Tercer viaje misionario por Galicia y Frigia, llegando a Éfeso, Hechos 19:1, en el año 53, 54, o 57 D.C.

Después de dos años en Éfeso, yendo por Troas y Macedonia a Corinto, Hech. 20:1, año 56, 57, o 59 D.C.

Quinta visita a Jerusalén desde Corinto por Filipos, Troas, Mileto, Tiro, Tolemaida y Cesárea. Hechos 20:3 a 21:15. Año 58 o 60 D.C.

Después de dos años de prisión en Jerusalén y Cesárea, se embarca en Sidón, siguiendo por Mira, Buenos Puertos, etc., a Malta, en donde naufraga; en la primavera prosigue para Roma, Hech. 21:17 a 28:16. Año 61 o 63 D.C.

Está dos años prisionero en Roma, y es puesto en libertad, Hech. 28:30. Año 63 o 65 D.C.

Después de trabajar como algunos creen, en España, Rom. 15:24, 28, también en Éfeso, Macedonia, 1 Tim. 1:3; Creta, Tito 1:5; Asia Menor, 2 Tim. 1:15, y Nicópolis, Tito 3:12, es vuelto a poner preso en Roma, en donde gozosamente espera el martirio, aunque casi solo, 2 Tim. 2:9; 4:6-18. Año 65 o 68 D.C.

Estos viajes de San Pablo, muchos de ellos hechos a pie, deben estudiarse en un mapa, en conexión con la narración inspirada que se halla en los Hechos, y con la descripción patética que él mismo hace de sus propios trabajos, 2 Cor. 11:23-29, no obstante que no hace mención ni de la mitad. Cuando echamos una ojeada a las muchas regiones que él recorrió y evangelizó, a los convertidos que congregó, a las iglesias que fundó, a las penalidades, peligros y pruebas que sufrió, a los milagros que obró, a las revelaciones que recibió, a los discursos, oraciones y cartas en que tan hábilmente defiende y desarrolla el cristianismo, al inconmensurable bien que Dios dispensó por su conducto, a su heroica vida, y a su muerte en el martirio, Pablo se nos presenta como el más extraordinario de los hombres.

El carácter de Pablo se delinea más perfectamente en sus epístolas, por medio de las cuales, como dice Crisóstomo, “vive todavía en las bocas de los hombres por todo el mundo.” Por su medio, no solamente sus propios conversos, sino todos los fieles que hasta el presente han existido, más aun, todos los santos que están aún por nacer, hasta que Cristo venga de nuevo, unos y otros han sido y serán benditos. En ella observamos el poder de la gracia que transforma y eleva, en uno que primitivamente era turbulento y exaltado, haciéndole un modelo de excelencia varonil y cristiana: valeroso y firme, y sin embargo, considerado, cortés y afable; magnánimo, patriota y abnegado, y lleno de toda clase de sentimientos y de afectos nobles.

Epístolas de Pablo. Hay 14 epístolas en el Nuevo Testamento que comúnmente se atribuyen a Pablo, concluyendo con la dirigida a los Hebreos. La autenticidad de las 13 primeras nunca ha sido disputada; en cuanto a la última, muchos hombres buenos han dudado que Pablo fuera su autor, si bien los más de los críticos del día son de opinión de que sí lo fue. Estas epístolas en que se desarrollan los principios del cristianismo para todas las épocas, caracteres y circunstancias, se cuentan entre los más importantes documentos primitivos de la religión cristiana, aun prescindiendo de su carácter inspirado; y aunque parece que fueron escritas sin especial premeditación, y se refieren principalmente a circunstancias y relaciones temporales, llevan sin embargo en todas partes el sello del grande ingenio del apóstol, tal como se había purificado, elevado y sostenido por las influencias del Espíritu Santo.

El siguiente es el arreglo de las epístolas de Pablo hecho por Lardner, con los lugares en donde fueron escritas, y las fechas:

Epístolas	Lugar donde escrito	Año del Señor
1 Tesalonicenses	Corinto	52
2 Tesalonicenses	Corinto	52
Gálatas	Corinto o Éfeso	Fines de 52 o principios de 53
1 Corintios	Éfeso	Principios de 56
1 Timoteo	Macedonia	56

Tito	Macedonia o cerca de allí	Cerca del fin de 56
2 Corintios	Macedonia	Como por octubre de 57
Romanos	Corinto	Como por febrero de 58
Efesios	Roma	Como por abril de 61
2 Timoteo	Roma	Como por mayo de 61
Filipenses	Roma	Antes de fines de 62
Colosenses	Roma	Antes de terminar 62
Filemón	Roma	Antes de terminar 62
Hebreos	Italia	Primavera de 63

El arreglo hecho por Hugo es algo diferente, y la mayor parte de los críticos colocan la epístola a los Hebreos y las epístolas pastorales dirigidas a Timoteo y a Tito, hacia el fin de la lista; mientras que los que hallan evidencia de que Pablo fue puesto en libertad después de su primera prisión, y vivió hasta la primavera de 68 A. D., les dan cabida en los últimos años de la vida del apóstol. Véase Timoteo.

PACIENCIA, como atributo de la divinidad, denota la extraordinaria indulgencia de Dios en virtud de la cual se abstiene de la ira, y sigue ejerciendo la misericordia a pesar de las grandes y repetidas provocaciones de parte del hombre, Exod. 34:6, 7; Rom. 2:4; 2 Ped. 3:9. Como gracia cristiana, denota algunas veces el acto de sufrir el mal tranquila y confiadamente, y de perseverar en la fe y en el deber, Luc. 8:15; Rom. 5:3; Sant. 1:3, 12; 2 Ped. 1:6; y otras, indulgencia para con el prójimo, Mat. 18:26, 29; 1 Tes. 5:14; 2 Tim. 2:24. Dios es el origen de esta gracia como de todas las demás, Rom. 15:5; y el cristiano tiene que buscarla en él, en el estudio de las Escrituras y de Cristo, quien perfectamente la ejemplificó, Rom. 15:1-5; Gál. 5:22; Heb. 6:12, 15; 12:1, 2; Sant. 5:10, 11; 1 Ped. 2:18-23.

PACTO, La palabra *testamentum* se usa con frecuencia en latín, para expresar la hebrea *berith*, que significa pacto; de aquí el que los títulos de Antiguo y Nuevo Testamento se empleen para denotar el antiguo y el nuevo pacto. Véase Testamento.

Un pacto es, en rigor, un convenio hecho entre dos partes. Entre los antiguos era ratificado por un juramento, se apelaba a Dios como testigo, Gén. 21:31; 31:50, y las partes contratantes comían sal juntas, como lo hicieron Jacob y Labán, Gén. 31:46; Lev. 2:13; Núm. 18:19; dividían los animales en dos porciones y pasaban entre ellas, Gén. 15; Jer. 34:18, 19. Cuando una de las partes contratantes es infinitamente superior a la otra, como sucede entre el pacto celebrado entre Dios y el hombre, el convenio por lo que respecta a Dios asume el carácter de promesa, Isa. 59:21; Jer. 31:33, 34; Gál. 3:15-18; pero esta promesa se halla a menudo limitada por ciertas condiciones que debe llenar el hombre, como la circuncisión, Gén. 17:10, 14; Hech. 7:8; la obediencia a los mandamientos, etc., Ex. 34:27, 28; Lev. 18:5. El primer pacto de Dios con los Hebreos fue hecho cuando el Señor escogió a Abraham y a su posteridad para que fueran su pueblo; un segundo pacto, o una solemne renovación del primero, fue celebrado en el Sinaí, comprendiendo a todos los que observaran la ley de Moisés.

“El “nuevo pacto,” cuyo Mediador y Autor es Cristo, y el cual fue confirmado por su sangre, comprende a todos los que crean en él, y experimenten el nuevo nacimiento, Gál. 4:24; Heb. 7:22; 8:6-13; 9:15-23; 12:24. Los pactos divinos eran ratificados por el sacrificio de una víctima, para manifestar que sin expiación no podría haber comunicación de bendición ni salvación divina para con el hombre, Gén. 15:1-18; Exod. 24:6-8; Heb. 9:6. Los creyentes eminentes que había entre el pueblo que había pactado con su Hacedor, eran favorecidos con el establecimiento de pactos privados, en que Dios les prometía ciertos favores temporales; pero esos favores eran solamente renovaciones del “pacto eterno,” hechas a los

individuos, con tipos temporales y prendas del cumplimiento de éste. Así Dios pactó con Noé, Abraham y David, Gén. 9:8, 9; 17:4, 5; Sal. 89:3, 4, etc., y les dio fe en el Salvador que después sería revelado, Rom. 3:25; Heb. 9:15.

En el lenguaje común, usamos generalmente las palabras Antiguo y Nuevo Testamento, o antiguo y nuevo pacto, para significar el pacto celebrado entre Dios y la posteridad de Abraham, y el que él ha hecho con los creyentes por conducto de Jesucristo; porque todos los demás no son sino consecuencias, ramas o explicaciones de estos dos, y están incluidos en ellos. El más solemne y perfecto de los pactos de Dios con los hombres es el que hizo por la mediación de nuestro Redentor, y el cual subsistirá hasta la consumación de los siglos. El Hijo de Dios le sirve de garantía, pues está confirmado con su sangre; su fin y objeto son la vida eterna, y sus constituciones y leyes tienen mayor excelencia que las del pacto antiguo.

Los teólogos emplean la frase “pacto de las obras,” para denotar la constitución establecida por Dios con el hombre, antes de la caída, y la promesa del cual era la vida eterna, bajo la condición de obediencia. Ose. 6:7; Rom. 3:27; Gál. 2:19. Emplean también la frase “pacto de la gracia y de la redención,” para denotar el arreglo hecho en los consejos de la eternidad, en virtud del cual Dios el Padre perdona y salva a los pecadores que fueren redimidos por la muerte del Hijo.

PADAN-ARAM, las llanuras de Aram o Siria, Gén. 25:20; 28:2; 31:18, o simplemente Padan, Gén. 48:7, la llanura en distinción de las montañas de Aram, Núm. 23:7. Véanse Mesopotamia y Siria.

PADRE, es a menudo sinónimo de antepasado, fundador o causa, como se ve en Gén. 4:20, 21; Juan 8:56; Rom. 4:16. Josué fue como padre para con Faraón, Gén. 45:8, como su consejero y proveedor. Dios es Padre de los hombres como su Creador, Deut. 32:6; Isa. 63:16; 64:8; Luc. 3:38. Pero como hemos perdido los derechos de hijos por nuestros pecados, es solamente por medio de Jesucristo que podemos dar a Dios el cariñoso nombre de “nuestro Padre,” Juan 20:17; Rom. 8:15-17.

En los tiempos patriarcales, un padre era amo y juez en su propia casa, y ejercía una autoridad casi ilimitada sobre su familia. La desobediencia filial o falta de respeto era una grave ofensa. Bajo la ley ciertos actos de los hijos eran crímenes capitales, Exod. 21:15-17; Lev. 20:9; y al padre se le exigía que llevase a su hijo al tribunal público, Deut. 21:18-21. Uno de los deberes imprescindibles de los padres es inculcar en sus hijos la verdad religiosa y educarlos para el servicio de Dios, Exod. 12:26, 27; Deut. 4:9, 10; 6:6, 7; 11:18, 19; Sal. 78:5-8; Efes. 6:4, y esperar un buen éxito, Prov. 22:6. Véase Madre.

PAFOS, ciudad en el límite occidental de Cipro, cuyo gobernador romano fue convertido en la visita de Pablo y Bernabé, Hech. 13:6-13. La antigua Pafos, denominada ahora Kuklia, que se dice fue fundada por 1184 A. C., estaba a dos millas de la playa, y era el sitio de un famoso templo de Venus. Esta era llamada a menudo la diosa de Pafos, porque la fábula refería que allí había salido del mar. La Nueva Pafos, conocida ahora con el nombre de Baffa, estaba en la costa, como 10 millas al noroeste de la ciudad más antigua. Tenía un regular puerto, que está ahora casi obstruido, y era el asiento del procónsul romano. Véanse Elimas y Sergio Paulo.

PAJA, La paja de trigo y de cebada era usada como pasto para los caballos, ganados y camellos, Gén. 24:25, 32; 1 Rey. 4:28; Job 21:18; Isa. 11:7; 65:25; Jer. 23:28. La paja picada se mezclaba a menudo con cebada y otros granos para alimento de los animales. Su empleo para hacer ladrillos se menciona en Exod. 5:7-18. La palabra traducida “hojarasca,” en Exod. 5:12; 15:7; “rastroyo” en Joel 2:5; “estopa” en

Abd. 18; Nah. 1:10; “tamo” en Isa. 47:14, era el residuo que quedaba de los campos después de haberse recogido la mejor parte de la paja.

PALA, un instrumento empleado para aventar el grano. En el Oriente las palas son de dos clases: una es una especie de bieldo que tiene varios dientes; con este arrojan el grano al viento para que este separe la paja del hollejo: la otra clase de palas tiene por objeto producir viento cuando el aire está en calma, Isa. 30: 24. Este procedimiento ejemplifica la completa separación que Cristo el Juez ejecutará entre los justos y los malvados, Jer. 15:7; Mat. 3:12. Véase Trilla.

PALABRA. Véase Verbo.

PALACIO, en el Antiguo Testamento denota algunas veces todos los edificios, atrios y jardines incluidos por el muro exterior de una residencia real. Dan. 1:4; 4:4; 1 Rey. 16:18; 2 Rey. 15:25. En algunos casos abarcaba también la fortaleza o ciudadela. En 1 Rey. 7:1-12, se le llama simplemente casa. En el Nuevo Testamento se aplica dicha palabra al edificio en que residían los ricos o personas de elevada posición, Mat. 26:3; Mar. 14:66; Luc. 11:21. En cuanto al significado de la palabra en Filip. 1:13, véase Pretorio.

PALESTINA, denota en el Antiguo Testamento, el país de los Filisteos, Filistia, según la traducción que de esta palabra hebrea se hace en otras partes. Era aquella parte de la Tierra Prometida que se extendía a lo largo del Mar Mediterráneo en las variables fronteras occidentales de Simeón, Judá y Dan, Exod. 15:14; Isa. 14:29, 31; Joel 3:4. Palestina tomada posteriormente en un sentido más general, significa el país entero de Canaán, tanto de un lado como de otro del Jordán, aun que frecuentemente se restringe el nombre al país que se halla en la parte occidental del río, de manera que después las palabras Judea y Palestina han venido a ser sinónimas. Hallamos también el nombre de Siria-Palestina dado a la Tierra Prometida, y aun algunas veces esta provincia se halla comprendida en Caele-Siria, y la Baja Siria. De los escritores conocidos Herodoto es el más antiguo que habla de Siria-Palestina. La coloca entre Fenicia y Egipto. Véase Canaán.

PALMA o PALMERA, Ex. 15:27. Este árbol se llama en hebreo *tamar*, porque crece derecho, perpendicular y sin ramas, Jer. 10:5, lo cual le da un aspecto más notable que el de otro árbol cualquiera. Crece en climas cálidos y secos, y en suelo arenoso, haciendo penetrar sus raíces hasta donde están las aguas subterráneas, pero florece mejor cerca de los ríos y manantiales. Su graciosa forma era esculpida en las columnas de casas costosas, así como también lo fue en las puertas del templo, 1 Rey. 6:32; 2 Crón. 3:5; comp. Ezeq. 41:18-20. Véase Tamar.

La palmera es uno de los árboles más hermosos del reino vegetal. Su tronco, de un grueso casi uniforme de arriba abajo, está lleno de nudos ásperos que hacen comparativamente fácil la subida hasta la copa del árbol para cortarle el fruto, Cant. 7:7, 8. Estas prominencias son los vestigios de las hojas caídas; porque el tronco, como el de todos los árboles que pertenecen a las monocotiledoneas, tiene el centro lleno de médula, alrededor de la cual se forma una corteza correosa, llena de fibras fuertes cuando está tierno el árbol, pero que a medida que este entra en años, se endurece y hace leñosa. A esta corteza están estrechamente unidas las hojas, las cuales se levantan en el centro, pero después que han sobresalido de la cubierta que las rodea, se extienden mucho por todo el rededor del tallo del árbol, y a medida que las más antiguas se van secando, el tronco crece en altura. Llega a tener 30 o 40 pies de alto, y en algunos casos 60 a 100; y con su copa siempre verde y graciosa, y su precioso fruto, es una imagen adecuada del alma que crece en gracia, Sal. 92:12, 14. Las hojas, cuando el árbol ha crecido hasta llegar al tamaño en que producen frutos, tienen de 6 a 8 pies de largo y son muy anchas cuando se extienden; se usan para formar techos de casas, abanicos y cosas por el estilo.

El fruto de la palma de dátil crece debajo de las hojas en una docena de racimos o más, que a veces pasan 15 libras de peso, y es de un sabor dulce y agradable. La palmera comienza a fructificar cuando tiene como 10 años de edad, vive 200 años o más, y produce con mayor abundancia, del año 30° al 80°. Los dátiles maduros se recogen con la mano, o sacudiéndolos dentro de una red, y se tienden al aire libre por unos cuantos días; algunos se comen frescos, otros se almacenan para más tarde. Del jugo que se les exprime se hace un excelente jarabe. También se hace de ellos una bebida agradable ablandándolos en agua caliente. Tales son los vinos de dátil del Oriente. Los diligentes naturales, dice Mr. Gibbon, celebran ya en verso o en prosa, los 360 usos a que el tronco, las hojas, los tallos de estas o sean las ramas, las fibras y el fruto se aplican hábilmente. Una parte considerable de los habitantes de Egipto, de Arabia y de Persia, subsisten casi enteramente de su fruto. Ellos hacen también alarde de sus virtudes medicinales. Sus camellos se alimentan de los huesos de los dátiles; de las hojas hacen sillones, canastas, sacos, cordeles, esteras y cepillos; de las ramas a tallos, jaulas para sus aves, y cercas para sus jardines; de las fibras del tronco, hilo, cordeles y jarcia; de la savia se prepara un licor espirituoso, y el cuerpo del árbol proporciona combustibles: aún se dice que de una clase de palmeras, el *Phoenix farinifera*, se ha extraído harina, la cual se encuentra entre las fibras del tronco, y ha sido empleada como alimento.

Según las descripciones de los antiguos, varias partes de la Tierra Santa, no menos que Idumea, que estaba contigua a ella, abundan en palmeras. La Judea se tipifica en varias monedas de Vespasiano, por medio de una mujer desconsolada sentada bajo una palmera, con la inscripción "Judaea Capta." Véase Cautividad. Los Hebreos llevaban las hojas en la fiesta de los tabernáculos. Las palmeras florecían en Elinj y Elat, en Baal-tamar y Hazezon-tamar, en Betania, "casa de dátiles," y Fenicia, "tierra de palmeras." En Deut. 34:3, a Jericó se le llama "ciudad de las palmas," y uno de estos árboles se halla todavía en sus cercanías; pero en general, ahora son raras en Palestina. Coronas de palma, y ramas batidas en el aire o regadas en el camino, son cosas en que se piensa como símbolo de victoria, no sólo por lo que toca a los honores tributados a los antiguos conquistadores en los juegos griegos y en la guerra, sino por lo que respecta a la entrada triunfal del Rey de Sion en Jerusalén, Juan 12:13, y en su triunfo más glorioso con su pueblo en el cielo, Apoc. 7:9.

PALMO, Exod. 28:16; 1 Sam. 17:4; Isa. 40:12; Ezeq. 43:13, la distancia que hay desde el extremo del pulgar hasta el del dedo meñique, cuando se extiende la mano; mide de 9 a 10 pulgadas.

PALOMAS, (las) eran limpias según el ritual mosaico, y eran ofrecidas en sacrificio, especialmente por los pobres, Gen. 15:9; Lev. 5:7; 12:6-8; Luc. 2:24. Varias clases de palomas o pichones frecuentaban la Tierra Santa; y las grandísimas bandadas que de ellas se veían algunas veces, sirvieron de símil en un pasaje de Isa. 60:8. A su veloz y dilatado vuelo y a su hermoso plumaje se hace alusión en Sal. 55:6; 68:13; a sus tiernas miradas y melancólicas notas, etc., en Cant. 1:15; 2:14; Isa. 59:11. La paloma es el símbolo de la sencillez, la inocencia y la fidelidad conyugal, Ose. 7:11; Mat. 10:16. Dicha ave fue el precursor escogido de la renovación del favor de Dios después del diluvio, Gén. 8, y fue honrada como emblema del Espíritu Santo, Mat. 3:16. Véase Tórtola.

PALTI, *a quien Jehová libra*. I. Uno de los doce espías, jefe en Benjamín, Núm. 13:9.

II. Hijo de Lais de Galim, a quien Saúl por su propia conveniencia le dio la hija que ya había dado a David. Véase Mical. Según parece, Palti la amaba entrañablemente, 1 Sam. 25:44; 2 Sam. 3:15, 16.

PAN, palabra que en las Escrituras se emplea a menudo para denotar alimento en general, Gén. 3:19; 18:5; 28:20; Exod. 2:20; Lev. 11:13. El maná se llama pan del cielo, Exod. 16:4. Pan, en su sentido propio y genuino, significa comúnmente tortas hechas de harina de trigo, Gén. 18:6. La sebada se usaba generalmente por los pobres, y para alimentar a los caballos. El trigo era molido diariamente en pequeñas piedras de molino; la harina se amasaba en una artesa de madera, y después se dejaba fermentar si había tiempo para ello, Exod. 12:34; Ose. 7:4; en seguida se hacía tortas, y estas se ponían a cocer en el horno.

Los antiguos Hebreos tenían varios modos de hacer pan: con frecuencia lo cocían debajo de las cenizas y el rescoldo sobre la tierra, Gén. 18:6; sobre platos redondos de hierro o cobre, o en cacerolas o estufas hechas con ese propósito. Los Árabes y otros pueblos orientales, entre los cuales es escasa la madera, cuecen el pan a menudo entre dos fuegos hechos de boñiga, que arde lentamente. Este pan es bueno si se come en el mismo día; pero la corteza es negra y quemada, y conserva el olor del combustible que se emplea para cocerlo. Esto explica lo que dice Ezeq. 4:5-15. Una torta que no se voltea, se echará a perder por ese descuido, Ose. 7:8.

Los Hebreos, así como otros pueblos orientales, tenían una especie de horno (tannoor) semejante a una gran urna, abierto en su parte superior, y en el cual hacían fuego. Cuando estaba bien caliente, mezclaban el harina con agua, y aplicaban esta a la parte exterior del horno. Este pan se cuece muy prontamente, y se despega en pedazos delgados semejantes a nuestras obleas, Lev. 2. El pan se cocía también en cavidades hechas en la tierra, o en el suelo de las tiendas (pabellones) bien forradas de mezcla o de argamasa. Se encendía fuego en el piso de este horno, y calentándose los costados suficientemente, se colocaban en ellos con cuidado tortas delgadas, y pronto se cocían. La manufactura del pan doméstico era en todas partes un trabajo propio de las mujeres, 1 Sam. 8:13; Mat. 24:41; pero en las grandes poblaciones había hornos públicos, y comerciantes en pan, que acostumbraban ocupar la misma calle, como todavía se hace en el Oriente y entre nosotros, cuando se trata de gente que tiene el mismo negocio, Jer. 37:21; Ose. 7:4. Faraón tenía su panadero mayor, Gén. 40:2.

Los Hebreos no cortaban el pan, sino lo partían, Lam. 4:4; de aquí viene la expresión tan común en las Escrituras, de “partir el pan,” para significar que se toma un refrigerio. En la institución de la “Cena del Señor,” nuestro Salvador partió el pan que había consagrado; de donde “partir pan,” y la “partición del pan,” son frases que se emplean para denotar la celebración de la Cena del Señor. Véase Comida.

“Echa tu pan sobre las aguas,” Ecl. 11:1, puede ser solamente una exhortación a la práctica de la caridad confiada y generosa, o puede también contener una alusión a la costumbre de sembrar el arroz o el grano en un suelo inundado periódicamente por las aguas, como el del valle del Nilo.

PAN ÁCIMO o PANES SIN LEVADURA, hecho de masa no fermentada, que los Hebreos, lo mismo que los modernos Beduinos, usaban a menudo, Gén. 19:3; Jue. 6:9; 1 Sam. 28:24; si bien es cierto que conocían la levadura hecha de las heces del vino, o de harina y agua que se dejaba fermentar, Lev. 7:13; 23:17. Se prescribió el pan ácimo para la fiesta de la Pascua en memoria de la presteza de la salida de Egipto, y durante la celebración de esa fiesta los judíos excluían escrupulosamente de sus casas toda materia fermentada, Ex. 12:19; 13:7; 1 Cor. 5:7. Véanse Levadura y Pascua.

Pan de la proposición, en hebreo, pan de presencia, era el pan que se ofrecía todos los Sábados en la mesa de oro que estaba delante de Dios en el lugar santo, Exod. 25:30; y consistía en doce tortas de pan sin levadura, ofrecidas con sal e incienso. Lev. 2:13; 24:5-9. Las tortas viejas permanecían allí, hasta que eran reemplazadas por las nuevas; de ahí les viene el nombre de “pan continuo,” Núm. 4:7; y de “pan

sagrado,” 1 Sam. 21:4-6. Según la ley nadie podía comer el pan de la proposición, sino sólo los sacerdotes; sin embargo, habiendo recibido David algunos de estos panes del sumo sacerdote Ahimelec, comió de ellos en su necesidad sin escrúpulo alguno, 1 Sam. 21:1-6; y nuestro Salvador citó su ejemplo para justificar a los discípulos que habían estregado en el día Sábado algunas espigas de trigo, y se las estaban comiendo, Mat. 12:1-4. La mesa de la proposición del templo de Herodes parece haber sido copiada fielmente en el Arco de Tito en Roma. Véase Candelero.

PANAG. En Ezeq. 27:17, es la palabra hebrea con que se designa algún producto desconocido de Palestina, que los judíos vendían a los Tirios. Hay diversas opiniones acerca de su significado: unos creen que quiere decir mijo; otros, dulces, una confección, o una especia exquisita.

PANFILIA, provincia del Asia Menor que tenía a Cilicia al este, a Licia al oeste, a Pisidia al norte, y al Mediterráneo al sur; era una llanura de forma semicircular, que se extendía alrededor de la costa del mar, Hech. 27:5, y llegaba por el norte hasta los montes Taurus, teniendo como 80 millas de largo y 30 de ancho. El río Cestrus era antiguamente navegable 7 millas, hasta Perga, la capital. Atalía era el principal puerto de mar, Hech. 14:25, 26. Había en Jerusalén extranjeros de Panfilia el día de Pentecostés, Hech. 2:10; y Pablo la visitó dos veces en su primer viaje misionario, y allí se separó de Juan Marcos, Hech. 13:13; 14:24, 25; 15:38.

PAÑUELO, PAÑIZUELO o SUDARIO, probablemente una banda de lienzo usada como turbante o como cinturón, Luc. 19:20; Juan 11:44; 20:7; palabra traducida “pañuelo” en Hech. 19:12.

PARÁ, *el ratón*, Jos. 18:23, ciudad de Benjamín, situada tal vez donde están las ruinas llamadas ahora Farah, en el punto formado por los arroyos Paran y Suweinit, 6 millas al noreste de Jerusalén.

PARÁBOLA, griego *Parabole*, una comparación, como en Mar. 4:30; Heb. *Mashal*, similitud, traducida proverbio en Prov. 1:1. En su sentido más lato significa cualquiera clase de enseñanza por medio de analogía o figura, e incluye las metáforas, Ezeq. 12:22; Mat. 24:32; proverbios o máximas, 1 Sam. 10:12; 24:13; 2 Crón. 7:20; Luc. 4:23; expresiones proféticas oscuras, Núm. 23:18; Ezeq. 20:49; signos típicos o simbólicos, Heb. 9:9.

En su sentido más riguroso, como en muchas de las enseñanzas de Cristo, es una corta narración de algún acontecimiento real o posible que se emplea para aclarar o acentuar alguna verdad espiritual. Difiere de la fábula, en que esta se vale de animales o plantas a quienes se atribuye el raciocinio a fin de aprobar o censurar alguna línea de conducta, Jue. 9:8-15; y de la alegoría, Sal. 80:8-16; Juan 15:1-8, en que su significado es menos claro a primera vista y requiere para su interpretación que se consideren con cuidado el carácter y las circunstancias del que habla y del auditorio.

El lenguaje parabólico y enigmático era muy usado por los sabios orientales, Sal. 49:4; 78:2; y nada era más insoportable que oír a un necio recitar parábolas, Prov. 26:7. Una parábola fue empleada por Natán para reprender a David, 2 Sam. 12:1-4; por otro profeta para censurar a Acab, 1 Rey. 20:39, 40; y por Isa. 5:1-7. Esta figura fue empleada con frecuencia por los escritores y maestros hebreos que existieron posteriormente, y ha sido siempre muy admirada por el pueblo oriental. Nuestro Salvador habló a menudo al pueblo en parábolas, dando cumplimiento de ese modo a la profecía de Isaías, de que, al darse tanta enseñanza, el pueblo rebelde vería sin conocer, y oíría sin entender, Mat. 13:10-15; Mar. 4:2, 10-13, 33, 34. Este resultado, sin embargo, sólo probaba cuán obstinada era la dureza de su corazón, y la ceguedad de su espíritu; porque de ninguna otra manera podría haberles ofrecido una

instrucción más amena, clara o convincente, que valiéndose de este modo hermoso y familiar; y a todos aquellos que realmente deseaban conocer la verdad, les daba en el acto las explicaciones necesarias.

Al interpretar una parábola, tienen que considerarse principalmente su verdad primaria y su designio principal. Los detalles, aunque a menudo significativos, no han de ser examinados de un modo indebido; y el aspecto particular que presenta de la verdad divina no debe juzgarse de tal manera que se excluyan otros aspectos presentados en otras parábolas, o en las enseñanzas más directas de la Escritura. Compárense las explicaciones que Cristo mismo hizo de las parábolas del sembrador, y del trigo y la cizaña.

Mateo y Lucas consignan la mayor parte de sus parábolas, mientras que Marcos se fija más en sus hechos, y Juan en sus discursos más extensos.

Las siguientes parábolas de nuestro Señor, son las que han registrado los evangelistas:

Los edificadores prudentes y los insensatos, Mat. 7:24-27.

Los que están en la cámara nupcial, Mat. 9:15.

Paño nuevo en vestido viejo, Mat. 9:16.

Vino nuevo en odres viejos, Mat. 9:17.

Espíritu inmundo, Mat. 12:43-45.

El sembrador, Mat. 13:3, 18; Luc. 8:5, 15.

La cizaña, Mat. 13:24-30, 36-43.

El grano de mostaza, Mat. 13:31, 32; Luc. 13:19.

La levadura, Mat. 13:33.

El tesoro escondido en el campo, Mat. 13:44.

La perla preciosa, Mat. 13:45, 47.

La red echada en la mar, Mat. 14:47-50.

La comida no contamina, Mat. 15:10-20.

El siervo falto de caridad. Mat. 18:23-35.

Los obreros alquilados. Mat. 20:1-16.

Los dos hijos, Mat. 21:28-32.

Los labradores malvados, Mat. 21:33-45.

La fiesta de boda, Mat. 22:2-14.

La higuera brotando hojas, Mat. 24:32-34.

El padre de familia en vela, Mat. 24:43.

Los siervos fieles y los malos, Mat. 24:45-51.

Las diez vírgenes, Mat. 25:1-13.

Los talentos, Mat. 25:14-30.

El reino dividido contra sí mismo, Mar. 3:24.

La casa dividida contra sí misma, Mar. 3:25.

El valiente armado, Mar. 3:27; Luc. 11:21.

La semilla creciendo secretamente, Mar. 4:26-29.

La antorcha encendida, Mar. 4:21; Luc. 11:33-36.

El hombre que emprende un largo viaje, Mar. 13:34-37.

El ciego que guía a otro ciego, Luc. 6:39.

La viga y la arista, Luc. 6:41, 42.

El árbol y su fruto, Luc. 6:43-45.

El acreedor y los deudores, Luc. 7:41-47.

El buen Samaritano, Luc. 10:30-37.

El amigo importuno, Luc. 11:5-9.

El insensato rico, Luc. 12:16-21.

La nube y el viento, Luc. 12:54-57.

La higuera estéril, Luc. 13:6-9.

Los hombres convidados a unas bodas, Luc. 19:7-11.

La gran cena, Luc. 14:15-24.

El que edifica una torre, Luc. 14:28-30, 33.

El rey que va a la guerra, Luc. 14:31-33.

Sabor de la sal, Luc. 14:34, 35.

La oveja perdida, Luc. 15:3-7.

Moneda de plata perdida, Luc. 15:8-10.

El hijo pródigo, Luc. 15:11-32.

El mayordomo injusto, Luc. 16:1-8.

El hombre rico y Lázaro, Luc. 16:19-31.

La viuda importuna, Luc. 18:1-8.

El fariseo y el publicano, Luc. 18:9-14.

Las minas para negociar, Luc. 19; 12-27.

El buen pastor, Juan 10:1-6.

La vid y los pámpanos, Juan 15:1-5.

PARAISO, griego *paradeisos*, palabra de origen persa que corresponde al hebreo *gan*, y denota un hermoso parque, jardín o huerto, Neh. 2:8; Ecl. 2:5; Cant. 4:13. En la Septuaginta este término se aplica al jardín del Edén, Gén. 2:15, conocido comúnmente como el “Paraíso terrenal.” En la teología judaica designa la morada de los justos en el mundo invisible, el hogar de reposo y alegría más allá del sepulcro. Fue usando esta palabra que nuestro Salvador prometió la felicidad al ladrón arrepentido, Luc. 23:43. Pablo en una visión fue llevado al paraíso, 2 Cor. 12:4. Y en Apoc. 2:7; 22:14, se emplean las particularidades de la escena en donde se perdieron la inocencia y la bienaventuranza para describir el mundo en donde estos dones fueron restituidos de un modo perfecto y para siempre.

PARALISIS, ataca a veces un costado u otra parte, y otras todo el cuerpo, afectando la locomoción o la facultad de sentir, o ambas, 1 Rey. 13:4-6. En algunos casos las partes afectadas se secan, y los músculos se contraen, Mar. 3:1-5. En algunas de sus formas violentas, las cuales están muy generalizadas en el Oriente, los miembros permanecen fijos como en el principio del ataque, y el sufrimiento es intenso, siguiéndose la muerte pocos días después, Mat. 8:5-13. La parálisis es una de las enfermedades más incurables; pero el Salvador la sanaba con una palabra, Mat. 4:24; 9:2-7; 12:10; Mar. 2:3-12; Hech. 8:7; 9:33, 34. Hay también una parálisis del alma que el Gran Médico puede sanar, y sólo él.

PARÁN, *hermosura*, región grande y desierta al sur de Canaán. Es una mesa en que abundan las piedras calizas y que está casi rodeada de montañas. Parte de las cortas cordilleras que se hallan en su lado oriental, corren hasta el valle del Arabah, y parte hasta el golfo de Akaba; las que se hallan en el sur pertenecen al gran grupo del Sinaí, y las del oeste lo separan del desierto de Etam y Sur. En el norte iba a perderse en el Negeb o sea la comarca meridional de los Israelitas, e incluía los desiertos de Cades y Zín, Núm. 13:21,26; 33:36. Se le describe como región de terreno seco gredoso, cubierto de cascajo

ordinario, pedernal negro, y arena movediza, con escasa vegetación. Antiguamente había allí, sin embargo, algunas ciudades, y unos cuantos labrantíos y pasturajes. Los lechos de los ríos de Parán están ahora secos, excepto en la estación de las lluvias. Las tribus beduinas recorren esa región en todas direcciones con sus rebaños. Los caminos que van de Egipto y el monte Sinaí a Canaán la atraviesan. Allí permanecieron los Israelitas 38 años, hecho del cual deriva su nombre moderno de “Badiet et-Tih,” desierto de las peregrinaciones.

La primera mención de Parán, “la encina de Parán,” se hace refiriéndose al término occidental de la persecución que Codor-Laomor hizo a los Horeos, Gén. 14:6. Fue la residencia de Agar e Ismael, Gén. 21:21; los Israelitas entraron allí poco después de partir del Sinaí, Núm. 10:12, 33; 11:3, 34, 35; 12:16; y desde esa región fueron enviados los espías, Núm. 13:3, 26; las estaciones que hizo Israel dentro de sus límites se mencionan en Núm. 33:18-36. David se retiró a él, 1 Sam. 23:1, y Adad lo cruzó para ir a Egipto, 1 Rey. 11:17, 18.

“El monte de Parán,” Deut. 35:2; Hab. 3:3, era probablemente el moderno Jebel Magrah, una cordillera muy notable que corre al este hasta las alturas del Arabah, en la mitad del trayecto entre el Mar Muerto y el Golfo de Akaba.

PARED INTERMEDIA, Efes. 2:14, el nombre dado a la que separaba el atrio de los gentiles de los atrios interiores del templo, y que simbolizaba todo lo que distinguía a los paganos del pueblo favorecido de Dios. Esta distinción, así como sus manifestaciones ceremoniales, fue abolida por Dios en la plenitud del tiempo, Juan 4:21-24; Hech. 11:1-18; 14:27; 15:1-29. Véase Templo.

PARENTESCO (o afinidad) en 1 Rey. 3:1, es la relación por matrimonio, así como la consanguinidad es la relación por descendencia de un mismo tronco o raíz. En los tiempos primitivos, los hombres buenos buscaban mujeres entre su parentela que adoraba al verdadero Dios, Gén. 11:29; 24:2-4; 28:2. Los grados dentro de los cuales se prohibía el matrimonio entre los parientes por las leyes levíticas, se especifican en Lev. 18.

PARIENTE, denota a menudo una persona con quien se tiene mero parentesco, Lev. 18:12, 13, 17; Núm. 27:11; Job 19:14; Sal. 38:11, Pero la palabra hebrea *Goel*, redentor, designaba el pariente varón consanguíneo más cercano, y a quién correspondían ciertos derechos y deberes. Véase Redentor.

PARMENAS, *permanencia*, Hech. 6:5, uno de los primeros siete diáconos.

PAROS, *pulga*, Esd. 2:3; 8:3; Neh. 3:25; 7:8; 10:14, Judío cuya familia en número de 2,712 personas volvió a Jerusalén con Zorobabel, además de otros miembros de la misma que volvieron con Esdras.

PARTA o PARTOS, originalmente una provincia de Media, al sudeste del mar Caspio; parece que fue conquistada por Ciro, 550 A. C., y estuvo sujeta a los monarcas persas y a los Seléucidas. Bajo Arsaces, 256 A. C., estableció su independencia, y en los tiempos apostólicos su imperio se extendía desde la India hasta el Tigris. Seleucia y Ctesifon eran sus ciudades principales, y Ecbatana una residencia real de verano. La Parta conservó su poder casi 500 años, y no fue subyugada ni aun por los Romanos; pero en el año 226 A. D., los Persas conquistaron al último de los Arsacidas y restablecieron el imperio persa. Los Partos eran un pueblo de origen Scita. Eran expertos jinetes, armados principalmente de arcos, y disparaban sus flechas con admirable destreza yendo a carrera veloz, y huyendo, como los Indios o los Cosacos. La Parta propiamente dicho, llamada ahora Atak, está incluida en la moderna Kho-rassan. El día

de Pentecostés, había en Jerusalén judíos de Parta, y tal vez prosélitos partos del Judaísmo, que hablaban la lengua persa, Hech. 2:9.

PARTERAS, Gén. 35:17; 38:28. Las dos que especialmente se mencionan en Exod. 1:15-21, parece que llegaron a ser cabezas de familia entre los Hebreos.

PARTIA o PATROS, Isa. 11:11; Jer. 44:1, 15; Ezeq. 29:14; 30:14, el Egipto alto o meridional, una de las principales divisiones de esa tierra; o como algunos suponen, la comarca patrita en que estaba Tebas, y la cual probablemente derivó su nombre de la ciudad Ha-hator, "la residencia de Hator," la Venus egipcia. Esta región era originalmente independiente de Egipto, y tenía sus reyes propios. Era probablemente idéntica a la Tebaida de los Griegos, y a la Saida de los Árabes. Sus primitivos habitantes, los Patrusim, eran descendientes de Mizraim, Gén. 10:14.

PARVAIM, 2 Crón. 3:6, región en donde se hallaba oro fino. Esta palabra se traduce por Gesenius, "regiones orientales." Su situación es desconocida.

PASAS, uvas secas, de las cuales a menudo se hacían bollos o pastelillos, lo mismo que de los dátiles, Núm. 6:3; 1 Sam. 25:18; 30:12; 2 Sam. 16:1; 1 Crón. 12:40.

PASCUA, Hebreo *Pesach*, Griego *Pascha*, nombre dado, 1, a la víctima sacrificada para poner a salvo los primogénitos de los Israelitas en Egipto, cuando el Señor dio muerte al primogénito de cada familia egipcia, pero pasó por sobre los Israelitas para protegerlos, Isa. 31:5, donde quiera que la sangre del cordero había sido rociada sobre la portada; y 2, a la fiesta establecida para conmemorar ese acontecimiento y el libramiento de Israel de la esclavitud, Exod. 12; 13:3-10. Dicha fiesta, distinguida por el sacrificio de la pascua, era una de las tres festividades principales de los Hebreos, y era como un sacramento que les traía a la memoria la gracia que Dios les había hecho en lo pasado, y los obligaba todavía a obedecerle y a confiar en él para asegurar así su continuación. Se la llamaba también "la fiesta del pan sin levadura," Exod. 23:14-18; Deut. 16:2, 6, 16; 2 Crón. 30:1, 13, 15; Esd. 6:22; Luc. 22:1, 7; 1 Cor. 5:7.

El mes del Éxodo, llamado Abib, y posteriormente Nisán, fue hecho el primero del año sagrado, Exod. 12:2; 13:4. Al instituirse la pascua se mandó que el cordero o cabrito fuese escogido el día décimo de Nisán. Tenía que ser macho del primer año. Cada familia debía tomar un cordero, y si esta era demasiado pequeña, podían unírsele una o dos más. En el día 14 toda levadura era escrupulosamente quitada de la habitación, como lo acostumbran hacer todavía los judíos en la actualidad. En la tarde (véase esta palabra), se había de matar la pascua, y parte de su sangre se rociaba en las jambas de la puerta y en el dintel. Tenía que asarse toda la víctima, y que ser comida en la misma noche; era menester que no se le quebraran los huesos, y cualquier residuo que sobrara debía ser quemado antes que llegara la mañana. Se había de comer con ella pan sin levadura y yerbas amargas, y no debía de usarse ninguna levadura sino hasta después del día 21 de ese mes. Era preciso ponerse los arreos, y tener la actitud de un viajero que va de priesa. A cada nueva observancia de esta festividad, el padre tenía que hacerles a sus hijos una declaración de su significado. El primer día entero de la festividad, el 15 de Nisán, y el último, el 21 de Nisán, debían observarse como días santos de reposo y de convocación, Lev. 23:5-8; y se designaban sacrificios especiales para cada día, Núm. 28:16-25. En el día segundo, el 16 de Abib, tenían que ofrecer al Señor las primicias de la cebada, Lev. 23:10, 11, y desde dicho día debían contarse 50 para la "fiesta de las semanas," vers. 15-21. Véase Pentecostés. El que tenía impedimento para celebrar la fiesta en debido tiempo, debía hacerlo en el segundo mes; el descuido voluntario de ella era castigado con la muerte, Núm. 9:6-14. Los extranjeros que habían

entrado en el pacto hecho con Dios, poniéndose así en relación con él, eran admitidos a la fiesta, Exod. 12:43-48. El lugar prescrito para sacrificar la víctima de la pascua estaba en el santuario de Dios, Deut. 16:16; Jos. 18:1, que era el templo de Jerusalén cuando éste se edificó, 2 Crón. 30:5, 8. El que la mataba era el jefe de la familia, o en su defecto, un sacerdote o Levita. La sangre era rociada en el altar en donde también la manteca exterior era quemada, vers. 15-17. Además de la pascua y de los sacrificios nacionales exigidos para los días siguientes, se hacían ofrendas voluntarias de paces, Hebreo *chagigah*, en las cuales participaban muchas familias, Lev. 3; 2 Crón. 30:21, 22; 35:13. También se había prescrito una ofrenda de dinero, Exod. 23:15; Deut. 16:16, 17. A las mujeres se les permitía, pero no se les mandaba, que tomaran parte en esta celebración, 1 Sam. 1:3, 7; Luc. 2:41.

Las principales relaciones que tenemos de la observancia de la fiesta de la pascua, son las siguientes: la celebrada en Egipto, Exod. 12:28; la celebrada en el desierto del Sinaí, Núm. 9:1-5; la primera que se observó en Canaán, Jos. 5:10, 11; las de Salomón, 2 Crón. 8:13; la de Ezequías el reformador, en el segundo mes, 2 Crón. 30:1-22; la de Josías, 2 Rey. 23:21-23; y una después de la cautividad, Esd. 6:19-22.

Los escritores judíos dicen que la familia o familias después de haber practicado las purificaciones requeridas, Juan 11:55, y estando reunidas a la mesa, el dueño de la fiesta tomaba una copa de vino mezclado con agua, y bendecía a Dios por el fruto de la vid, bebiendo entonces todos de él. Después de lavarse las manos, se introducía la víctima de la pascua, con tortas sin levadura, yerbas amargas, y una salsa de vinagre o fruta, en la cual se metían bocados del alimento, Mat. 26:23; Juan 13:26. El padre de familia entonces bendecía a Dios por los frutos de la tierra, y hacía las explicaciones prescritas, Exod. 12:26, 27. Después de una segunda copa y de otro lavamiento de manos, se partía una torta sin levadura, y se distribuía, y se pronunciaba una bendición sobre el Dador del pan. Cuando todos habían comido de la pascua, se bendecía una tercera copa en acción de gracias, por la emancipación de la servidumbre de Egipto y la proclamación de la ley, y participaban de ella, Mat. 26:27; 1 Cor. 10:16. Esta se llamaba la copa de la bendición.

El festín terminaba generalmente con una cuarta copa y con Salmos de alabanza. Los Salmos 115-118 eran cantados entonces, y antes lo habían sido los Salmos 113 y 114 en la fiesta. Véase Himnos. Toda la semana de la fiesta era de regocijo, Deut. 27:7.

Se hace mención de varias pascuas a las cuales asistió Jesús, Luc. 2:42, 43; Juan 2:13. El la celebró por la última vez, e instituyó la fiesta cristiana que conmemora su propio sacrificio tipificado por todas las demás pascuas, en la noche víspera del día de su crucifixión, Mat. 26:17-30; Mar. 14:12-26; Luc. 22:7-23; Juan 13. Al compararse las cuatro relaciones, es necesario tener presente que el término "pascua" denota algunas veces el sacrificio especial hecho el día 14 de Nisán, y algunas otras, toda la festividad y sus ofrendas, Juan 18:28. Los cálculos astronómicos ponen de manifiesto que en 30 A. D., año de la crucifixión de nuestro Señor, el día 14 de Nisán cayó en jueves; el día 15, viernes, por comenzar a las seis de la tarde, hora en que el día 14 terminó, fue en consecuencia la preparación (véase) para el sábado, día grande, tanto por ocurrir en la semana de la pascua, como por preceder a la presentación de las primicias de la cebada, Mar. 15:42; Luc. 23:54; Juan 18:14, 31, 42.

Los judíos observan todavía la pascua, aunque solamente como fiesta de pan sin levadura, habiendo cesado todos sus sacrificios con la destrucción del templo en 70 A. D., año en que su última celebración solemne de esa fiesta atrajo multitud de ellos a Jerusalén. Los pocos Samaritanos que hay en Nablus, sin embargo, sacrifican todavía y comen la pascua anualmente en el monte Gerizim. La continuación de la observancia de esta festividad es una prueba permanente de que realmente se verificaron los grandes acontecimientos que en ella se conmemoran. El libramiento de la muerte y de la esclavitud

conmemorado así, era un tipo de esa salvación infinitamente mayor—la salvación de la muerte eterna y de la esclavitud del pecado—efectuada por medio del sacrificio del “Cordero de Dios,” “Cristo nuestra Pascua,” 1 Cor. 5:7; compare Juan 1:29; 19:36.

La fe en él es esencial para ser lavados por su sangre, y ser admitidos en la libertad de su servicio: y es necesario que esa fe sea patentizada por medio de la purificación de nuestros corazones y nuestras vidas de la antigua levadura de la malicia y la maldad, y por medio de la obediencia a los mandamientos del Señor con “sinceridad y verdad,” 1 Cor. 5:8. Véase Cena del Señor.

PASDAMIM o PHESDOMMIM, *límite de manantiales*, 1 Crón. 11:13, llamado Efes-damim en 1 Sam. 17:1. Estaba cerca de Soco, 16 millas al sudoeste de Jerusalén.

PASUR o PEASUR, *prosperidad*, I., hijo de Imer, sacerdote y empleado de importancia en el templo. En el reinado de Joaquín persiguió a Jeremías por profetizar males a Jerusalén, e incurrió en un castigo terrible, Jer. 20:1-6.

II. Sacerdote, hijo de Malquías, enviado por Sedequías a preguntar a Jeremías el éxito que tendrían las operaciones de Nabucodonosor contra Jerusalén, Jer. 21. Después, cuando los Babilonios se retiraron de la ciudad, Jer. 37:5-11, él pidió la muerte del profeta como traidor, Jer. 38:1-13. Muchos descendientes de Pasur, que eran sacerdotes, volvieron de la cautividad de Babilonia, 1 Crón. 9:12; Esd. 2:38; Neh. 11:12.

PASIÓN, los últimos sufrimientos y la muerte de Cristo, Hech. 1:3. Véase Cruz. En Sant 5:17, la expresión “sujeto a semejantes pasiones que nosotros,” es casi equivalente a “de la misma naturaleza humana.”

PASTOR, I. Abel fue pastor de ovejas, Gén. 4:2. Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse y a dedicarse a diferentes ocupaciones, Jabal hijo de Lamec fue reconocido como padre (esto es, el primero) de los pastores y nómades, Gén. 4:20. Una parte considerable de las riquezas de los antiguos patriarcas consistía en rebaños y ganados, el cuidado de los cuales se compartía entre sus hijos, hijas y siervos, Gén. 13:7; 29:9; 37:2. Se empleaban también pastores extranjeros, pero no eran vistos con gran estimación, Job 30:1. Jacob, según parece, fue apremiado por Labán más de lo permitido por las leyes pastoriles, Gén. 31:39; comp. Exod. 22:13; Am. 3:12. La ley oriental dispone aún que un cuidador de ganados quede exento de culpa o responsabilidad al llevar a su amo una porción del animal que haya muerto sin su culpa; pero si no puede probar su inocencia o debida vigilancia, debe sufrir la pérdida. Tanto Moisés como David eran pastores antes de haber sido designados como caudillos de Israel, Exod. 3:1-10; 1 Sam. 16:11-13; Sal. 70:70-72. Los pastores fueron honrados en gran manera al recibir del cielo nuevas del nacimiento de Cristo, Luc. 2:8-20. En tiempo de los reyes de Israel, el puesto del “principal de los pastores” era considerado como de importancia y honor, 1 Sam. 21:7; 1 Crón. 27:29-31. En España los rebaños de ovejas merinas, cuyo número a veces asciende hasta 10,000, están encomendados al cuidado de un pastor principal a quien auxilian en sus labores cosa de 50 ayudantes. Chardin hace mención de una tribu de pastores turcomanos cuyos ganados lanar y cabrío, llegaban a la crecida suma de tres millones de cabezas, sin contar las manadas de camellos, caballos y reses, que ascendían a 400,000. En Palestina y sus alrededores, entre los que a la vez que se ocupaban del cuidado de los rebaños se dedicaban al cultivo de la tierra, había (y aún existen actualmente), multitud de nómades o pastores errantes que no se sujetaban a estar en determinado domicilio. Estos moradores en tiendas tenían en muchos casos extensísimos pasturajes, y pasaban sus ganados de unos a otros según la ocasión lo requiriera, Gén. 37:12-17.

En las extensas comarcas que se extienden al este y al sur de Palestina, hallaban muchos sitios que en el invierno y en la primavera estaban revestidos de verdura, Exod. 3:1; Sal. 65:12, 13. Pero el calor del verano marchitaba estos pastos del desierto, y obligaba a los pastores a salir con sus rebaños en busca de mesas y ríos. Hay en la Biblia muchas indicaciones de la fuerza e independencia de que se consideraban dueños los antiguos patriarcas pastores; de los numerosos miembros que constituían sus casas, y de la consideración con que se les miraba, Gén. 14:14-24; 21:22-32; 26:13-16; 30-43; Job 1:3.

Los Egipcios, sin embargo, veían con desprecio a los pastores, Gén. 46:34, hecho que comprueban los antiguos monumentos en que se representa a los pastores como de una casta inferior, sujetos a la miseria, y en algunos casos, deformes.

Dios algunas veces toma el nombre de Pastor de Israel, Sal. 80:1; Jer. 31:10; y a los reyes, tanto en la Biblia como en otros escritos antiguos, se les distingue con el calificativo de “pastores del pueblo.” Los profetas con frecuencia censuran a “los pastores de Israel,” esto es, a los reyes que por vivir en la holganza descuidaban sus rebaños, los oprimían o llevaban por sendas extraviadas, Ezeq. 34:10. Por otra parte a Cristo, como el Mesías, se le llama a menudo Pastor, Zac. 13:7, y también él se aplica a sí mismo el dictado de “el buen Pastor que da su vida por sus ovejas,” Juan 10:11, 14, 15. Pablo le llamó “el gran Pastor de las ovejas,” Heb. 13:20. Sus ministros son de un modo semejante los pastores del rebaño, Jer. 3:15; 23:3, 4; Hech. 20:28-30; Efes. 4:11. En muchos pasajes en que ocurre la palabra “apacienta,” el término original, que es muy expresivo, significa, “sé un buen pastor de,” Sal. 28:9; 1 Ped. 5:2; Apoc. 7:17.

En Juan 10:1-16, 27-29, nuestro Salvador dice que el Buen Pastor da su vida por sus ovejas; que él las conoce y ellas le conocen a él; que oyen su voz y le siguen; que él va delante de ellas; que nadie las arrebatará de su mano, y que él las llama por sus nombres. Sin embargo, siendo tomados todos esos símiles de las costumbres de aquel país, no pueden de ningún modo ser para nosotros tan expresivos como debieron haberlo sido para aquellos que oyeron la voz de nuestro Señor, y que habían presenciado a menudo semejante modo de cuidar y conducir a ese manso animal. Los viajeros modernos en el Oriente hallan muchas gratas confirmaciones de la verdad de las Escrituras, con respecto a estos detalles. Observan entre otras cosas, que el pastor anda delante de sus ovejas, cada una de las cuales corre inmediatamente a él cuando se la llama por su nombre. Los mercenarios o pastores malos, abandonan las ovejas, y el ladrón entra, no por la puerta del redil, sino trepando por algún otro lugar. Véase Ovejas. La Biblia emplea muchas de las virtudes del pastor fiel para ejemplificar el cuidado que el Salvador tiene de su rebaño. El pastor era responsable de cada uno de los animales que formaban el rebaño confiado a su vigilancia, Exod. 22:10-13; Juan 10:28; tenía necesidad de gran valor y resistencia, Gén. 31:40; 1 Sam. 17:34, 35; Juan 10:15; ejercía un cuidado cariñoso hacia las débiles, llevaba a los corderitos en los brazos, Gén. 33:13; Isa. 40:11; Mar. 10:14, 16, y buscaba la oveja perdida, y la traerá de la tierra de sequía y valle de sombra, a lugares de pastos delicados y aguas de reposo, Sal. 23; Luc. 15:4-7.

II. Jer. 2:8; 3:18; 10:21, él que tiene a su cargo el alimentar y cuidar el rebaño de Cristo, Efes. 4:11; 1 Ped. 5:2.

PÁTARA, ciudad marítima en la costa sudoeste de Licia, siete millas al este de la desembocadura del Xantus, y enfrente de Rodas. Era célebre por un oráculo de Apolo, al cual se le tenía como padre de su fundador Patarus. Su puerto era muy frecuentado. Pablo se reembarcó allí para Fenicia en su última visita a Jerusalén, Hech. 21:1, 2. Allí se estableció una iglesia cristiana desde un principio, la cual estuvo

representada en el concilio de Nicea. Ruinas de considerable extensión señalan el sitio en donde estaba esa ciudad, y conservan todavía el nombre de Pátara, pero el puerto se halla ahora lleno de arena.

PATIO, espacio cerrado dentro de los límites de una casa oriental, 2 Sam. 17:18. Por lo que hace a los patios o atrios del templo, véase esta última palabra. El tabernáculo tenía un patio también. Todas las casas orientales están construidas en forma de un cuadrado al rededor de un patio. Véase Casa.

PATMOS, isla rocallosa y estéril en el Mar Egeo, usada por los Romanos como lugar de destierro para los criminales, y a la cual fue desterrado el apóstol Juan por Domiciano, 95 A. D., Apoc. 1:9. Se halla 20 millas al sur de Samos, y a 24 de la costa del Asia Menor; tiene una circunferencia como de 25 millas, y una playa peñascosa y profundamente indentada. El puerto y la ciudad "La Scala" están en el lado oriental. Coronando el alto cerro en que se halla la ciudad, se ve el antiguo monasterio de San Juan. Como a la mitad del camino que sube al cerro, se halla la gruta que la tradición señala como el lugar en donde Juan tuvo y registró sus visiones proféticas. Patmos era llamada Palmosa en la Edad Media, pero ahora se la llama Patino. Es una de las Islas Sporades, y paga un pequeño tributo a los Turcos.

PATRIARCA, el jefe paterno de una familia o tribu, nombre aplicado en el Nuevo Testamento a Abraham, Heb. 7:4, a los hijos de Jacob, Hech. 7:8, 9, y a David, Hech. 2:29. En la Septuaginta se usa algunas veces para traducir la palabra hebrea que denota "cabeza" o "príncipe" de una tribu, 1 Crón. 27:22. En el uso común se refiere especialmente a los hombres mencionados en las Escrituras y que vivieron antes de Moisés. La forma de gobierno indicada por esta palabra, prevaleció en los primeros siglos de la existencia de los Hebreos. El padre de una familia ejercía autoridad sobre sus descendientes, durante toda su vida; en su muerte esta dignidad recaía en uno de sus hijos, generalmente, aunque no siempre, en el mayor, en virtud de sus derechos de primogénito, (véase esta palabra) Gén. 27:29; 49:8; 1 Crón. 5:1, 2. De entre los jefes y patriarcas de las familias que componían una tribu, se elegía un príncipe, Núm. 1:4-16. Véase Ancianos. Después de la destrucción de Jerusalén, los judíos llamaban patriarcas a los dos jefes del Sanedrín, y la misma palabra ha llegado a estar en uso en algunas sectas de la iglesia cristiana para designar dignitarios superiores a los arzobispos.

PATROBAS, cristiano de Roma saludado por Pablo, Rom. 16:14. La casa imperial tenía uno o más individuos de este nombre. Compare Filip. 1:13; 4:22.

PAU, capital de Adar, rey de Edom, Gén. 36:39; 1 Crón. 1:50.

PAVÉS, escudo o adarga, 1 Rey. 10:16; 2 Crón. 9:15. 14:8. En 1 Sam. 17:6, léase lanza o jabalina, como en Jos. 8:18. Véase Armas.

PAVOS, fueron importados por Salomón, 1 Rey. 10:22; 2 Crón. 9:21, y la palabra hebrea traducida así, se parece mucho al término moderno tamul o malabar. Véase Tarsis.

PAZ, I. Las dos o tres palabras hebreas traducidas así tienen un significado muy lato, y denotan primariamente entereza, es decir, salud, bienestar o toda clase de bienes, Gén. 29:6; Exod. 4:18; Núm. 6:26. Paz se usa también como lo contrario de guerra, Ecl. 3:8; y en el sentido de concordia o amistad, Sal. 41:9. La palabra griega empleada en el Nuevo Testamento tiene un significado de la misma amplitud que la hebrea, Luc. 1:79; 2:14; 7:50; 12:51; 14:32. "La paz sea con vosotros," era la salutación general en el Oriente. Cristo la convirtió en realidad para sus discípulos en el más alto sentido, Juan 14:27; 20:19,

21, 26, en la reconciliación hecha por medio de su muerte entre Dios y el hombre, y en todas las bendiciones que de ella dimanar, Col. 1:19-23; comp. Sal. 85:5; Isa. 9:6; 53:5.

La gracia cristiana de la paz, es aquella tranquilidad de conciencia, de espíritu y de corazón que Dios confiere al creyente al darle la seguridad de su perdón, Rom. 5:1; 15:13. Puede disfrutarse en medio de grandes adversidades externas, Juan 16:33. A vez que la predicación del evangelio despierta naturalmente oposición de pensamiento, miras y actos, entre los creyentes y los que rechazan a Cristo, Mat. 10:34, una actitud bondadosa para con los demás, es un fruto imprescindible del Espíritu en todos aquellos que son de Cristo, Gál. 5:22; Col. 3:15, y su manifestación activa es bendecida por Cristo, Mat. 5:9, y prescrita por él y sus apóstoles, Mar. 9:50; 2 Cor. 13:11; Heb. 12:14; 1 Pedro 3:11.

II. En Hech. 9:31, se refiere a la tregua, o suspensión de la persecución, que gozaron los cristianos en Palestina después de la conversión de Saulo de Tarso, durante los dos últimos años del corto reinado de Calígula, 39 y 40 A. D., época en que los judíos estuvieron tan hostilizados por las tentativas que hacía el emperador para obligarlos a que lo adorasen como un dios, que cesaron de perseguir a los discípulos de Cristo.

PECADO, cualquiera pensamiento, palabra, deseo, obra u omisión en contra de la ley de Dios, o que no llena sus exigencias al compararse con ella, 1 Juan 3:4; 5:17.

El origen del pecado es un misterio indescifrable, y por lo tanto, es mucho más provechoso encaminar nuestras investigaciones a buscar, por conducto de Cristo, el medio de librarnos de las penas que nos acarrea tan grave mal, y del poder que él ejerce sobre nosotros en particular, y sobre la humanidad en general. Cómo penetró en el mundo, cómo afectó a toda la especie humana, cuál es su naturaleza, cuáles sus formas y efectos, y cómo se ha adueñado de toda alma no regenerada, son asuntos de que se trata muy extensamente en la Biblia, Gén. 3; 6:5; Sal. 51:5; Mat. 15:19; Rom. 5:12; Sant. 1:14, 15.

Por cuanto es contrario a la naturaleza de Dios, y al culto, amor y servicio que a él se le deben tributar, al pecado se le llama impiedad, Rom. 1:18; por cuanto es una violación de la ley de Dios y de los derechos del hombre, es una transgresión; por cuanto es el acto de desviarse del camino trazado por la rectitud eterna, se le llama iniquidad o injusticia, Exod. 34:7; por cuanto es la raíz ponzoñosa y amarga de toda transgresión, y la depravación transmitida por nuestros primeros padres a toda su descendencia, se le llama por los teólogos pecado original, o en la Biblia, "la carne," Rom. 7:18; Gál. 5:16-21. La justa pena o "paga" del pecado es "la muerte," Rom. 6:23. Esta fue la amenaza hecha a la humanidad respecto del primer pecado, Gén. 2:17, y de todos los subsiguientes: "el alma que pecare, esa morirá," Ezeq. 18:4, 20. Si hay un pecado de que uno no se haya arrepentido y que quede sin perdón, él sólo es suficiente para perder el alma, así como una sola rotura inutiliza un cable que cruza el océano de playa a playa. El mal del pecado y la culpabilidad que el apareja tienen que medirse por la santidad, justicia y bondad de la ley que viola, la eternidad de la desgracia que causa, y la grandeza del sacrificio necesario para expiarlo.

El "pecado" algunas veces denota el sacrificio de expiación, o la víctima ofrecida por el pecado, según se describe en Lev. 4:3, 25, 29. En este sentido se usa en Ose. 4:8, y Rom. 8:3; y en 2 Cor. 5:21, Pablo dice que a Dios le plugo que Jesús, que no conocía pecado, fuese nuestra víctima de expiación, porque "al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." Así muchos entienden que en Gén. 4:7, la expresión "el pecado está a la puerta," indica que el uso y significado del sacrificio por el pecado ya había sido revelado. Véase Sacrificio.

Por lo que hace el pecado contra el Espíritu Santo, véase Blasfemia.

PEDRO, Gr., *Petros*; Siriaco, *Cephas*, piedra o roca, uno de los doce apóstoles, y con Santiago y Juan, uno de los tres más íntimamente asociados con nuestro Señor. Era probablemente natural de Betsaida, Juan 1:44, e hijo de Jonás o Juan, pescador, y hermano de Andrés, compañero suyo en el apostolado. Su nombre primitivo era Simón o Simeón, Mat. 16:17; Hech. 15:14, y el nombre de Cefas le fue proféticamente dado la primera vez que fue presentado a Jesús en Perea por Andrés, Juan 1:28, 35, 40-42. Juntamente con su hermano Andrés y sus socios Santiago y Juan fue llamado para seguir a Cristo y para aprender a ser “pescador de hombres,” cuando estaba trabajando en su oficio de pescador en el mar de Galilea, cerca de Capernaum, Mat. 4:18-22; Marc. 1:16-20; Luc. 5:1-11. El residía por aquel tiempo en Capernaum, con su hermano, su esposa y su suegra, Mat. 8:14; Mar. 1:21, 29-31. Parece que dejó un negocio de consideración y una casa cómoda para seguir a Cristo, Mar. 10:28. Después de permanecer con los discípulos por algún tiempo, fue escogido y comisionado como uno de los doce apóstoles, Mat. 10:1-11; Mar. 3:13-19; Luc. 6:12-16, cuando se le dio de nuevo el nombre de Cefas o Pedro. Ese nombre fue confirmado, cuando con los otros apóstoles declaró osadamente que Cristo era el Mesías divino, Mat. 16:16-18. El nombre “Petros,” y la aseveración de Cristo “sobre esta piedra,” *petra*, etc., fueron expresiones proféticas de la obra especial y de la posición distinguida de Pedro como confesor de Cristo en el periodo más antiguo de la iglesia. Pedro fue el orador de los apóstoles el día de Pentecostés, cuando 3,000 judíos convertidos fueron agregados a la iglesia, Hech. 2; y fue escogido por Dios para recibir a los gentiles en la iglesia cristiana, cuando se convirtió Cornelio, Hech. 10:11; 15:7; comp. 1 Cor. 3:11; Efes. 2:20-22; Apoc. 21:14. Las facultades eclesiásticas que le fueron conferidas a él, fueron concedidas posteriormente a los discípulos en general, Mat. 18:18. Su natural exaltado, impetuoso, enérgico, y la tendencia que por una parte tenía a alimentar esperanzas, y por otra a estimarse en más de lo que en realidad valía, y a la inconsecuencia y volubilidad, se ponen de manifiesto en muchos incidentes notables consignados en el evangelio: entre los cuales podemos mencionar su error en cuanto al designio de la encarnación de Cristo, por lo cual fue severamente reprendido, Mat. 16:21-23; su entusiasta adhesión al divino Maestro, Juan 6:67-69; su jactanciosa protesta de seguir a su Señor en cualquier circunstancias; la posterior negación que hizo de él con juramentos, y su profundo arrepentimiento, Mat. 26:31-35, 69-75; Mar. 14:27-31, 66-72; Luc. 22:31-34, 54-62; Juan 15:36-38; 18:15-18, 25-27. Fue el primero de los apóstoles que vio a Jesús después de su resurrección, Luc. 24:34; 1 Cor. 15:5; fue después solemnemente comisionado por Cristo, después de haberle dado la seguridad de su amor tres veces consecutivas, correspondientes a la triple negación que de él hizo, Juan 21:15-19. La muerte y resurrección de Cristo, y las circunstancias que las acompañaron, obraron un cambio notable en el carácter del apóstol, y de entonces en adelante su conducta fue, casi sin excepción, la de un hombre resuelto y firme, y digno de su nombre. Se distingue por sus palabras y sus hechos en todos los doce primeros capítulos de los Hechos. Después de verse milagrosamente libre de la prisión, por el año 44 A. D., lo perdemos de vista hasta el año 50 A. D., en que aparece en el concilio de Jerusalén; y aunque no lo preside, contribuye al arreglo de la importante cuestión referente a las obligaciones de los cristianos gentiles respecto de la ley mosaica, Hech. 15. Dos años después, Pablo, que al hablar de sí mismo no indica que de manera alguna haya sido inferior a Pedro o haya estado subordinado a él, Gál. 1:15-18; 2:6-9, lo reprendió por la conducta inconsecuente que observó en Antioquía, Gál. 2:11, etc., y esa reprensión no disminuyó en nada el afecto que Pedro abrigaba respecto de su “amado hermano Pablo,” 2 Ped. 3:15. Pablo vuelve a hacer mención de él, en 57 A. D., y dice que estaba ocupado en trabajos misioneros en compañía de su esposa, 1 Cor. 9:5, quizás entre los judíos dispersos en el Asia Menor, 1 Ped. 1:1. Según parece, Pedro trabajó en Corinto, 1 Cor. 1:12; 3:22, y en Babilonia, 1 Ped. 5:13. Los escritores romanistas afirman que fue obispo de Roma, y que residió allí 25 años; pero existen pruebas evidentes en contra de esta aserción. Pablo no menciona a Pedro en la epístola dirigida a los Romanos, escrita en 58 A. D., no obstante que envía saludos corteses a los principales cristianos establecidos allí, tanto hombres como mujeres; ni tampoco consta de la narración inspirada que se halla

en los Hechos, ni de las numerosas epístolas de Pablo escritas en Roma, en las cuales envía saluciones de muchos creyentes romanos, que Pedro estuviera en esa ciudad en 61 cuando Pablo llegó allí, o durante la prisión que éste sufrió de 61 a 63, Hech. 28:14-31; ni que aquel apóstol hubiera estado allí antes con objeto alguno. Sin embargo, el testimonio de los antiguos escritores cristianos es que Pedro sufrió el martirio en Roma juntamente con Pablo, o por el mismo tiempo, si bien no se dice exactamente en qué fecha. Su muerte ocurrió tal vez en 64, durante la persecución neroniana y después del gran incendio de Roma, o más bien en 67 o 68. Se dice que fue crucificado, con lo cual imitó al Señor en el modo de morir, Juan 21:18, 19. Orígenes dice que a petición del mismo apóstol, que tenía conciencia de su propia indignidad, fue crucificado con la cabeza para abajo. No hay nada en la Biblia que compruebe que Pedro tuviera supremacía alguna respecto de los otros apóstoles; compárese Hech. 6:1-6; 8:14; 15:13, 22; 1 Cor. 1:12, 13; 3:21, 22; Gál. 2:1, 2, 6-9, 11, o que hubiese de tener sucesor en la influencia natural que se le concedió como uno de los más ancianos, activos y fieles de aquellos que habían “visto al Señor.”

Pedro llamaba a Marcos “su hijo,” 1 Ped. 5:13, y se cree que el Evangelio de éste fue escrito bajo la influencia de aquel. Véase Marcos.

Epístolas de Pedro. Hay dos epístolas que toda la iglesia cristiana conviene en atribuir a Pedro. La autenticidad de la primera nunca ha sido puesta en duda; varios padres apostólicos hacen referencia a ella como a obra del apóstol. Fue dirigida a las iglesias cristianas del Asia Menor, la cual se componía al principio de judíos conversos y de prosélitos, pero incluía a muchas personas convertidas del paganismo, 1 Ped. 4:3. Fue escrita probablemente en Babilonia, ciudad situada sobre el Éufrates, 1 Ped. 5:13. Véase Babilonia. Algunos, sin embargo, interpretan esto diciendo que se habla de Roma, o de una pequeña población de Egipto llamada Babilonia, cerca del antiguo Cairo. Las terribles pruebas por las cuales la iglesia estaba pasando entonces, se supone que fueron las persecuciones sufridas en los últimos años del reinado de Nerón, que terminaron en 68 A. D. Pedro los exhorta a la fe, a la obediencia, y a la paciencia, en vista de la verdad del evangelio, y de la certeza de la salvación en Cristo.

La segunda epístola fue dirigida a las mismas personas que la primera. Su designio general era confirmar las doctrinas que habían sido expuestas en aquella, y motivar a los conversos cristianos a un género de conducta que estuviera de acuerdo en todos respectos con sus protestas de adhesión a Cristo. Esta epístola se atribuía por la iglesia antigua, aunque con menos certeza que la primera, al “gran apóstol de la circuncisión.”

No hay, sin embargo, fundamento suficiente para poner en duda su autoridad canónica, o que Pedro fuera su autor, 2 Ped. 1:1, 18; 3:1. Compare también 1 Ped. 3:20; 2 Ped. 2:5. En muchos pasajes se parece a la epístola de Judas. Ambas epístolas dan testimonio de la armonía que existía entre las doctrinas de Pedro y las de Pablo, y por su espíritu humilde, manso, paciente y afable, manifiestan hasta qué punto poseían los escritores la gracia divina.

“La fe expuesta por Pablo se enciende en esperanza ferviente en las palabras de Pedro, y se ensancha en sublime amor en las de Juan.”

PEKA o FACEE, *de ojos abiertos*, hijo de Remalías, y general de Pekaía (o Faceia) rey de Israel. Conspiró contra su amo, y habiéndole dado muerte, 758 A. C., reinó en su lugar 20 años, 2 Rey. 15:26-28. En la última parte de su perverso reinado, formó alianza con los Sirios de Damasco, y en los principios del de Acaz, Peka y Rezin invadieron a Judea y sitiaron a Jerusalén, cap. 16:1-6. Aunque no pudieron tomar la ciudad santa, Isa. 7; 8:1-10, los aliados mataron a muchos guerreros de Judá, y tomaron muchos

prisioneros, 2 Crón. 28:5-8; pero a los Israelitas les ordenó Dios que restituyesen a sus cautivos, vers. 9-15; Lev. 25:39, 42, 43, 46. Habiendo conseguido Acáz el auxilio de Asiria, Te-glat-falasar derrotó a Siria y a Israel, despojó a Peka del país más allá del Mar de Galilea y llevó cautivos a sus habitantes, 2 Rey. 15:29; 16:7-9; 1 Crón. 5:26; Isa. 17. Poco después Peka fue muerto por Oseas, quien después de un interregno de nueve años, usurpó el trono, 2 Rey. 15:30; 17:1. Peka fue el último de los cuatro reyes de Israel asesinados en los revueltos tiempos del profeta Oseas, Ose. 1:1; 8:4; 10:7, 15. Compare 2 Rey. 15:8-10, 13, 14, 23-25, 30.

PEKAÍA o FACEIA, *cuyos ojos abrió el Señor*, hijo y sucesor de Manahem rey de Israel, fue un príncipe malo, y reinó solamente dos años, 760-758 A. C. Peka, hijo de Remalías, conspiró contra él, y le mató en su propio palacio, 2 Rey. 15:22-25.

PELEG o FALEG, *división*, Gén. 10:25; 11:16-19; 1 Crón. 1:19-25, hijo de Heber y hermano de Joctán. Su nombre se refiere a una división hecha en su tiempo en la familia de Heber, cuya rama mayor, la de Peleg, permanecía en Mesopotamia, mientras que los hijos del menor, Joctán, emigraron a la Arabia meridional.

PELETEOS y CERETEOS, el cuerpo de guardia de David, 2 Sam. 8:18; 15:18; 20:7, 23; 1 Rey. 1:38, 44. Estos nombres han sido traducidos "ejecutores y correos;" pero muchos suponen que eran mercenarios extranjeros cuyos nombres denotaban su origen y no sus atribuciones, y que Peleteos es otra palabra para designar a los Filisteos. Véase Cereteos.

PELÍCANO, I., Heb. *shalac*, buzo, ave acuática voraz, como del tamaño del cuervo, y del género del corvejón, Lev. 11:17; Deut. 14:17.

II. Heb. *kaath*, Lev. 11:18. Ave acuática, de carne fétida y aceitosa, inmunda por la ley de Moisés. Se junta en bandadas y es migratoria. El pelícano blanco común, que todavía se halla en Egipto y en Palestina, tiene casi seis pies de largo, y se parece al ganso en su figura. Su pico ancho y achatado tiene 15 pulgadas de largo, y una especie de bolsa o red que le cuelga debajo, casi invisible cuando está vacía, pero capaz de contener dos o tres galones de agua. Se sirve de ella como de una red para recoger peces, de los cuales abarca una cantidad suficiente para alimentar a seis hombres. Sus polluelos se alimentan con el alimento emitido por los padres; y de esta circunstancia le viene a esta ave su nombre, ayudándose en esa operación con la presión del pico contra el pecho. Su pico termina en un gancho colorado y brillante, y puede haber dado origen a la fábula de que el pelícano alimenta a sus polluelos con su sangre. Vuela, zabulle y nada bien, y una vez que se ha cargado de pescado, se retira a algún sitio solitario a digerir su alimento, tomando entonces un aspecto lerdo y melancólico, Sal. 102:6. Su voz es áspera. En las profecías de la desolación de Idumea, Isa. 34:11, y de Nínive, Sof. 2:14, se hace mención de la presencia del pelícano. Se encuentra entre los pantanos del Asia Occidental, albergado en los edificios arruinados, y lanza un chillido peculiar y áspero, antes y después de su vuelo vespertino.

PELO, Los Egipcios se cortaban el pelo y se afeitaban como ahora, Gén. 41:14; y algunos usaban las pelucas. Los Hebreos llevaban el pelo moderadamente corto, y esto se les exigía a los sacerdotes, Lev. 21:5; Ezeq. 44:20; 1 Cor. 11:14. Los ungüentos olorosos eran muy usados, Exod. 30:33; Sal. 23:5; Ecles. 9:8. Cuando estaban de duelo, los hombres se cortaban el pelo, se lo rasuraban o se lo arrancaban, Esd. 9:3; Amós 8:10, o se lo dejaban sin aliño, Lev. 10:6; Ezeq. 24:17. En Jer. 7:29, se le habla a Jerusalén como si fuera mujer. Las mujeres se trenzaban el pelo, se lo perfumaban y adornaban de diversas maneras, Isa. 3:18, 24; 1 Cor. 11:15, tanto que por ello se atraieron las reprensiones apostólicas, 1 Tim. 2:9; 1 Ped. 3:3. Los Nazareos llevaban el pelo sin cortar, como señal de humillación, y de consagración

de sus personas a Dios, Núm. 6:5, 9; Jue. 13:5; 16:17. El pelo de Absalón pesaba quizá 20 siclos, no 200, siendo posible que en esto hubo un error del copista en cuanto a números, 2 Sam. 14:26, Los Árabes se cortaban el pelo alrededor de las sienes, en forma circular, en honor de su dios Orotal, Jer. 9:26; 25:23; 49:32 (en el Hebreo), y cuando estaban de duelo se mutilaban la barba, Jer. 48:37. Esas prácticas les eran prohibidas a los Israelitas, Lev. 19:27. Los leprosos cuando se limpiaban, y los Levitas en su consagración, se rasuraban todo el cuerpo, Lev. 13; 14:8, 9; Núm. 8:7. “Cabellos como cabellos de mujeres,” Apoc. 9:8, era una frase que aludía a las huestes semi bárbaras, como las de los Sarracenos, de pelo largo, que tanto mal hicieron a la Europa cristiana en los siglos séptimo y octavo.

PELUDOS, FAUNOS o CABRAS SALVAJES, Isa. 13:21; 34:14. La palabra hebrea significa velludo, lanoso, y frecuentemente se traduce con bastante propiedad por “macho cabrío,” como en Lev. 4:24. Véase Cabras. En Lev. 17:7; 2 Crón. 11:15, se traduce “demonios” y se refiere a algunos objetos del culto idólatra, tal vez cabras o imágenes de cabras, a imitación del culto egipcio que se les daba a estos animales en Mendes. Los monumentos representan un mono cinocéfalos, esto es, con cara de perro, como objeto de veneración. En la Septuaginta se lee “demonios” en los dos pasajes de Isaías, y muchos expositores antiguos y modernos sostienen que se hace referencia a los malos espíritus que según el creer de los orientales frecuentaban los lugares desolados; comp. Apoc. 18:2. La opinión más exacta es probablemente la de que denotan animales lanudos como las cabras salvajes, o tal vez una especie de monos. En todo caso, la triste condición del sitio que ocupaba Babilonia, Isa. 13:19-22, y Bosra en Edom, Isa. 34:5-15 se predice así.

En la mitología clásica, los peludos o sátiros eran seres imaginarios, mitad hombres y mitad cabras, vestidos con pieles de fieras, y que se embriagaban en las selvas y los bosques con Baco el dios del vino.

PENDENCIERO, individuo turbulento y revoltoso.

PENUEL, *la casa de Dios*, lugar donde Jacob luchó con el Ángel-Jehová, “cara a cara,” Gén. 32:24-31; Ose. 12:4. Estaba al este del Jordán y cerca del Jaboc. Hubo una ciudad llamada así 50 años después, cuya torre destruyó Gedeón, Jue. 8:8-17. Como 250 años más tarde, Penuel fue reedificada o fortificada por Jeroboam I, 1 Rey. 12:25. El Dr. Merrill opina que su sitio se hallaba en el costado sur del Jaboc y cerca de su desembocadura.

PENINA, la segunda esposa de Elcana, padre de Samuel. Véase Ana. Su historia ejemplifica los males de la poligamia, 1 Sam. 1; 2.

PENTATEUCO, cinco tomos, nombre colectivo de los cinco libros de Moisés: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. Este nombre, así como los títulos especiales de cada uno de los cinco libros, son de origen griego, y probablemente les fueron dados por los traductores alejandrinos del Antiguo Testamento. Véase Septuaginta. Por los Hebreos, el rollo o volumen sagrado era llamado Torá, “la ley.” Los nombres griegos describen el contenido de cada libro. Los nombres hebreos, tal como Bereshith, “en el principio” etc., son o bien una palabra inicial, o una palabra importante en el versículo inicial. Al Pentateuco se le llama en la Biblia “la ley,” Neh. 10:34, 36; Mat. 12:5; Luc. 10:26; Juan 8:17; (si bien “la ley” incluye algunas veces todas las Escrituras hebreas, Juan 15:25, que estaban también divididas en “la ley y los profetas,” Mat. 22:40; o “la ley, los profetas y los salmos,” Luc. 24:44;) “el libro de Moisés,” 2 Crón. 25:4; “la ley de Moisés,” 1 Rey. 2:3; Dan. 9:11, 13; Juan 7:23; Hech. 13:39 con Juan 1:17, 45; “el libro de la ley,” 2 Rey. 22:8, 11; “el libro de la ley de Moisés,” Jos. 8:31; Neh. 8:1; “el libro del pacto,” 2 Rey. 23:2, 21; “el libro de la ley de Jehová,” 2 Crón. 17:9; “la ley de Jehová,” 2 Crón. 31:3; y

“el libro de la ley de Jehová dada por Moisés,” 2 Crón. 34:14. El gran tema del Pentateuco es la teocracia hebrea. Describe el Génesis la preparación para ella; el Éxodo, su fundación; el Levítico, su constitución interna; los Números, su establecimiento en los viajes hechos en el desierto, y en la conquista de Canaán. El Deuteronomio es una recapitulación de las leyes relativas a ella, y contiene además una relación de la ejecución de esas leyes. El Pentateuco contiene en sí mismo el testimonio de su autenticidad, pues hace mención expresa de Moisés como autor de varias de sus partes, Exod. 17:14; 24:3-7; 34:27; Núm. 33:2; Deut. 31:9-12, 19, 22, 24-26. Sin razones de peso para la opinión contraria, tal como la que existe respecto de la relación de su muerte, Deut. 34, es lógico presumir que él escribió lo restante; y esta presunción se confirma por la unidad de la composición en su conjunto; por el decir de las otras Escrituras del Antiguo Testamento, de Cristo y de sus apóstoles; por la tradición constante de las iglesias judía y cristiana, y por las pruebas internas de la misma obra, la cual revela tener por autor a un hombre dotado precisamente de las cualidades providenciales que distinguieron a Moisés de los demás hombres, y esto con motivo de su educación egipcia, y del carácter de caudillo que tuvo en los viajes por el desierto. Además, son pruebas de la antigüedad del libro su primitiva teología, y el hebreo arcaico en que está escrito. Se distingue en ambos respectos de los libros de la época de David, y más todavía de los de la época posterior al destierro, a la cual algunos críticos modernos lo atribuyen. A la vez que Moisés parece así haber sido el único autor del Pentateuco, bien pudo suceder que, auxiliado y guiado por el Espíritu de Dios, se valiese de antiguos registros de los acontecimientos anteriores a su tiempo; y esta suposición explicaría las diferencias que, según sostienen algunos, existen en el estilo y en el empleo de los nombres de Dios. En esas diferencias se funda una escuela crítica moderna para negar que Moisés fuera el autor del Pentateuco. El uso de ciertos nombres de lugares antes de la aplicación que de ellos se hizo una vez conquistada Canaán, como Dan, Gén. 14:14; Deut. 34:1, con Jos. 19:47, y Hebrón, Gén. 13:18; 23:2, con Jos. 14:15; Jue. 1:10, puede explicarse suponiendo que Moisés tuvo un conocimiento profético de ese hecho, o bien que se hizo una sustitución en las ediciones posteriores del Pentateuco, después de que estos nombres se establecieron.

Un pasaje del Pentateuco se leía con regularidad en cada sinagoga judía el Sábado, Hech. 13:15; 15:21. Era y es aún el libro sagrado de los Samaritanos, que no aceptan otra parte de la Biblia.

PENTECOSTES, *Quincuagésima*, Hech. 2:1-41, el nombre griego dado a la segunda de las tres grandes festividades que se le mandó a Israel que guardara en el Santuario Nacional, Ex. 23:14-17. Se celebraba en el día quincuagésimo después del 16 de Nisán, que es el segundo día de la fiesta de la pascua, Lev. 23:15, 16; y caía en el día sexto del tercer mes. En el Antiguo Testamento se le llama “la fiesta de las semanas,” Exod. 34:22; “la fiesta de la cosecha,” Exod. 23:16, y “el día de las primicias,” Núm. 28:26, y fue instituido como un día de acción de gracias a Dios por la cosecha de granos que en Palestina se recogía por lo común durante las siete semanas transcurridas entre la pascua y esta fiesta, y que terminaba con la cosecha de trigo. Las primicias del último se ofrecían en el día señalado, en la forma de dos panes con levadura, cada uno de los cuales contenía dos décimos de flor de harina, Lev. 23:17. Se habían prescrito también especiales sacrificios sangrientos, Lev. 23:18-21; Núm. 28:26-31; y ese día tenía que ser de reposo santo y regocijo, de gratitud que impulsaba a una nueva obediencia, y de hospitalidad ofrecida a los menesterosos. De cada participante se exigía una ofrenda voluntaria proporcionada a sus recursos, Deut. 16:9-12. Los Judíos posteriormente, después de la destrucción de Jerusalén y de su consiguiente dispersión, consideraban esta festividad como una conmemoración de la promulgación de la ley en el monte Sinaí, Ex. 20:1-20. Que este acontecimiento casi coincide con el tiempo designado para “la fiesta de las semanas,” puede inferirse de Ex. 19:1, 10, 11, 16. Este es el principal significado de la fiesta entre los judíos modernos.

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue derramada en la iglesia cristiana, Hech. 2:1-3. Este don de un Divino Iluminador y Santificador, tenía con la libertad obrada por el sacrificio de Cristo, como la verdadera pascua, una relación semejante a la que la promulgación de la ley tenía con la libertad de Egipto; pero era de una eficacia más gloriosa, y tenía por objeto a todas las naciones y a todo el periodo de la dispensación evangélica, Hech. 2:17, 38, 39. En este día se le presentaron al Señor, con la conversión de los tres mil, las primicias de una gran cosecha espiritual. Compare Mat. 9:37, 38; Juan 4:35, 36. Los poderosos efectos entonces producidos prefiguran la obra todavía mayor que el Espíritu llevará a efecto en respuesta a nuestros ruegos.

PEÑA o ROCA, Exod. 17:6; Núm. 20:8; Jue. 6:21. Las rocas y las cavernas abundan en los cerros de piedra caliza de Palestina, y eran muy frecuentadas por gente que allí buscaba abrigo y protección, Jue. 15:8, 11; 20:47; 1 Sam. 13:6. De aquí viene el que a Dios se le titule la “Roca de su pueblo,” Deut. 32:4, 15, 18, 31; 2 Sam. 23:3; Sal. 18:2, 31. Dicho término se aplica a Cristo como el manantial, abierto por Dios, del agua de la vida, 1 Cor. 10:4. A causa del intenso calor y de la reverberación que produce un sol tropical, una roca proporciona protección más eficaz que un árbol, Isa. 32:2. Los nombres Sela y Tiro, significan ambos, roca, y de las cinco palabras hebreas traducidas así, estas son las dos que se emplean con mayor frecuencia. Véase Sela.

PEOR o PEHOR, hendidura, el pico de una montaña en Moab, la última de las tres estaciones desde las cuales Balaam contempló y bendijo a Israel, Núm. 13:27 a 24:19, acampado entonces en el valle al este del Jordán, cerca del Mar Muerto, Núm. 22:1; 24:2, 5. Peor, lo mismo que Pisga, Núm. 21:20, daba frente a Jesimón. El profesor Paine de la Sociedad americana de Exploración de Palestina, identificó en 1873 a Pisga con Jebel Siaghah, cuyas tres cimas es probable que fueran los sitios desde donde Balaam presenció esas tres escenas; véanse Jesimón y Pisga. En Núm. 25:18; 31:16; Jos. 22:17, Peor es una contracción de Baal-Peor, Núm. 25:3.

PERAZIM, *brechas*, Isa. 28:21, un lugar alto, consagrado a la idolatría; llamado en otros pasajes, Baal-Perazim. Véase 2 Sam. 5:18-21; 1 Crón. 14:8-12.

PERDICIÓN, Cristo llama a Judas “el hijo de perdición,” Juan 17:12 con Mar. 14:21; Hech. 1:25, y describe así según un modismo muy común entre los Hebreos, su carácter y su destino. Véase Hijo. Se denota la perdición en la Escritura con “el lago de fuego” Apoc. 17:8, 11; 19:20, esa espantosa morada final del diablo y de los hombres “no escritos en el libro de vida del Cordero,” Apoc. 20:10-15. Nuestro Salvador se refiere a ella, como “el horno de fuego,” Mat. 13:50; “el infierno de fuego,” “el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles,” Mat. 18:9; 25:41. Véanse Infierno III e Hinom. La palabra griega traducida así en Apoc. 17:8, 11; 2 Ped. 2, 1, 3, y “muerte” en Rom. 9:22; tiene un sentido general de pérdida, destrucción y ruina, Mat. 26:8; Hech. 8:20, y se usa a menudo en un sentido especial para denotar la pérdida de la vida eterna y de la bendición, Mat. 7:13; Juan 17:12; Heb. 10:39; 2 Ped. 3:7. Que no significa mera pérdida o aniquilación de los malvados, se prueba por las palabras con que la Biblia pinta la culpabilidad constante, la contaminación, la vergüenza y las angustias de los sentenciados, Dan. 12:2; Mat. 13:40, 50; 18:34, 35; 25:30,41; Mar. 3:29; 9:44-48; Rom. 2:4-9; Apoc. 14:9-11; 21:8. La misma palabra griega se usa por la Septuaginta para traducir la hebrea Abadon, “destrucción,” que según el sentido en que generalmente se toma, se refiere al lugar de tristeza y sufrimientos en el mundo invisible, Job 26:6; 28:22; Sal. 88:11; Prov. 15:11.

El verbo griego de que se deriva el nombre, tiene también un sentido general de pérdida, destrucción y ruina, Mat. 2:13; 8:25; 9:17; Luc. 15:8,9, 24, 32, y como el nombre, se aplica especialmente al estado de corrupción y de miseria en que está el hombre como pecador, Mat. 18:11; Luc. 19:10; y del cual puede

salvarse por la fe en Cristo, Juan 3:16; 10:28; 2 Ped. 3:9. Pero si continuare en él durante toda esta vida, 2 Cor. 2:15; 4:3, terminará en esa completa “perdición” en pecado y miseria que, así por el resultado natural de la persistencia en el pecado, la incredulidad y la enemistad con Dios, Juan 8:24; Mat. 12:31, 32; Juan 3:36, como por la sentencia directa del Juez, envuelve a los que se hallan condenados, a seguir la elección que en su vida hicieron, y a separarse de Cristo, Mat. 25:41, 46; 10:28. Por lo dicho en 2 Tes. 2:3, etc., sabemos que otro hijo de perdición tendrá que venir en “los últimos tiempos,” “el hombre de pecado;” “y que ese ente malvado” o sin ley, al parecer la encarnación final de la impiedad—ya sea una persona a una colectividad, cosa que no se nos dice—está condenado a ser destruido por Cristo.

PERDÓN, I., gloriosa manifestación de la misericordia que Dios tiene para con los pecadores, Exod. 34:7. El perdón es concedido gratuitamente por amor de lo que Cristo ha hecho y sufrido, a todos los que verdaderamente se arrepienten y aceptan al Salvador como su única esperanza, 2 Crón. 7:14; Job 33:27-30; Sal. 103:3, 12; Hech. 5:31; 10:43; 13:38; 26:18; y no a otro alguno, Prov. 1:24-31.

Cristo exige imperiosamente que los hombres se perdonen mutuamente, Mat. 5:44, 45; 6:14, 15; 18:21-35, e inculca ese deber con su propio ejemplo, Luc. 23:34; Efes. 4:32. Si no perdonamos al prójimo, no podremos conseguir que Dios nos perdone a nosotros mismos, Mat. 6:14, 15.

Sólo Dios puede conceder el perdón, Exod. 34:6, 7; Mar. 2:7, 10-12, por su amor gratuito y gracia, Isa. 43:25; Rom. 5:8; Efes. 1:6, 7, tratándonos como si no hubiéramos incurrido en ofensa, con motivo de la expiación y mediación de Cristo, Rom. 3:23-26; Heb. 9:9-28; quien en persona sufrió el castigo que merecían los pecadores, Isa. 53:4-12; Gál. 3:10-13. El arrepentimiento y la fe en Cristo, son requisitos necesarios para conseguirlo, Isa. 55:7; Juan 3:16, 18; Hech. 10:43; 13:38, 39; 1 Juan 1:6-9. Ha comisionado a los hombres para promulgar el mensaje de Dios, prometiendo el perdón a los pecadores que crean y se arrepientan, pero ningún hombre tiene la facultad de perdonar el pecado, Luc. 24:47. Las Escrituras manifiestan lo completo del perdón de Dios, hablando de él como que cubre el pecado, y no lo imputa, Sal. 32:1, 2, que lo quita, Sal. 103:12; Miq. 7:19, que lo borra y no lo recuerda, Sal. 51:1, 9; Heb. 8:12.

PEREGRINACIONES DE LOS ISRAELITAS. Véase Éxodo. Al salir los Israelitas de Egipto para ir a la Tierra Prometida, no pudieron tomar el camino recto al noreste, “el camino de la tierra de los Filisteos,” ni “el camino de sur,” directamente al este, por razón de la frontera fortificada de los Egipcios y los Amalecitas, Gén. 25:18. Se volvieron hacia el sudeste “el camino del desierto del Mar Bermejo,” Exod. 13:17, 18. En esa misma dirección se vieron obligados a volver de Cades dos años después. Habiendo pasado el brazo occidental del Mar Rojo más abajo de Suez, caminaron hacia el sudeste a lo largo de la costa, y entonces volviéndose hacia el oriente, penetraron por entre las montañas sinaíticas, alrededor de Ras Sufsafeh. Allí recibieron la ley y permanecieron más de un año. De allí andando hacia el noroeste, y hacia el norte, del lado occidental de las montañas, tocando los límites del Araba en el occidente, llegaron 15 meses después a Cades Barnea, de donde doce espías fueron enviados a explorar la tierra de Canaán; y en donde, al recibir su desconsolador informe, los Israelitas rebeldes e incrédulos fueron condenados a andar errantes en el desierto hasta que los guerreros de esa generación muriesen, Núm. 32:11-13; Deut. 2:14-16. La historia toda de su permanencia en el desierto durante 40 años es sumamente interesante e instructiva por cuanto contiene muchos hechos providenciales y maravillosos, y por cuanto cuenta el origen de varias instituciones, y prefigura la peregrinación del cristiano a la Canaán celestial, Neh. 9:10-21; Isa. 63:11-14; Amós 2:10.

El teatro de las peregrinaciones fue Arabia Petnea. De la parte que está incluida dentro de los dos brazos del Mar Rojo, la mitad meridional está ocupada por grandes cordilleras de montañas sinaíticas de piedra

caliza, limitadas al norte por los largos peñascos de Jebel et-Tih; y la mitad septentrional está formada por el desierto et-Tih, el errante. Al norte está el gran desierto de Parán que se extiende hasta el Mediterráneo, Núm. 13:26, y el desierto de Sin, Núm. 33:36, del lado nordeste, que llega hasta el monte Hor, Cades, y el Negeb o “país del sur.” En los confines de Egipto estaba el desierto de Etam o Sur, Exod. 13:20; 15:22; y más al sur, entre Sinaí y el Mar Rojo, el desierto de Sin, Exod. 16:1. Toda la región es descrita como “el desierto grande y espantoso,” Deut. 8:15. No se encontraba allí lo necesario para el alimento del hombre; y el alimento que les producían a los Israelitas sus rebaños y ganados, y el que obtenían de las tribus vecinas, les fue completado con maná hasta que llegaron salvos a Canaán, Jos. 5:11, 12. Era escaso de aguas perennes, y esta falta fue suplida por el agua que brotó de la roca herida, Exod. 17:6; Núm. 20:8-11; 1 Cor. 10:4. Había algún pasto para el ganado, pues el rebaño de Jetró pacía en los valles situados alrededor del Sinaí.

Un viajero describe a er-Rahah, en el siglo 16, como “un gran llano verde.” Había abastecimiento de agua en Cades donde “permanecieron muchos días,” Deut. 1:45, 46; éste era algunas veces incluido en el desierto de Parán,” Núm. 13:26; y una ciudad llamada Parán existió en el desierto en los primeros tiempos del cristianismo.

Hacia el fin de los 40 años, los Israelitas estuvieron otra vez en Cades, donde María murió, y el descontento pueblo fue abastecido otra vez con agua, Núm. 20:1-13. No habiéndoseles permitido pasar por Edom, visitaron otra vez el monte Hor, y de allí caminaron hacia el sur al brazo oriental del Mar Rojo, atravesando la Arabia y subiendo por el límite oriental de Edom al valle del Jordán. La dirección exacta de su viaje no puede ser determinada con precisión.

PEREGRINO, el que habita transitoriamente en una tierra extranjera; metafóricamente, el creyente durante el tiempo que se halla ausente de su patria celestial, Gén. 47:9; Sal. 119:54; Heb. 11:13; 1 Ped. 2:11.

PERFECTO, entero, completo, que tiene todas las partes componentes que son necesarias; Lev. 22:21-24; 1 Cor. 13:10. Se llamaban perfectos aquellos hombres que aunque no se hallaban libres de pecado, eran con todo, intachables, comparativamente hablando, y poseían verdaderamente las cualidades exigidas por Dios, como la fe en él, el amor a él, y la inclinación a la obediencia, Gén. 6:9; 1 Rey. 15:14; 2 Rey. 20:3; Job 1:1.

Perfeccionar, “acabar del todo” o “consumar,” es llevar alguna cosa al fin propuesto, 2 Crón. 8: 16, como Cristo a su muerte, según se había predicho, Luc. 13:32, con vers. 31, 33, y a una completa idoneidad para su obra mediadora, Heb. 2:10 con vers. 18 y 5:9; y como el creyente en Cristo llega a la paz de la conciencia, Heb. 10:14 con 7:19; 9:9; 10:1, 2; a la plena recepción de la promesa del Mesías. Heb. 11:39, 40; a la posesión de una santidad inmaculada, a la completa conformidad con Cristo, Fil. 3:12 con vers. 8-10, y a la santidad y felicidad de los espíritus redimidos después de la muerte, Heb. 12:23.

Un hombre perfecto en Cristo, es el que espiritualmente ha llegado al más alto grado en la posesión de la fe, el amor, los conocimientos y la fuerza de acción, en contraste con un niño en Cristo, 1 Cor. 2:6; Heb. 5:14; comp. vers. 12, 13; 6:1. Pablo se clasifica así mismo entre los “que somos perfectos,” Fil. 3:15, pero no como que hubiera alcanzado la perfección, vers. 12: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo...”

A los creyentes se les exhorta a que “sean perfectos,” 2 Cor. 13:11, que “vayan adelante a la perfección,” Heb. 6:1, adquiriendo por la gracia de Dios, Heb. 13:21, un carácter maduro en virilidad

cristiana, completo en todas las gracias cristianas, Efes. 4:13 con Sant. 1:4; 2 Ped. 1:1-11. Dios con todos sus atributos imitables, es el modelo puesto ante ellos, Mat. 5:48.

PERFUMES, eran antiguamente, y lo son todavía, muy usados en el Oriente, Prov. 27:9; Isa. 57:9; y se aplicaban a la persona, Juan 12:3, así como a los vestidos. Sal. 45:8, y a las camas, Prov. 7:17, y se quemaban delante de las literas de los príncipes, Cant. 3:6, 7. Moisés habla del arte del perfumista, y dice de que se componían los dos sagrados perfumes usados en el servicio del Tabernáculo, el uno como aceite de unción, y el otro como incienso, Exod. 30:23-33, 34-38. Los perfumes se usaban para embalsamar los cadáveres, Mar. 16:1; Juan 19:39, 40. Véanse Embalsamamiento, Incienso, Unción, y Especies.

PERGAMINOS, 2 Tim. 4:13. Se usaban antiguamente, para escribir sobre ellas, pieles toscamente preparadas, Los Jonios usaron de ese modo las pieles durante cinco siglos A. C. Bajo Eumenes, rey de Pérgamo, como dos siglos A. C., se descubrió un modo mejor de prepararlas, y se les dio en latín el nombre de "charta pergamena," papel de Pergamo, de donde viene nuestra palabra pergamino. Véanse Libro y Pérgamo.

PÉRGAMO, ciudad de Misia, tres millas al norte del río Caicus, y a 20 millas del Mar Egeo. Era la residencia de la dinastía italiana de reyes, quienes la hicieron célebre como asiento de las artes, de la literatura y de la idolatría. Sus estados cayeron en poder de los Romanos, 133 A. C., y fueron convertidos en provincia del Asia propiamente dicha. Eumenes II fundó una biblioteca, 197-159 A. C., que llegó a tener hasta 200,000 volúmenes; siendo presentada por Antonio a Cleopatra, fue trasladada a Alejandría, y allí fue destruida por el califa Omar, con la famosa biblioteca alejandrina. Al transcribir los manuscritos para ella, se emplearon grandes cantidades de pieles de oveja, y se hicieron grandes adelantos en el adobo de este material para la escritura. Véase Pergaminos. Un hermoso bosque contiguo a la ciudad contenía templos de Júpiter, Minerva, Apolo, Venus, Baco y Esculapio. Antiguamente se dio prominencia especial al culto de Venus, y después al de Esculapio, dios de la medicina y de la mágica farmacéutica. El emblema de éste era una serpiente. Algunos interpretan las expresiones que se hallan en el mensaje que Cristo envió a la iglesia establecida allí, Apoc. 1:11; 2:12-17, "el trono de Satanás," etc., como que tienen especial referencia al culto que se daba a este ídolo-serpiente; comp. Apoc. 12:9; otros las aplican a las muchas idolatrías e impurezas de la ciudad, y a su hostilidad contra el cristianismo, ya comenzada allí con la muerte que se le dio a Antipas. Las ruinas de los antiguos edificios de Pérgamo (la cual se llama ahora Bergama) demuestran cuán grande fue su magnificencia en otros tiempos, pero las casas modernas son pobres. Tiene una población de 20,000 habitantes, principalmente Turcos y Musulmanes, con cosa de 2,000 cristianos griegos y armenios. Una notable altura cónica cercana a la ciudad, y que está ahora coronada de ruinas, fue considerada como sagrada por los paganos desde una remota antigüedad, y hubo un tiempo en que estuvo ocupada por una fortaleza.

PERGES, ciudad de Panfilia, en el río Cestrus, a 7 millas de su desembocadura. El río está ahora obstruido por una barra, pero antiguamente era navegable hasta Perges, en donde Pablo y Bernabé desembarcaron en su primer viaje misionero con Marcos, el cual los dejó allí, Hech. 13:13. Pablo volvió a visitar a Perges a regreso, Hech. 14:25. Fue la capital primitiva de Panfilia; y después de la división de esa provincia, siguió siendo la capital de una parte de ella, y Sidé vino a ser la ciudad principal de la otra. Perges tenía hermosos edificios públicos, y en una altura cercana un hermoso templo de Diana, que dio celebridad a la ciudad. Algunas monedas que se han descubierto allí, tienen la imagen de esa diosa. Quedan aún extensas ruinas, llamadas por los Turcos Eski-Kalesi.

PERLA, Las perlas han sido siempre altamente apreciadas como adornos de la persona, y los antiguos les daban un lugar prominente entre las substancias preciosas, Mat. 7:6; 13:45, 46; Apoc. 21:21. Las perlas son un depósito globuloso de nácar, la substancia que sirve de cubierta exterior a muchas conchas, y se hallan en varios moluscos, cuyo nácar se llama “madre de perla.” Las ostras de perla crecen en las aguas profundas, apiñadas en rocas llamadas “bancos de perla,” y se hallan en el Golfo Pérsico, en la costa occidental de Ceilón, en las costas de Java, Sumatra, etc., y en pequeñas cantidades en todas partes de ambas hemisferios. Sacan las ostras de perla unos hombres llamados buzos, quienes pueden practicar su peligroso ejercicio sólo durante unas cuantas semanas, o unos cuantos meses de calma primaveral o tiempo de verano. Pocas perlas son tan grandes como el hueso de una cereza; sin embargo, algunas han alcanzado el tamaño de una nuez, y una de ellas ha sido avaluada en \$350,000. El valor y la belleza de una piedra semejante, adquirida con tantas fatigas y trabajos, sirven de símil adecuado de la salvación obtenida para nosotros por medio del sacrificio personal de Cristo; y cúmprenos a nosotros como personas sensatas el adquirirla a cualquier costo, Mat. 13:45, 46; Prov. 2:3-9; Apoc. 3:18.

PERROS (los) eran mirados con gran desprecio por los judíos, pero eran adorados lo mismo que los gatos, por los Egipcios. Entre los judíos, comparar una persona con ese “inmundo” animal, Lev. 11:26, 27; Isa. 66:3, era la expresión más degradante posible, 1 Sam. 17:43; 24:14; 2 Sam. 9:8. El estado en que estaban los perros entre los judíos, era el mismo en que ahora por lo general se hallan en el Oriente, en donde no teniendo dueños, como a menudo sucede, andan vagando en tropel por las calles, alimentándose de lo que se les da por caridad o capricho, o viviendo de los desperdicios que recogen. Como con frecuencia están casi muriéndose de hambre, devoran los cadáveres, y en la noche atacan aun a la gente, Sal. 59:6, 14, 15; 1 Rey. 14:11; 21:23. Sin embargo, algunas veces se tenían perros para cuidar los rebaños y las casas, Job 30:1; Isa. 56:10; Mat. 15:26, 27. En varios lugares de las Escrituras se da el epíteto de “perros” a cierta clase de hombres, para expresar su insolente rapacidad, Sal. 22:16; Mat. 7:6; Fil. 3:2, y sus vicios bestiales, Deut. 23:18; 2 Ped. 2:22; Apoc. 22:15.

PERSECUCIÓN (la) es un crimen, ya sea que se emprenda por la iglesia o por el poder civil. En rigor, la iglesia no tiene derecho de imponer penas temporales sino solamente espirituales, y eso a sus propios miembros; y el poder civil lo tiene de imponerlas, por los actos externos, nada más, y no por faltas espirituales. La persecución se verifica cuando una u otra de esas autoridades se sale de su respectiva esfera, ya sea que los que la ejecutan sean hombres mal intencionados y enemigos de la verdad, o personas que obran de buena fe, pero están engañadas; ora sea que los que la sufren sean mártires fieles que sufren por Cristo, o los más contumaces defensores del error. La coacción ejercida sobre los herejes por medio de diversos castigos, y aun de la muerte, se ha defendido apoyándose en lo prescrito por las leyes del Antiguo Testamento; pero no se tiene en cuenta que bajo el régimen de la ley mosaica, época en que Dios era reconocido como el Jefe legislador, judicial y ejecutivo de la nación, el culto rendido a otro dios era considerado como traición, y merecía como tal la pena de muerte, Lev. 20:1-5; Deut. 13; así como el quebrantamiento grave de los otros mandamientos que eran la ley de la nación. Por medio de severos castigos, Dios enseñó a las antiguas generaciones de la humanidad la naturaleza fatal del pecado, el cual acarrea la muerte a los pecadores impenitentes. A la verdad, la pena de muerte no era impuesto muy a menudo: lo era sólo en casos determinados, como en los que se especifican por ejemplo en Lev. 24:11-14; 1 Rey. 18:40; y la idolatría tuvo muchos que la patronizaran entre los reyes de Israel. También es cierto que podía apelarse en todos casos al Supremo Juez, valiéndose para ello de ciertos medios al efecto señalados, lo cual no puede hacerse en la actualidad. El régimen mosaico ha quedado abolido, y nada hay en los preceptos o en el espíritu del Nuevo Testamento, que autorice la coacción en asuntos espirituales. El Estado no tiene el derecho de invadir con sus penas el dominio de la

conciencia, y a su vez el reino de la iglesia, no siendo de este mundo, carece de armas terrenales, y únicamente debe apoyarse en el poder de la verdad, en la conciencia, y en el Espíritu de Dios, Luc. 9:53-55; Juan 18:36; 2 Cor. 10:4.

PERSIA, propiamente dicha, que es a la que probablemente se hace alusión en Ezeq. 38:5, se extendía desde el Golfo Pérsico hasta la Media entre Carmania al este y Elam o Susiana al oeste. Ese país y su nombre están representados por la parte de la Persia moderna llamada Far o Farsistán. La parte baja meridional que se halla sobre el golfo, es arenosa y estéril; pero al norte de ella se halla una región montañosa con valles y llanuras amenas y fértiles, que están por término medio como a 4,000 pies de elevación sobre el nivel del mar. Las ciudades principales eran Pasargadas, la antigua capital llamada ahora Murgab, en donde se muestra una tumba que se considera como de Ciro, y Persépolis, la capital posterior, fundada por Darío Histaspis, y quemada por Alejandro Magno un día que se embriagó, 330 A. C.

Otros pasajes de las Escrituras se refieren al Imperio Persa, cuya mayor extensión fue desde el Hindo hasta Tracia, y desde los mares Negro y Caspio hasta el Océano Índico, el Golfo Pérsico y Egipto, incluyendo toda el Asia Occidental, y parte de Europa y África.

La Persia propiamente dicha estaba habitada por los Persas, pueblo ariano de la familia de los Medos, después de 880 A. C., cuando se mencionan por primera vez en las inscripciones asirias. Emigraron del este del Mar Caspio, y fueron conducidos a Persia por Achaemenes, 700 A. C. El reino persa se hizo tributario de los Medos como por 630 A. C. En 558 Ciro, hijo de Cambises, rey de Elam, se rebeló; y en 550, habiendo agregado los estados de los Medos a los suyos, comenzó una serie de conquistas que extendió su dominio desde el Hindo hasta el Mar Egeo, fundando así el segundo reino grande del mundo, Dan. 2:32; 7:5; 8:1-4. Conquistó a Babilonia, 538 A. C., y siguiendo su política conciliatoria, expidió un decreto autorizando el regreso de los judíos cautivos y la reconstrucción del templo, 2 Crón. 6:20-23; Esd. 1:1-4. Su hijo y sucesor Cambises, 529 A. C., el Asuero de Esd. 4:6, conquistó a Egipto, el cual en los reinados posteriores se rebeló repetidas veces. El usurpador, el falso Smerdis, 522 A. C., llamado "Artajerjes," prohibió la reedificación del templo, Esd. 4:7-24. Bajo el mando del que lo depuso y sucedió, Darío Histaspis, 521-485 A. C., el templo fue concluido, Esd. 4:5, 24; 5:1-6; 6:15; Hag. 1:1; Zac. 1:1; 7:1. Durante ese reinado, Susan (véase) fue hecha capital del Imperio persa. Los Persas fueron derrotados por los Griegos en Maratón, 490 A. C. El sucesor de Darío, 485-465 A. C. fue "el cuarto rey" de Dan. 11:2, el Jerjes, que invadió a Grecia 480 A. C., y sufrió una derrota en Salamina, el Asuero de Ester. Le sucedió primero el usurpador Artabano y después su hijo Artajerjes Longimano, 464-424 A. C. Esd. 7:1, 11, 26; Neh. 2:1-8, en cuyo reinado fueron restaurados los muros de Jerusalén, Neh. 2:11 a 6:15. De sus sucesores, al último, Darío Codomano, 335 A. C., es al que probablemente se hace referencia en Neh. 12:22; él fue vencido y muerto por Alejandro el Grande, 330 A. C., y así terminó el Imperio persa, Dan. 8:5-7, 20. Después de la muerte de Alejandro, Persia fue gobernada por los Seléucidas, hasta que, anexada al Imperio Tártaro, 164 A. C., se hizo independiente bajo los Sasanidas, 226 A. D. En 642 A. D., fue conquistada por los Árabes, quienes establecieron el mahometismo. Fue asolada por los Tártaros bajo Jenghis Khan en 1206; por Tamerlán en 1380, y por los Turcos en el siglo XVI. La actual dinastía turcomana, cuya capital es Teherán, fue establecida en 1796.

Los antiguos Persas eran ingeniosos, valientes y comparativamente sinceros; pero de genio duro, vanos e inconstantes. Su lengua, como la de los Medos, era de la familia del Sánscrito. La forma más antigua de ella se ve en sus sagrados escritos, el Zendavesta; el persa moderno se deriva de esa lengua, pero tiene una mezcla considerable de árabe. Los Persas adoraban a Ormuzd, el buen espíritu y dador de la vida, y temían a Ahriman, el que infligía todo mal. Reconocían también espíritus inferiores, buenos y malos. No

usaban imágenes, y su culto, en sus primeros tiempos, fue sencillo, sin altares, sacrificios o sacerdotes; pero se corrompieron con el magianismo, la religión de las tribus scitas, de quienes los Persas emigrantes adoptaron el culto de los elementos, especialmente del fuego, el ceremonial magiatio, y la adivinación, y el culto especial del sol, Mithra, y de la luna, Homa.

La Persia moderna o Irán, está limitada al norte por Rusia y el Mar Caspio; al oeste por la Turquía Asiática; al sur por el Golfo Pérsico, el estrecho Orinuz y el Golfo de Oman, y al este por Beluchistán y Afganistán. Tiene una área de 550,000 millas cuadradas, y una población quizá de 10,000,000. El soberano o Shaa, es jefe de la secta Shea o heterodoxa de los Musulmanes, que incluye nueve décimos de la población. El resto de ella se compone de cristianos Armenios o Nestoriatios, de judíos, y como de 5,000 Parsees que representan la antigua religión. El pueblo se describe como hermoso, inteligente, social, falso y cortés: "los franceses del Oriente." En 1833, la Junta Americana de Misiones estableció una misión entre los Nestorianos, cuya antigua iglesia se había sumergido en la superstición y el ritualismo. Se hizo traspaso de la misión a la Junta Presbiteriana en el 1871. Ha tenido un éxito bastante lisonjero, y se ha extendido hasta incluir a los judíos y Armenios, y aun a los Musulmanes, quienes comienzan a ser más accesibles que antes a las influencias cristianas. Los bien administrados socorros europeos y americanos en tiempo de hambre han obrado eficazmente en el sentido de crear una opinión favorable al cristianismo, así como en salvar muchas vidas.

PESAS, Los Hebreos antiguos pesaban cualquiera cantidad de oro o de plata de que hacían uso en el comercio. El siclo, el medio siclo, el talento, etc., son no sólo nombres de monedas de ciertos valores, de oro y plata, sino en su origen lo fueron también de ciertos pesos. "La pesa del santuario" o pesa del templo, Ex. 30:13, 24; Lev. 5: 15; Núm. 3: 50; 7:19; 18:16, era probablemente el peso establecido, guardado en algún departamento del templo, y un peso igual al siclo común: pues si bien Moisés mandó que todas las cosas valuadas por su precio en plata, lo fuesen de conformidad con la pesa del santuario, Lev. 27:25, no establece diferencia alguna entre el siclo de 20 gerahs, y el siclo común. Ezequiel 45: 12, hablando de las pesas y medidas ordinarias usadas en el tráfico entre los judíos, dice que el siclo pesaba 20 gerahs, siendo por consiguiente igual a la pesa del templo. Véase Medidas. El juicio divino pronunciado sobre Balsasar: "pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto," puede ser aclarado con los monumentos egipcios, donde los muertos están representados al parecer delante de Osiris, y sus hechos, buenos o malos, pesados en balanzas deciden de su suerte.

PESEBRE, especie de cajón en que se le echa el pasto al ganado en el establo, hecho generalmente de manipostería. "El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor," Isa. 1:3; y el Dr. Thomson, tendiendo la vista sobre las manadas de ganado y de asnos que al caer la noche bajaban de las lomas para volver a Tiberias, vio que se separaban al entrar a la ciudad, y que cada animal de por sí, atravesando por entre angostas y tortuosas calles, se dirigía a su propia casa y a su pesebre especial.

PESTILENCIA, I., Ex. 5:3; 9:15, o plaga, Exod. 9:14, en la Biblia expresaba toda clase de achaques y calamidades, representando la primera palabra la expresión hebrea traducida "destrucción" en Ose. 13:14, y "mortandad" en Sal. 78:50. "Plaga" en la Biblia, es la traducción de otras cuatro palabras hebreas y de dos griegas, todas las cuales envuelven la idea de un golpe o azote que viene de Dios, 2 Sam. 24:16. Compare (1) Núm. 16:48-50; (2) Lev. 26:21; Núm. 11:33; (3) Exod. 11:1; Lev. 13:2, etc.; (4) Núm. 16:46; (5) Mar. 3:10; (6) Apoc. 9:20; 11:6. En este sentido, se llama con razón a la pestilencia la espada de Jehová, 1 Crón. 21:12, y va asociada con la guerra y el hambre, Lev. 26:25, 26; 2 Sam. 24:13-15. "Un hombre pestilencial," Hech. 24:5, es una plaga corruptora.

No puede descubrirse que se haga referencia alguna en la Biblia a la enfermedad específica, contagiosa y destructora llamada ahora “la plaga,” que en los tiempos modernos ha asolado al Egipto y otros países orientales, y la cual se cree que es un tifo virulento acompañado de graves erupciones. En el siglo XIV la “muerte negra” recorrió la Europa, el Asia y el África, y se calcula que como 25,000,000 personas murieron de ella en tres años.

II. Llamada también morriña, mortandad especial obrada por agencia milagrosa entre los ganados de los Egipcios, mientras los de los Hebreos, en la misma región, no sufrieron ningún daño, Exod. 9:3-6. La misma palabra hebrea se traduce “muerte” en Ose. 13:14.

PETOR, interpretación, residencia de Balaam en Mesopotamia, situada probablemente sobre el Éufrates, Núm. 22:5; Deut. 23:4. Su sitio es desconocido.

PEZ, PESCADOR. Los Hebreos tienen muy pocos nombres de especies particulares de peces. Moisés dice que toda clase de peces de río, lago o mar que tengan escamas y aletas, pueden servir de alimento; todos los demás eran tenidos por los Hebreos en abominación, Lev. 11:9-12; Deut. 14:9, 10. Así se ve también en la parábola que se halla en Mat. 13:48. El Nilo tuvo en tiempos antiguos una celebridad que conserva todavía, por la abundancia y excelencia de sus peces, y de aquí viene lo significativo de la plaga que hirió al río y a Hapi su dios, Exod. 7: 18-21; Núm. 11:5. El Mar de Tiberias abunda todavía en peces, Luc. 5:5; Juan 21:6-11. El pescado era un artículo común de alimento entre los judíos, Mat. 7:10, y se tomaba del Mediterráneo, Neh. 13:16, y del Jordán. Se pescaba con anzuelo, Am. 4:2, harpones, Job 41:7, y redes, Isa. 19:8-10. El culto a los peces les fue prohibido a los judíos, Deut. 4:18; pero era tributado por los Asirios y los Filisteos. Véase Dagón. El gran pez que se tragó a Jonás, Jon. 1:17, puede haber sido de la especie del tiburón, por ser este animal común en el Mediterráneo. La palabra original, tanto en hebreo como en griego, Mat. 12:40, significaba un pez, y no necesariamente una ballena. Véase Ballena. A menudo se habla en la Biblia de los pescadores, y gran parte de los doce apóstoles de nuestro Señor lo eran de oficio. Cristo los hizo pescadores de hombres, Mat. 4:18-22.

Los primitivos cristianos acostumbraban grabar, en tiempo de persecución, la forma de un pez en sus medallas, sellos y sepulcros, como confesión tácita de su fe, por ser las cinco letras de la palabra griega que significa pez, iniciales de cinco palabras que quieren decir “Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador.” Este símbolo ha llegado así a ser objeto de una supersticiosa consideración.

PIBESSET, ciudad importante del Bajo Egipto, en el brazo oriental o pelusiaco del Nilo, como 30 millas al noreste de Menfis. La ciudad y la diosa que le dio su nombre eran llamadas Bubastis por los Griegos.

El nombre gerofilífico de la ciudad es Pe-bast, “la casa de Bast,” la diosa benéfica del fuego, pintada con la cabeza de una leona o de un gato, y a quien este último animal le estaba consagrado. Heródoto describió su templo de granito rojo en Bubastes, como el más hermoso que él había visto. El canal que Faraón Neco hizo para comunicar entre el Nilo y el Mar Rojo, comenzaba allí. Maneto habla de un terremoto destructor que tuvo lugar allí durante la segunda dinastía, y también menciona que la 22ª dinastía de los Faraones reinó en ese lugar. Ezequiel 30:17, predice la ruina de la ciudad. Pibeset fue tomada por los Persas, y sus muros destruidos 352 A. C., pero no dejó de existir y llegó a ser lugar de alguna importancia entre los Romanos. Su sitio, marcado por extensas moles y pedazos de alfarería, se llama Tel Basta.

PIE, La expresión en Deut. 32:35, “su pie vacilará,” y las de Sal. 66:9; 121:3; Jer. 13:16, se refieren a lo peligroso de los caminos o veredas del Oriente, abiertos sobre rocas, y al lado de precipicios donde el

resbalón de un pie a menudo conducía a la muerte. Véase también Isa. 8:14; Luc. 2:3. El descalzarse los pies era señal de duelo. Dios dice a Ezequiel, “No hagas luto de mortuorio, y pon tus zapatos en tus pies,” Ezeq. 24:17. Era también una señal de respeto. Moisés se quitó los zapatos para aproximarse a la zarza ardiente; y muchos comentadores son de opinión que los sacerdotes ministraban en el tabernáculo con los pies descalzos, como lo hacían después en el templo; se les exigía que se lavasen primero tanto los pies como las manos, Exod. 30:19-21. Los Turcos nunca entran en sus mezquitas sin haberse lavado los pies y las manos, y haberse quitado el abrigo exterior de las piernas. Los cristianos de Etiopía entran a sus iglesias descalzos, y los indios brahmanes y otros hacen lo mismo al entrar en sus pagodas y templos. Véase Ecles. 5:1. Los conquistadores orientales acostumbraban poner el pie sobre el cuello de los príncipes vencidos, Jos. 10:22-24, hecho representado con frecuencia en las esculturas antiguas, Sal. 8:6; Isa. 49:23; 1 Cor. 15:25; Heb. 2:8. Véase Nínive.

Los orientales tenían la costumbre de lavarles los pies a los extranjeros que venían de un viaje, porque comúnmente estaban calzados sólo con sandalias, Gén. 24:32; 43:24. Así Abraham les lavó los pies a los tres ángeles, Gén. 18:4. Este servicio era generalmente practicado por los criados y esclavos; y por eso Abigail contestó a David cuando éste la solicitó en matrimonio, que ella tendría como honor lavarles los pies a los criados del rey, 1 Sam. 25:41. Pablo quería que las viudas a quienes la iglesia auxiliase fuesen aquellas que en el ejercicio de la hospitalidad les hubieran lavado los pies a los santos. 1 Tim. 5:10. Todavía se observa esta costumbre en Palestina. El Dr. Robinson dice hablando de Ramleh, “El joven amo de la casa en que estamos, propuso entonces en el estilo sincero de la antigua hospitalidad oriental, que un criado nos lavase los pies. Esto me tomó de sorpresa, por que ignoraba que esa costumbre existiese allí todavía. Y de hecho no existe entre los extranjeros, aunque es muy común entre los naturales. Aceptamos con gusto la propuesta tanto para refrescarnos como para ver ejemplificado lo dicho a este respecto en la Escritura. Una esclava nubia llevó para el objeto agua que vertió en nuestros pies sobre una grande palangana de cobre estañado y de poco fondo, y se puso de rodillas frente a nosotros, para frotarnos los pies con las manos, y enjuagarlos con una toalla. Fue esto uno de los pequeños incidentes más agradables de todo nuestro viaje.” Nuestro Señor después de su última cena dio un notable ejemplo de humildad y de disposición para servir, lavándoles los pies a sus discípulos, Juan 13:5, 6, si bien el versículo octavo nos enseña que ese acto tenía también un significado más profundo. En el versículo 10 que dice, “El que está lavado no ha menester sino que lave sus pies,” se emplean en griego dos verbos diferentes que como se ve, se traducen aquí por “lavar,” pero el primero de ellos significa bañar. Después del “lavamiento de regeneración,” Tit. 3:5, el alma necesita solamente purificarse de sus contaminaciones diarias, Luc. 11:4. Debemos seguir el ejemplo de Cristo “sirviéndonos con amor los unos a los otros.” Véase Sandalias; y relativamente a la expresión “regar con el pie,” Deut. 11:10, véase Ríos. Hombres de a pie, Exod. 12:37; Núm. 11:21, eran soldados de infantería, cuya ligereza para correr era muy ponderada, 2 Sam. 1:23; 2:18; 1 Crón. 12:8; Jer. 12:5. Otra palabra hebrea traducida así, se aplicaba a los correos o acompañantes de los príncipes orientales adiestrados para correr delante de sus carros, y de los cuales se habla en 1 Sam. 8:11; 22:17. De ese modo Elías corrió delante de Acab, 1 Rey. 18:46. La ligereza y resistencia de algunos de estos correos era casi increíble.

PIEDAD, I., debida reverencia y adoración. Denota aquella disposición del ánimo que da a Dios el supremo lugar en el corazón y en la vida, Gén. 5:22, 24; Sal. 12:1; Miq. 6:8; Mal. 2:15; 1 Tim. 4:7, 8; 6:5; 2 Ped. 1:6. En 1 Tim. 3:16, “el misterio de la piedad” significa la sustancia de la religión revelada, el “misterio” revelado en la encarnación y obra de Cristo, que es el objeto de la fe de las personas piadosas, y la vida de su obediencia.

II. 1 Tim. 5:4, afecto y reverencia filial.

PIEDRA. Se menciona en la Escritura como empleada en gran diversidad de objetos. Para la construcción de la mayor parte de los edificios públicos, se hacía uso de piedras labradas, así como para la del templo erigido por Salomón, 1 Rey. 5:17, y para los muros de las ciudades. El tamaño de las piedras empleadas con ese fin, era notable. Véanse Heliópolis, II., y Muros. Los Fenicios eran muy diestros en el arte de labrar piedras, 2 Sam. 5:11; 1 Rey. 5:18. Las casas de los ricos se construían también de piedra labrada, Amós 5:11. Los altares, según la ley Mosaica, tenían que ser hechos de piedras sin labrar, Exod. 20:25; Jos. 8:31. Diferentes clases de piedras usadas en las construcciones y decoraciones, se mencionan en 1 Crón. 29:2; comp. 2 Crón. 3:6. Las piedras se usaban igualmente para pisos, 2 Rey. 16:17; comp. Ester 1:6. Piedras de gran tamaño se empleaban para cerrar la entrada de las cuevas, Jos. 10:18; Dan. 6:17; de los sepulcros, Mat. 27:60; Juan 11:38, y de los pozos, Gén. 29:2. Antiguamente se usaban cuchillos de pedernal, Exod. 4:25; Jos. 5:2, 3, y de esta clase eran los de que se servían los embalsamadores egipcios. Las piedras se empleaban también como arma en las defensas personales y en las acciones de guerras regulares, y eran arrojadas por medio de hondas, 1 Sam. 17:40, 49, y de catapultas, 2 Crón. 26:14, 15. Servían como mojones, Deut. 19:14; comp. Jos. 15:6, y como muelas de molinos, 2 Sam. 11:21. Las pesas hebreas se denominan “piedras” en Lev. 19: 36. Se ponían piedras grandes para conmemorar sucesos importantes, Gén. 28:18; 31:45; 35:14; Jos. 4:9; 1 Sam. 7:12; y algunas veces se consagraban ungiéndolas, como lo hizo Jacob en Betel, Gén. 28:18; 35:14. El culto de ídolos y de columnas de piedra, practicado por las naciones cananeas, estaba expresamente prohibido a Israel, Lev. 26:1; Núm. 33:52; comp. Isa. 57:6; Hab. 2:19. Se hacían montones de piedra en conmemoración de un tratado, Gén. 31:46, o en los sepulcros de los reos de delitos mayores, Jos. 7:26; 8:29; 2 Sam. 19:17. Esta costumbre existe todavía entre los Árabes, echándoles una piedra más cada uno de los que junto a ellos pasan. Se usaba así mismo de piedras en forma de planchas o tablas para grabar inscripciones, Exod. 24:12; Jos. 8:32; Job 19:24. Como perjudiciales para la labor, se echaban piedras en el terreno de un enemigo, 2 Rey. 3. 19:25, y eran quitadas de la tierra antes de cultivar esta, Isa. 5:2; comp. Ecl. 3:5.

En el estilo metafórico, las piedras denotan dureza o insensibilidad, 1 Sam. 25:37; Ezeq. 11:19; también firmeza o fuerza: en Gén. 49:24, “la piedra de Israel,” parece una expresión equivalente a la de “el Fuerte de Israel,” título aplicado con frecuencia a Dios, 2 Sam. 23:3; Isa. 30:29. En consonancia con la idea que se concibe de la iglesia de Dios como de un templo, a los cristianos se les llama “piedras vivas,” siendo Cristo mismo “la principal piedra del ángulo” o angular, “la piedra viva” y la fuente de vida para los que sobre él edifican, Efes. 2:20-22; 1 Ped. 2:4-8. Véase Piedra del ángulo.

PIEDRA DEL ÁNGULO o DE ESQUINA, piedra maciza y pesada, distinta generalmente de las empleadas en los cimientos, Jer. 51:26, y colocada en el ángulo o esquina del edificio para unir las dos paredes que se juntan en ella. En Baalbec se encontró una piedra de esa clase que tiene 28 pies de largo, 6 y 2 de ancho y 4 de espesor.

Nuestro Señor es comparado en el Nuevo Testamento a una piedra de esquinad de ángulo, bajo tres puntos de vista diferentes. Primero, así como esta piedra se halla en el cimiento y sirve para sostener y dar fuerza al edificio, así Cristo, o la doctrina de un Salvador, se dice que es la piedra principal del ángulo, Efes. 2:26, por ser esta doctrina la más importante de la religión cristiana, como sistema de verdades y poder vivificante en el alma de los hombres. Además, por ocupar la piedra principal del ángulo un lugar importante y bien visible, Jesús es comparado a ella, 1 Ped. 2:6, por haberle dado Dios, como a Mediador, una dignidad y distinción superior a todos los demás. Por último, por tropezar los hombres a menudo contra una piedra puesta en la esquina, a Cristo se le llama así, Mat. 21:42, porque su evangelio será causa de agravada condenación para aquellos que le rechazan.

PIEDRAS PRECIOSAS, En la Biblia se hace mención de cosa de veinte nombres diferentes de piedras preciosas, muchas de las cuales es imposible identificar con las que actualmente se conocen. La mineralogía antigua distaba mucho de ser una ciencia exacta; a menudo se aplicaba el mismo término a diferentes substancias que tenían alguna propiedad común indicada por dicho término. Así en el uso griego el término *Adamantum*, inconquistable, se aplica al acero y a varias piedras extremadamente duras; y en el hebreo *kerach* denota unas veces “nieve,” Job 6:16, otras “cristal,” Ezeq. 1:22. Véase Zafiro. Sin embargo, desde los tiempos más antiguos las piedras preciosas fueron conocidas y apreciadas, Gén. 2:12. El arte de tallarlas y grabarlas se practicó desde entonces; los sellos grabados hechos de varias clases de piedras preciosas, eran de uso común entre los antiguos Babilonios y Egipcios, y es probable que también entre las naciones circunvecinas; una era llevada por Judá, Gén. 38:18, 25. Véase Sello. Las piedras de los hombros y las doce del pectoral, que llevaba el sumo sacerdote, estaban grabadas con los nombres de las tribus de Israel, Exod. 28:9-12, 17-21. La identificación de algunas de estas piedras preciosas es todavía asunto de controversia, como puede verse por la diversidad de traducciones que de sus nombres se hacen en las versiones de la Biblia. Algunos críticos quieren excluir del pectoral el diamante, el zafiro, el rubí, la esmeralda y el topacio, dando por sentada la teoría de que el arte de tallar las piedras de la dureza de las mencionadas era ignorado en tiempo de Moisés. Muchas piedras preciosas fueron reunidas por David en el templo, 1 Crón. 29:2. Tiro comerciaba en ellas y las usaba en muchos objetos, Ezeq. 27:16, 22; 28:11-13. Las conseguía de la Asiria y de la Arabia, y en tiempos más remotos de la India. En el lenguaje figurado, las piedras preciosas denotan un brillo, belleza, valor y durabilidad especiales, Cant. 5:14; Isa. 54:11, 12; Lam. 4:7; Ezeq. 1:22; Apoc. 4:3; 21:10-20.

PIEDRA PRIMERA, Zac. 4:7, la piedra principal o que corona un edificio.

PIEDRECITA BLANCA, Apoc. 2:17. La palabra griega *psephos*, traducida piedrecita, denota un guijarro redondo, o piedra fina pulida, y el adjetivo que la califica puede significar blanca o brillante. En la alusión que de ella se hace en la promesa de nuestro Señor “al que venciere,” puede ser que se haga referencia a un antiguo modo griego de votar con guijarros negros y blancos, al tratarse de la condenación o absolución de una persona acusada; o al modo griego de elegir para un cargo por suerte, para lo cual se inscribían los nombres de los candidatos en algo como fichas, y era electa la persona cuyo nombre se sacaba primero; o a una práctica también griega de dar al vencedor en los juegos públicos una cédula que llevaba su nombre y le confería algún privilegio; o a una costumbre que los emperadores romanos tenían en los juegos, de arrojar entre el populacho fichas o contraseñas que tenían escritas las palabras “pan,” “ropa,” etc., para que cada persona que tomara alguna, tuviera derecho a lo que en ella estaba escrito. Tretich rechaza todas estas explicaciones que se refieren a las costumbres de los paganos, y sugiere que la “piedrecita” puede referirse al Urim y Tumim que se hallaba dentro del pectoral del sumo sacerdote, inscrito con el sagrado nombre de Yihv, Jehová o Yahveh, y que el “nombre nuevo” es el de Cristo. Más frecuentemente, sin embargo, el “nombre nuevo” se considera que es el del mismo que lo recibe, como testimonio de su adopción en la familia de Dios, y que denota sus nuevas bendiciones y privilegios, los cuales en su adaptación y su plenitud solo son conocidos del alma que goza de ellos. Pero sea cual fuere la alusión particular que se haga, la “piedrecita blanca” es emblema de favor y prosperidad, y simboliza la seguridad que da el Redentor de su inmutable aprobación y amor, y de su eterna bendición. Compare Isa. 62:2; 1 Cor. 2:12; 1 Juan 5:20.

PIELES, Gén. 3:21, quizás de animales ofrecidos en sacrificio por mandato divino, inmediatamente después de la caída.

PIERNA, La parte del cuerpo comprendida entre la rodilla y el pie, Lev. 4:11; 8:21; 1 Sam. 17:6. A los crucificados les quebraban a veces las piernas para apresurarles la muerte. Juan 19:31-33.

PIEZA o MONEDA DE ORO o PLATA, un siclo al peso, 1 Sam. 2:36; Sal. 68:30. En muchos pasajes del Antiguo Testamento, como por ejemplo en Gén. 20:16 y en 2 Rey. 5:5, el texto hebreo debería leerse "mil de plata," "6,000 de oro." Los traductores de la Biblia a menudo intercalaron la palabra "piezas," "monedas," etc., y algunas veces "siclos," que era el peso común hebreo para los metales preciosos, siendo la moneda acuñada desconocida en Palestina, hasta un periodo posterior, Gén. 45:22; Jue. 17:2-4, 10.

En Luc. 15:8, 9, "dracma" es el nombre de una moneda griega que corresponde al denario romano, moneda que probablemente es la que se denota en Hech. 19:19. Véase Denario. En Mat. 26:15; 27:3, 5, 6, 9, se emplea en el original una palabra que denota el material de la moneda, más bien que su valor; probablemente, sin embargo, significa, como en Mat. 17:27, estáteros o siclos; comp. Zac. 11:12, 13; Ex. 21:32. Véanse Dinero y Medidas.

PÍFANO, instrumento de música de viento, suave y de dulce tono. La palabra pífano se usa solamente en Dan. 3 [en algunas traducciones antiguas], y se supone que significa un tubo con dos cañas, tal como los que todavía se encuentran en el Oriente. Se sopla por una de sus extremidades. Véanse Música, Flauta.

PI-HAHROT, boca de caverna o de libramiento, el lugar del tercero y último campamento que tuvieron los Israelitas antes de pasar el Mar Rojo, Exod. 14:2, 9; Núm. 33:7, 8. Robinson y Lepsius lo sitúan en Adjrud, que ahora es un abrevadero para los camellos, 12 millas al noroeste de Suez; otras autoridades respetables lo sitúan en Jebel Ataka, cordillera curva que termina en un promontorio llamado Ras Ataka, el cual se interna en el mar como 8 millas al sur de Suez. Véase Éxodo.

PILATO, PONCIO, bajo cuyo gobierno enseñó nuestro Señor, Luc. 3:1, sufrió y murió, Mat. 27; Mar. 15; Luc. 23; Juan 18:28 a 19:42; fue el quinto procurador romano en la provincia de Judea, después del destierro de Arquelao, 6 A. D. Fue nombrado en 26 A. D., y permaneció en el desempeño de su cargo 10 años. Se hizo odioso tanto a los judíos como a los Samaritanos por sus ofensas arbitrarias y por la crueldad de su administración. Uno de sus primeros actos fue trasladar los cuarteles de los soldados de Cesárea a Jerusalén, en donde la presencia de los estandartes militares que tenían imágenes del emperador, objetos del culto idólatra para el ejército, encolerizó a los judíos de tal manera, que acudieron tumultuosamente a Pilato en Cesárea, pidiendo su remoción. Cansado de sus importunidades, hizo que sus soldados los rodearan, y los amenazó con darles al instante la muerte si no se dispersaban; pero cuando ellos declararon que estaban dispuestos a morir más bien que a someterse a la contaminación de la ciudad santa, se atemorizó y tuvo que ceder. La matanza de los Galileos, Luc. 13:1, debe haber ocurrido en alguna fiesta, en el atrio exterior del templo. Su residencia oficial estaba en Cesarea, pero durante las grandes festividades Pilato se quedaba en Jerusalén para conservar el orden, y durante ese tiempo habitaba probablemente en el palacio edificado por Herodes el Grande. Aunque la administración de las rentas era el deber principal de tal gobernante, el procurador de Judea, que estaba subordinado a la provincia de Siria, estaba a la cabeza de toda la administración local, y tenía injerencia no solo en lo militar sino en lo judicial. Por lo tanto, cuando Jesús fue condenado por el sumo sacerdote y el Sanedrín, lo condujeron ante Pilato, el gobernador, sin cuyo consentimiento no podía ser ejecutado. Pilato vio en Jesús una víctima inocente de la malicia de los judíos, y quiso salvarle. Aunque torpe o ignorante en cuanto a la verdad religiosa, tenía una idea vaga de la superioridad del carácter de Cristo, y temía hacerle mal. Todo lo que vio en Cristo hizo más profundo en él ese sentimiento, y de cuantos modos pudo, procuró ablandar el endurecimiento de los judíos. Pero carecía de firmeza de

carácter, de ideas de justicia bien arraigadas, y de la rectitud de conciencia—todo lo cual era necesario para sostenerlo en aquel trance; y después de repetidos esfuerzos, Luc. 23:7, 14-22; Juan 18:31-39; 19:4-6, 9-12, 15, al fin cedió, y resolvió sacrificar a un hombre justo más bien que dar lugar a que se lanzasen quejas contra su administración, o que el emperador mandase hacer una investigación. Con el acto de lavarse las manos y con la inscripción que hizo poner sobre la cruz, lo que hizo fue condenarse a sí mismo. Debió indudablemente haber enviado a Tiberio, como lo exigían la ley y la costumbre, una relación detallada de sus procedimientos; y los antiguos defensores del cristianismo, Justino y Tertuliano, públicamente recordaron a las autoridades romanas de estos documentos, y los citaron como que existían en su tiempo. Empero, el libro de los “Hechos de Pilatos,” que ahora existe, fue forjado posteriormente. El historiador romano Tácito, hablando de los cristianos, dice, “El autor de este nombre fue Cristo, que fue castigado con la pena capital en el reinado de Tiberio, por Poncio Pilato.”

En el año 36 A. D., los Samaritanos, cuyas turbulencias había refrenado Pilato con medidas sangrientas, le acusaron ante Vitelio gobernador de Siria, por quien fue enviado a Roma el procurador para que contestase a los cargos que se le hacían. Antes de su llegada murió Tiberio; y se dice que Pilato fue desterrado por Calígula a Viena, ciudad situada sobre el Ródano, en Galia, y que allí se suicidó; otra leyenda poco fundada liga su nombre a la montaña llamada ahora Pilatus, que se halla al sur del lago Lucerna.

PILDAS, *una llama*, hijo de Nacor y Milca, Gén. 22:22. El lugar donde se estableció es desconocido.

PINO, l., árbol siempre verde, que en forma y en tamaño se parece al ciprés. Su madera es sumamente durable, y parece que se usaba para la construcción de ídolos, Isa. 44:14. Se cree que se hace referencia al pino en algunos pasajes en donde se habla del haya, 2 Sam. 6:5, etc.

II. Es incierto a qué árbol del Líbano se refiere en Isa. 60:13; sin embargo, la palabra hebrea, que indicaba duración o curvatura, se cree que excluía al pino. El olmo, que también se halla en el monte Líbano, el encino, etc., se ha sugerido que pueden ser el pino. Thompson cree que es el “abeto” de que se habla en la Biblia. El hebreo *berosh*, significa el pino pétreo que abunda en el Líbano. En Neh. 8:15, “ramos de pino” es la traducción de otro término hebreo, que en otros pasajes se traduce “olivas.” Véase esta palabra.

PINTURA, Entre los Hebreos, en muchos casos las paredes y las vigas de las casas eran pintadas, Jer. 22:14; los gentiles adornaban así también las imágenes de los ídolos, y los dibujos de ellos en las paredes de los templos, Ezeq. 23:14. Las ruinas asirias y los monumentos egipcios muestran figuras pintadas y objetos de fantasía. Véase Nínive. La pintura como afeite, era común entre las mujeres asirias y egipcias, y hasta cierto punto entre las hebreas. Véase Ojo.

PINTURAS, Núm. 33:52, representaciones idólatras, imágenes separadas, o bien piedras labradas, esto es, talladas en bajo relieve, o grabadas y pintadas de color. Compare Ezeq. 23:14. “Figuras de plata,” Prov. 25:11, se supone que fueron paredes o comizas con entalladuras, comp. 1 Rey. 6:32, 35. Las pinturas movibles en el sentido moderno, eran sin duda desconocidas a los Hebreos. En Isa. 2:16, la palabra traducida “pinturas,” puede traducirse “objetos,” o quizá banderas de un buque; comp. Ezeq. 27:7.

PIÑON, Gén. 43:11 [en algunas traducciones antiguas], o más bien Pistacho, fruto de la pistacia vera, árbol que crece a una altura de 20 a 30 pies. El pistacho es parecido a la almendra.

PIOJOS, la tercera plaga de Egipto, Ex. 8:16; Sal. 105:31; molestaba particularmente a los sacerdotes que se veían obligados a rasurarse y a lavarse el cuerpo entero cada tercer día, para no exponerse a llevar algunos de esos insectos a los templos. Según algunos intérpretes, se les daba ese nombre a los pequeños mosquitos ponzoñosos que abundaban en Egipto, o con mayor probabilidad a las garrapatas de los arenales.

PIRATÓN, *regio*, en Efraín, la residencia y lugar de sepultura de Abdón el juez, Jue. 12:15; también de uno de los hombres esforzados de David, 2 Sam. 23:30; 1 Crón. 11:31; 27:14. Robinson y otros identifican su sitio con la ciudad Ferata, en una eminencia entre colinas bajas, 6 millas al oeste sudoeste de Nablus.

PISGA o PASGA, *fragmento*, la cima desde la cual vio Moisés la tierra prometida, Deut. 34:1-4. Formaba al este de la desembocadura del Jordán parte de la cordillera de Abarim, ligada con Nebo, y dentro de los límites de Rubén, Núm. 21:20; 27:12; Deut. 3:27; 4:49; 32:49. Había espacios planos en ella, como el “campo de Sofim,” Núm. 23:14. Desde allí se tenía una vista del campamento israelita, formado sobre la margen del río Jordán, y de las alturas de toda la Tierra Santa.

Hasta hace poco la exacta posición de Pisga y de Nebo era desconocida; Robinson y De Saulcy oyeron hablar de un Jebel Neba, en la comarca indicada en la Biblia. En 1864 Tristram visitó, y en 1865 describió, la altura que está como a tres millas al sudoeste de Hesbán, y milla y media al oeste de Maón, y la cual él creyó que era Pisga. Había una larga sierra desde la cual se tenía una vista magnífica del monte Hor, del Mar Muerto y el valle del Jordán, de Jerusalén, Gerizim, el Carmelo, Tabor, Gilboa, y el nevado Hermón. El profesor Paine de la Sociedad Americana de exploración en Palestina, pretende haber identificado en 1873 la cordillera que incluye a Nebo y a Pisga, y que es la que se eleva en un promontorio que sobresale a las cimas de todos los cerros cercanos, como 5 millas al sudoeste de Hesbán; corre hacia el oeste en una serie de cumbres planas, y desciende bruscamente al valle. La porción oriental y más allá de la cordillera, se llama Jebel Neba, Monte Nebo. Su extremidad occidental está compuesta de una agrupación de tres cimas, de las cuales una que se halla al sudoeste y tiene el nombre de Jebel Siaghah, él la identifica con el Pisga de Moisés. Tiene 2,360 pies de elevación sobre el nivel del mar, y presenta una extensa vista de Palestina hacia el este, el norte, el oeste y el sur, tal como se describe en Deut. 34:1. El Duque de Luynes, en una visita que hizo a ese punto en 1864, llegó, sin valerse de los descubrimientos de Paine, a la misma identificación de Nebo y Pisga. El profesor Porter de Belfast se adhiere a esta opinión, y comparando la perspectiva que se presenta desde la montaña, con la descripción del panorama contemplado por Moisés, quedó convencido de su exactitud en todos respectos.

Se da el nombre de Pisga también, Deut. 3:17; 4:49; Jos. 12:3; 13:20, a un valle o una ciudad al pie de Pisga, en el territorio de Sehón, asignado a Rubén, cerca de la porción de Gad.

PISIDIA, comarca del Asia Menor, separada del Mediterráneo por Panfilia. Estaba en el monte Taurus y la mesa elevada que se halla al norte de él, y se extendía entre Frigia y Licaonia hasta llegar a Antioquía, su ciudad principal. Los Pisidios, como la mayor parte de los habitantes de la cordillera del Taurus, eran una raza insubugable y sin leyes; por los profundos desfiladeros de las montañas, se precipitaban torrentes impetuosos; y Pablo en sus dos viajes al través de Pisidia, Hech. 13:14; 14:24, puede haber estado en peligro por las aguas, así como por los ladrones, 2 Cor. 11:26. Se refiere a la persecución sufrida de Antioquía, Hech. 13:44-50, en una carta que dirige a Timoteo, 2 Tim. 3:11. Varias iglesias cristianas existieron allí por 7 u 8 siglos.

PISÓN, *corriendo*, uno de los cuatro ríos que regaban el paraíso, Gén. 2:11, 12, y que corría por toda la tierra de Havila, en donde se encontraba oro de excelente calidad. Ha sido por supuesto colocado en tantos lugares cuantos son los que se han asignado al jardín del Edén, a cuyo artículo, y al del Éufrates, remitimos al lector.

PITÓN, *casa de Tum*, (el dios sol de On), ciudad de bastimentos, edificada por los Israelitas para Faraón en Gosen, Ex. 1:11. Ha sido considerada como la misma Patumos mencionada por Heródoto como cercana a Pibeset, sobre el canal que une el Nilo al Mar Rojo. Recientes excavaciones hechas en una mole que se halla en Tel-el-Maschuta, en Wady-et-Tumeilat, entre Ismailia y Tel el-Kebir, han revelado el sitio de lo que parece haber sido una ciudad de almacenaje, y que contiene un pequeño templo dedicado por Ramesés II a Tum, y es un grande edificio cuadrado de adobes, de 650 pies de lado, con paredes de 8 pies de espesor, y muchos cuartos sin puertas, los cuales al parecer fueron usados como graneros. Este sitio, al cual inscripciones locales llaman ya Pitom, ya Sucot, Brugsch y Poole lo identifican con Pitón y con Sucot, que fue el primer campamento de los Israelitas, Exod. 12:37.

PITÓN, Hech. 16:16 [traducciones antiguas]. Este nombre de Apolo, el dios griego de la adivinación, era aplicado también a todos los espíritus de los oráculos, o a las personas que se suponía estaban inspiradas por ellos. Véase Adivinación.

PLANETAS, 2 Rey. 23:5. La palabra hebrea traducida así significa posadas o alojamientos, y se usa con referencia al sol, para denotar las doce constelaciones del zodiaco, que eran consideradas como casas del sol en su aparente curso anual alrededor de los cielos. De estas constelaciones se habla aquí como de objetos de culto idólatra.

PLATA, Se menciona por primera vez en las Escrituras en la historia de Abraham, Gén. 13:2; 20:16, si bien se habla del hierro, del oro y del plomo antes del diluvio. Se empleó plata en la construcción del tabernáculo, Exod. 26:19-25, y del templo y sus dependencias. 1 Crón. 28:14-17; 29:2-7; para trompetas, Núm. 10:2, ornamentos, Gén. 24:53; vasijas de varias clases, Gén. 44:2; Núm. 7:13, y en la cubierta y adornos de los ídolos, Den. 29:19; Isa. 40:19; Dan. 5:4, 23; Hech. 17:29. Era el principal medio de comercio, y como tal era pesada antiguamente, sin acuñar, Gén. 23:16; Job 28:15; Zac. 11:12. Las monedas de plata eran comunes en los tiempos de que trata el Nuevo Testamento, Luc. 15:8, 9. Véanse Siclo y Dinero. El nombre hebreo dado a la plata, "keseph," denota también dinero en general. Salomón consiguió plata de Arabia, que en su reinado era muy abundante en Israel, 1 Reyes 10:27; 2 Crón. 9:14, y de Tarsis, 1 Rey. 10:22; 2 Crón. 9:21, de donde Tiro también se abastecía, Ezeq. 27:12. Los Madianitas eran nómades; sin embargo, se mencionan el oro y la plata en Núm. 31:22, 50-54; Jue. 8:24-26, como abundantes entre ellos; exposición confirmada por el descubrimiento que hizo el capitán Burton de antiguas minas explotadas en aquella tierra, y de la abundancia de metales preciosos. Algunas veces la plata se encuentra en masas, casi pura, pero generalmente en veneros o vetas, entre las rocas, Job 28:1, en combinación con otros metales. Al laboreo de las minas y depuración de la plata se hace referencia en Sal. 12:6; Prov. 25:4; Ezeq. 22:18-22; y a la obra de filigrana en Prov. 25:11. En Mal. 3:3, se hace referencia al fulgor de la plata, al brillo repentino de su superficie al terminar el procedimiento seguido en su fundición, es decir, a tiempo en que la última capa del óxido de plomo desaparece de la masa derretida, y comienza a brillar la plata pura.

El pecho y los brazos de plata que tenía la imagen de la visión de Nabucodonosor, Dan. 2:32, se interpretan comúnmente como símbolo que representa al imperio Medo-Persa, vers. 39; comp. Dan. 5:28, 31.

PLATO o TAZÓN en Núm. 7:13; Esd. 1:9; Mat. 14:8, significa fuente.

PLAZA, en griego *Agora*, en latín *Forum*, grande area abierta en muchas ciudades antiguas, especialmente en Grecia y Roma, y que tenía el mercado público solamente en un lado, estando los otros ocupados por templos, teatros, portales, tribunales de justicia, baños y otros edificios públicos. Muchas plazas presentaban en su conjunto un espectáculo magnífico. Allí estaba la bolsa de la ciudad, foco en el cual se unían todas las líneas de la vida pública. En Hech. 17:3, se mencionan los ociosos o placeros, *agoraioi*; y en Hechos 19:38 “audiencias se hacen,” quiere decir literalmente, se “tienen días de tribunal,” *agoraioi*. Allí acudían los obreros en busca de trabajo, Mat. 20:3-7, y los muchachos a continuar en sus juegos, Luc. 7:32. Allí se celebraban las reuniones ordinarias del pueblo; allí se congregaban los filósofos y los hombres de Estado a deliberar; allí se promulgaban las leyes y se anunciaban las noticias, y acudían los hombres en general, tanto por gusto como por negocio, Mar. 7:4. Congregándose, pues, en ese lugar, como hemos dicho, los hombres públicos más notables, y en verdad toda clase de ciudadanos, lo que allí se hacía, lo presenciaba por consiguiente casi toda la ciudad. Era por eso que los orgullosos fariseos “amaban las salutations en las plazas,” Mar. 12:38; y Pablo se dirigió a la plaza en Atenas para verse con los filósofos y convencerlos, Hech. 17:17; y los amos de la muchacha de Filipos, a quien Pablo y Silas le habían exorcizado el espíritu de adivinación, llevaron a estos al foro o plaza ante los magistrados, Hech. 16:19. En Ezeq. 27 la palabra “mercado” denota cambio o tráfico, lugar en que esto se practicaba, y la ganancia que por ese medio se adquiriría. Véase Puerta.

PLAZA DE APIO o FORO DE APIO, población o plaza de mercado fundada por Apio Claudio en la gran vía (llamada Apia) que él construyó de Roma a Capua. Pueden verse tal vez vestigios de ella cerca de la actual Treponti, situada a 43 millas de Roma, en la orilla de los terrenos pantanosos llamados Pontinos, en donde están las ruinas de una antigua ciudad. Tres Tavernas era una población cerca de Cisterna, como 10 millas más próxima a Roma, Hech. 28:15.

PLENITUD DE LA DIVINIDAD, Col. 2:9. Los atributos del único Dios verdadero moran en toda su perfección en Cristo, y él ha prometido emplearlos para el bien de sus redimidos, Juan 1:16; Efes. 1:22; Col. 1: 19. “La plenitud del tiempo,” Gál. 4:4, es el periodo fijado en los designios y predicciones de Dios, en que todas las cosas que se hayan necesitado, hayan tenido lugar, Mat. 23:32; comp. Apoc. 12:14; 22:10. Su segunda venida, como la primera, se verificará sin falta alguna en la plenitud de los tiempos, Efes. 1:10, aunque el mundo le haga mofa y se le oponga, según él mismo lo predijo, Mat. 24:9; Juan 16:4; 2 Ped. 3:3-14. Su pueblo debe participar de su tranquila fe, Juan 16:33; Isa. 28:16.

PLÉYADES, grupo de siete estrellas formado en el cuello de Taurus o el Toro, uno de los doce signos del Zodíaco. El sol entra ahora en la constelación de Taurus, como a mediados de Mayo; antiguamente lo hacía mucho antes, y la aparición de las pléyades indicaba la vuelta de la primavera, Job 9:9; 38:31; Am. 5:8.

PLOMO, En las Escrituras hay alusiones a este bien conocido metal. Los Egipcios se sumergieron como plomo en el Mar Rojo, Ex. 15:10; Núm. 31:22; Ezeq. 27:12; Zac. 5:7, 8. Job se refiere al uso que de él se hacía para conservar un registro permanente de los acontecimientos, y era que lo fundían y vaciaban en letras hondamente talladas en una roca, Job 19:24. Los antiguos usaban también planchas de plomo para tal objeto. Este metal se empleaba antes de que se conociera el uso del azogue para purificar la plata; y el procedimiento por medio del cual se les quita la escoria a estos metales y se depuran, ejemplifica la disciplina de Dios con su pueblo, Jer. 6:29, 30; Ezeq. 23:17-22. Había minas de plomo cerca del monte Sinaí y en las montañas del Egipto.

PLUMA o PUNZÓN DE ESCRIBIENTE, Jue. 5:14; Sal. 45:1; Jer. 8:8. Para las inscripciones en piedra, Exod. 24:12; Job 19:24, o en láminas metálicas, Isa. 8:1, —en donde “volumen” es realmente una mesa o plancha pulida para escribir, Isa. 30:8,—los antiguos usaban un punzón de hierro endurecido, cuya punta estaba a veces hecha de una piedra muy dura, Jer. 17:1. Véase Diamante. Para las tablillas de madera cubiertas de cera, Luc. 1:63, el punzón tenía un extremo ancho y liso para borrar los errores. Para materiales blandos, tales como el papiro, la piel, el género y el pergamino, se usaba un pincel fino de pelo mojado en tinta, como lo hacen todavía los Chinos. En tiempos posteriores se hizo uso de una pluma de caña, al principio con una punta sin dividir, preparada con una especie particular de cuchillo, Jer. 36:18, 23; 3 Juan 13. La pluma de caña es usada todavía por los Sirios, los Turcos, etc. Véanse Tinta, Cetro.

POBRES, Sal. 12:5; 41:1-3. Se tenía especial cuidado de ellos bajo el régimen del Antiguo Testamento, Exod. 23:6; Sal. 112:9; Prov. 14:31, y se ha tenido más todavía bajo el del evangelio, Mat. 25:42-45; Sant. 2:5. Las pequeñas ofrendas que les exigía la ley, eran tan aceptables como las hecatombas de los ricos, Lev. 5:7-13; Mar. 12:41-44. Las rebuscas de los sembrados, los olivares y los viñedos, tenían que dejarse para ellos, Lev. 19:9, 10; Deut. 24:19, 21; Rut 2:2. Cada siete años los productos espontáneos de la tierra eran libres para todos, Lev. 25:6; y en el jubileo, la heredad que habían enajenado volvía a ser posesión de ellos. Compare también Lev. 25; Deut. 24. Los mendigos debieron de haber sido raros bajo las instituciones hebreas; con todo, aumentaron a medida que el estado fue decayendo, y en el tiempo de Cristo se estacionaban en los lugares públicos, Mar. 10:46; Luc. 16:20; Hech. 3:2. El descuidar y el oprimir a los pobres, fueron hechos severamente censurados por los profetas, Isa. 10:2; Jer. 5:28; Am. 2:6. Los jueces no debían favorecerlos ilegalmente a causa de su pobreza, Lev. 19:15; pero la caridad con los pobres era una virtud cardinal entre los primitivos cristianos, Mat. 6:2-4; Luc. 10:33-35; 19:8; Hech. 9:36-39; 10:2; 11:29, 30, y una evidencia esencial de piedad, 1 Juan 3:17. La palabra “pobres” está empleada en sentido espiritual en Mat. 5:3; Apoc. 3:17. Véase Diezmos.

POESÍA de los Hebreos. La poesía combinada con la música, formaba parte de muchas de las escenas de la vida hebrea, tal como se nos pinta en la Biblia. Moisés y Débora celebraron la victoria con cánticos, Exod. 15:1-21; Jue. 5; la muerte era lamentada de un modo semejante, 2 Sam. 1:17-27; las fiestas eran acompañadas de música y de cánticos, Am. 6:5; y el canto de himnos sagrados formaba una parte importante del culto del templo. Bajo la inspiración del Todopoderoso, los Hebreos llevaron la poesía religiosa al más alto grado de perfección. La poesía de ese pueblo era casi enteramente lírica. Ya fuera didáctica, elegiaca, pastoral o profética, era con todo, lírica. La esencia de la poesía lírica es la fiel expresión de las emociones internas. Es de consiguiente subjetiva, en oposición a la poesía épica, que trata de asuntos externos, y es por lo tanto objetiva. El tema principal de la poesía hebrea era también el patriotismo, el cual bajo la teocracia se hallaba muy estrechamente unido a la religión. El rasgo más obvio y característico de la poesía de los Hebreos, es la sublimidad. Las ideas que actualmente predominan respecto de su naturaleza, fueron primeramente desarrolladas en el siglo pasado por el obispo Lowth, en sus “Conferencias sobre la Poesía de los Hebreos.”

La poesía hebrea difiere de la prosa en tres respectos: Primero, en la naturaleza particularmente poética del asunto, cuyos rasgos distintivos son la sublimidad, la energía, lo valiente, lo elevado de las metáforas, la personificación, etc.; Segundo, en las peculiaridades del lenguaje o dicción poética, que, sin embargo, no eran tan notables como entre los Griegos y los Romanos; Tercero, en el ritmo, que difiere del metro, por importar este último una medida de sílabas o pies, y ser el primero un armonioso arreglo de palabras y de miembros. Los que conocen más a fondo este asunto son de opinión que los Hebreos carecían de prosodia, esto es, de medida de sílabas dispuestas en pies poéticos, como dáctilos, troqueos y espondeos. Se cree que la poesía hebrea, mucha de la cual era para cantarse, se distinguía

por cierta fluidez melodiosa y cadenciosa, que ahora se ha perdido, juntamente con la verdadera pronunciación del lenguaje, sin poderse recobrar.

Pero además de esto, el ritmo de la poesía hebrea consiste en lo que se llama su paralelismo, del cual el principio, fundamental es que cada verso debe constar por lo menos de dos partes o miembros correspondientes.

El paralelismo de la poesía hebrea, ocurre ya en el pensamiento, o solamente en la forma. Del primero hay tres especies, a saber:

Primero sinónimo, en el cual los dos miembros expresan la misma idea en palabras diferentes, pero que íntimamente, y a menudo literalmente se corresponden entre sí, como por ejemplo:

“¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,
Y el hijo del hombre para que le visites?” Sal. 8:4.

“¿Por qué se amotinan las gentes,
Y los pueblos piensan vanidad?” Sal. 2:1.

“El que mora en los cielos se reirá;
El Señor se burlará de ellos.” Sal. 2:4.

“¿Acaso gime el asno montés junto a la yerba?
¿Muge el buey junto a su pasto?” Job 6:5.

Así es también el canto de Lamech, Gén. 4:23, y de Job 7:1, etc.

Segundo antitético, en el cual se expresa una antítesis de pensamiento por miembros correspondientes, como por ejemplo:

“La casa de los impíos será asolada;
Mas florecerá la tienda de los rectos.” Prov. 14:11.

“La blanda respuesta quita la ira;
Mas la palabra áspera hace subir el furor.” Prov. 15:1.

Tercero sintético, el cual es una mera juxta-posición; o más bien, el pensamiento se lleva adelante en el segundo miembro con alguna adición, siendo como antes la correspondencia que entre sí guarden las palabras y la construcción, como por ejemplo:

“La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma:
El testimonio de Jehová fiel, que hace sabio al pequeño.

“Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
El precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos.

“El temor de Jehová, limpio, que permanece para siempre:
Los juicios de Jehová son verdad, todos juntos.” Sal. 19:7, 8, 9.

Mero paralelismo rítmico es aquel en que no existe analogía o correspondencia de pensamientos, sino que el pensamiento se divide por medio de la cesura, por decirlo así, en números correspondientes. Esta es la especie más imperfecta de paralelismo, y puede compararse con el exámetro, dividido por la cesura, como por ejemplo:

“Yo, empero, he puesto mi rey sobre Sion,
Monte de mi santidad.” Sal. 2:6.

“Muchos dicen de mi vida,
No hay para él salud en Dios.” Sal. 3:2.

Esto es muy común en el libro de las Lamentaciones, en donde casi no hay otra especie de paralelismo. Hasta aquí hemos hablado de los paralelismos más sencillos y perfectos de los miembros, tales como se hallan por lo general en los Salmos, Job, etc. Pero en los Profetas y en algunos de los Salmos hallamos un paralelismo menos regular y a veces compuesto. Así el paralelismo es irregular cuando un miembro es más corto que el otro, como Oseas 4:17:

“Efraín es dado a ídolos:
Dejadlo.” Ose. 4:17.

De paralelismo compuesto hay varias clases, como cuando el verso tiene tres miembros ya sean paralelos entre sí, como Job 3:4, o teniendo dos de ellos opuestos al tercero, como por ejemplo:

“Porque los caminos de Jehová son derechos,
Y los justos andarán por ellos;
Mas los rebeldes en ellos caerán.” Ose. 14:9.

O cuando la estrofa tiene cuatro miembros, ya sea compuestos de dos simples paralelos, o correspondiendo la primera línea a la tercera, y la segunda a la cuarta, o siendo todas cuatro casi paralelas entre sí, como por ejemplo:

“El buey conoce a su dueño,
Y el asno el pesebre de su señor:
Israel no conoció,
Mi pueblo no tuvo entendimiento.” Isa. 1:3.

“Porque como la altura de los cielos sobre la tierra,
Engrandeció su misericordia sobre los que le temen;
Cuanto está lejos el oriente del occidente,
Así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.” Sal. 103:11, 12.

“Tienen bocas y no hablan;
Tienen ojos y no ven;
Tienen orejas y no oyen;
Tampoco hay espíritu en sus bocas.” Sal. 135:16, 17.

Podemos citar los Salmos 2 y 15 como piezas que presentan ejemplos de la mayor parte de las especies de paralelismo poético.

En los manuscritos comunes y en las ediciones de la Biblia hebrea, los miembros del paralelismo en las partes poéticas no están escritos o impresos separadamente; pero los acentos sirven para dividirlos. En otras ediciones, sin embargo, los miembros están impresos con la debida separación. Es de sentirse que este modo no haya sido adoptado en la versión española, puesto que en muchos casos el lector que no es docto no tiene medios de distinguir si lo que lee es poesía o prosa en hebreo.

Los principios precedentes se refieren sólo al ritmo de la poesía hebrea. Además de esta, hay otras peculiaridades, como por ejemplo la estrofa, como en Sal. 107 y en Sal. 42 y 43, en donde los versículos 5, 11 y 5 respectivamente, son como un estribillo de exhortación repetido al fin de cada estrofa. También los Salmos alfabéticos y los poemas, (véase Letras) y los Salmos de gradas, en que las principales palabras de cada verso se repiten al principio del siguiente. Véase Cántico.

En el Hebreo más de una tercera parte del Antiguo Testamento es poesía, incluyendo la mayor parte de Job, los Salmos, los libros de Salomón y casi todos los profetas. Sin embargo, técnicamente hablando, en el uso de los judíos, los tres libros poéticos del Antiguo Testamento son Job, los Salmos y los Proverbios, los cuales tienen un sistema de acentuación que les es peculiar. Se hallan también fragmentos poéticos aquí y allá en los libros históricos, como en Gén. 4:23, 24; Exod. 32:18; Núm. 21:14, 15, 18, 27-30; 23:7, 18; 24:3, 15. En el Nuevo Testamento ocurren también muchos pasajes en que este estilo hebreo parece trasladado al griego, Mat. 8:20; Luc. 1:46, 47; Rom. 11:33-35; Apoc. 18; 19:1-3.

POLILLA, La polilla común es un insecto que destruye los géneros de lana. El huevo es puesto por una palomilla blanca, y produce un gusanito blando y brillante, que se encierra en un cilindro abierto en ambas extremidades y hecho en el género. Se alimenta entonces de este de un modo destructor. Después de esto, por otra transformación se convierte en palomilla. Las alusiones a la polilla como insecto que devora los géneros que formaban la riqueza de las casas orientales, Sant. 5:2, y como insecto frágil y débil, son frecuentes en las Escrituras, Job 4:19; 13:28; 27:18; Sal. 39:11; Isa. 50:9; Ose. 5:12; Mat. 6:19, 20. Véase Vestidos.

Los insectos llamados en general polilla, de los cuales los mencionados forman sólo una especie, son excesivamente numerosos. El género principal, *Lepidoptera*, contiene más de 1,500 especies. La palomilla sale a volar sólo en las tardes y en las noches, difiriendo en este respecto de la tribu de mariposas que no vuelan sino durante el día. Sus larvas o los gusanos de que salen, son activos y prontos en sus movimientos, casi siempre lisos, y comen con voracidad el alimento adaptado a ellos. La polilla común destruye los géneros; otra clase de ella, las pieles; otra, las hojas de las plantas, etc.

POLVO, Jos. 7:6. El polvo y la ceniza puestos sobre la cabeza, eran señal de duelo: y sentarse en el polvo lo era de aflicción, Lam. 3:29; Isa. 47:1. La palabra "polvo" se usa también para designar el sepulcro, Gén. 3:19; Job 7:21. Significa así mismo, una multitud, Gén. 13:16, y un estado bajo y vil, 1 Sam. 2:8. Lamer o besar el polvo expresa una sumisión abyecta, Sal. 72:9. Tenemos dos ejemplos notables de esparcimiento del polvo consignados en las Escrituras, y ellos sirven de comprobación de una práctica común en Asia; los que pedían justicia contra un criminal, estaban acostumbrados a arrojar polvo sobre él, significando así que merecía ser echado al sepulcro. Semei arrojó polvo sobre David cuando iba este huyendo de Jerusalén, 2 Sam. 16:13. Los judíos trataron al apóstol Pablo de un modo semejante en la misma ciudad, Hech. 22:22-24. Sacudirse el polvo de los pies en frente de otro, era manifestación de una protesta terminante, Mat. 10:14; Mar. 6:11; Hech. 13:51. La amenaza de Dios registrada en Deut. 28:24, "Daré Jehová por lluvia a tu tierra polvo y ceniza: de los cielos descenderán sobre ti hasta que perezcas," significa que en lugar de lluvias fertilizadoras, nubes de fino polvo levantadas del tostado suelo, y

llevadas por vientos fieros y abrasadores, llenarían el aire. Véase Viento. El polvo de Egipto fue convertido en mosquitos a la palabra de Moisés. Véase Piojos.

PONTO, el mar, la provincia que se hallaba al noreste del Asia Menor, limitada al norte por el Mar Euxino; al oeste por Galacia y Paflagonia; al sur por Capadocia, y parte de Armenia, y al este por Colquis. Estaba primitivamente gobernada por reyes, y se vio en su estado más floreciente bajo Mitridates el Grande, que sostuvo una larga y célebre guerra contra los Romanos, pero fue al fin sometido por Pompeyo, 66 A. C., después de lo cual el Ponto llegó a ser una provincia del imperio romano. El geógrafo Strabo nació en Amasia, su capital; y una de sus principales ciudades, Trapezus, florece todavía bajo el nombre de Trebizonda. Muchos judíos residían allí, y de tiempo en tiempo “subían a Jerusalén a la fiesta,” Hechos 2:9. El piadoso Aquila era nativo de Ponto, Hech. 18:2; y el evangelio fue establecido allí muy al principio de su divulgación, 1 Ped. 1:1. Fue conquistada por los Turcos, sus señores actuales, 1461 A. D.

PORTEROS, cuidaban las puertas de las casas privadas y de las ciudades, 2 Sam. 18:26; 2 Rey. 7:10; Mar. 13:34; Juan 10:3. Los porteros del templo eran Levitas, llegando en una época al número de cuatro mil, divididos en órdenes, 1 Crón. 16:42; 23:5. Hacían guardia en todas las puertas al desempeñar sus funciones dentro del templo en su orden respectivo, con sus jefes, 1 Crón. 26:1-19; 2 Crón. 8:14; 31:14; 35:15. Durante la noche alegraban las horas silenciosas con cánticos de alabanza, Sal. 134. Leemos en 2 Crón. 23:2-19 de los servicios fieles que prestaron protegiendo a Joás y dando muerte a Atalía; y en 1 Crón. 9:17-29, su organización después de la cautividad; comp. Esd. 2:42; Neh. 7:45; 12:44-47.

POSTES, hebreo *Mezuzah*, a los cuales se aseguraban las puertas con bisagras para que girasen, Exod. 12:7, 22, 23; 21:6; Jue. 16:3; Prov. 8:34. Eran especialmente sagrados entre los Hebreos, no sólo porque la sangre de la pascua fue rociada sobre ellos, sino porque se escribía en ellos el nombre de Dios, y alguna palabra procedente de él, Deut. 6:4-9; 11:18-21. Con el tiempo, el nombre *mezuzah* se aplicó a las palabras mismas, y los judíos piadosos al salir y al entrar, tocaban el nombre divino con el dedo, el cual besaban después, y repetían el Sal. 121:8. Los Musulmanes tampoco consideran una puerta, fuente, puente o casa nueva como completas, sin escribir en ellas un pasaje del Corán, o de alguno de sus mejores poetas.

POTENCIA, 2 Crón. 32:9, fuerza o ejército. Esta palabra se traduce “potestad” en 1 Cor. 11:10, y para el significado que en este pasaje tiene, véase Velo.

POTIFAR, *dedicado a Far*, oficial superior de Faraón, que compró a José a los Madianitas, y lo hizo mayordomo de su casa, pero después lo redujo a prisión, por un cargo falso que le hicieron, Gén. 37:36; 39. Según el profesor Ebers, los monumentos egipcios indican que un capitán de la guardia era comandante de un regimiento de 2,000 hombres que servían como cuerpo de guardia del rey; y durante el término de servicio del tal regimiento, su capitán era el inspector de los prisioneros de Estado, y el ejecutor principal del castigo corporal. El capitán de la guardia mencionado en Gén. 40:3, puede haber sido un sucesor de Potifar.

POTIFERA, *perteneciente al sol*, el sacerdote de On, ciudad del sol, cuya hija Asenat fue la esposa de José, Gén. 41:45. Este nombre se halla en varias formas en los antiguos monumentos egipcios.

POZOS y FUENTES, Compare Gén. 16:7-14; 24:13-45; 49:22; Ex. 15:27; Jos. 18:15; 2 Rey. 3:19, 25; Sal. 84:6; Prov. 10:11; Isa. 12:3; Juan 4:14; 2 Ped. 2:17. En otros lugares significa aljibe, 2 Sam. 3:26; 23:15, 16; 1 Crón. 11:17, 18; 2 Crón. 26:10; Neh. 9:25. Los que viven en un clima templado, donde un pozo o

acueducto de agua que pudiera llamarse inagotable abastece la casa, no tienen la más remota idea del sufrimiento tan terrible que causa la sed, ni del placer de satisfacerla bebiendo agua pura—placer que se dice excede a todos los otros que los sentidos nos proporcionan. Preciso es residir o viajar en una región que tenga un clima como el de la Siria, para llegar a apreciar la belleza y fuerza de las alusiones de las Sagradas Escrituras: “las aguas de las fuentes de la salvación;” “agua fría para una alma sedienta;” “fuente de agua que salte para vida eterna,” y muchas otras. La apertura de un pozo permanente, o el descubrimiento de un manantial, era un beneficio público, y su posesión asunto de gran importancia. Los parajes donde había pozos o manantiales venían a ser los lugares donde descansaban de noche las caravanas, los campamentos de los ejércitos, y los sitios donde se edificaban las ciudades, 1 Sam. 29:1; 2 Sam. 2:13; es por esto que *Beer*, el nombre hebreo de un pozo, forma parte de muchos nombres de lugares, como Beerot, Beerseba. Tan valioso era el abastecimiento de agua, que un campo que tenía un manantial era considerado como una dote de príncipe, Jue. 1:13-15, y la posesión de un pozo era asunto de negociaciones o de pleitos entre diferentes tribus. Así, leemos que Abraham al hacer un tratado con el rey Abimelec, “le reconvinó a causa de un pozo de agua que los siervos de este le habían quitado,” y la propiedad del pozo quedó asegurada a Abraham por medio de un juramento y pacto especial, Gén. 21:25-31. Un arreglo análogo se verificó durante la vida de Isaac, Gén. 26:14-33. Al negociar los Israelitas con el rey de Edom para obtener permiso de pasar por su territorio, dijeron: “Por el camino seguido iremos; y si bebiésemos tus aguas yo y mis ganados, daré el precio de ellas,” Núm. 20:17-19. Aún más fuerte todavía es la expresión en Lam. 5:4, “Nuestra agua bebemos por dinero,” es decir, la hemos comprado de gobernadores extranjeros, a pesar de que nosotros somos los verdaderos dueños de los pozos que la dan. Existe aún la costumbre en algunas partes del Oriente de hacer pagar a los viajeros el agua que beben; al paso que en otras ciudades hay un lugar donde se ofrece gratuitamente a los extraños—a costa del pueblo o como un acto de caridad de las personas benévolas—agua fría, y en algunos casos pan, Mar. 9:41. En caso de una invasión hostil, nada molestaba más eficazmente al ejército enemigo, o a los sitiadores, que llenar con piedras los pozos que esperaban usar, 2 Rey. 3:25; 2 Crón. 32:3.

Algunas veces encuentra uno en Palestina pozos provistos de noria y de arcaduz, y en algunos de ellos hay escalera para bajar hasta donde está el agua, Gén. 24:15, 16; mas generalmente se saca el agua con cántaros y cordeles, y las piedras redondas de los pozos antiguos, Juan 4:6, 11, 12, tienen las señales del uso que de ellos se hizo por mucho tiempo. Muchos de ellos estaban cubiertos con una piedra grande y lisa, comp. 2 Sam. 17: 19, para impedir que cayese el arena que levanta el aire, y asegurar su uso para sus dueños, así como también para prevenir que los viajeros cayesen en ellos accidentalmente, desgracia que a menudo sucede en la moderna Siria, y para evitarla la benéfica ley de Moisés contenía ciertas providencias, Exod. 21:33, 34. Se quitaba la piedra al ponerse el sol, hora en que las mujeres del vecindario sacaban el agua necesaria para los usos domésticos, y el ganado mayor y los rebaños bebían en pilones como los que aún se encuentran junto a casi todos los pozos. A esa hora el pozo era un lugar favorito para reunirse, y presentaba una escena de animación y alegría que contrastaba mucho con su soledad usual, Gén. 24:11-28; 29:1-10; Exod. 2:16-19; 1 Sam. 9:11. Sin embargo, los pozos eran algunas veces lugares amagados por los ladrones, Ex. 2:16, 17; Jue. 5:11, y el Dr. Shaw menciona un hermoso manantial en Barbary, cuyo nombre árabe significa “bebe y vete;” mote que podría ser inscrito sobre todas las mejores fuentes de goces humanos. Véase Cisternas.

“La fuente de la virgen,” se llama así, por razón de ser muy probable que la madre de nuestro Señor Jesucristo acostumbrara sacar agua de allí, como lo acostumbran las mujeres de Nazaret hoy día. Es un manantial abundante a la salida misma del pueblo, y la vereda que a él guía está bien gastada por las pisadas de muchas generaciones. Todos los viajeros en Palestina hacen mención de los grandes grupos de mujeres que van allí con sus cántaros o sus cueros curados en el hombro o en la cabeza, y que se

detienen a chimear, o regresan en partidas de a dos o tres. Cada día se presencia allí lo que casi puede ser descrito en las palabras de Gén. 24:11, 15, 16: “É hizo arrodillar los camellos fuera de la ciudad junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, a la hora en que salen las mozas por agua. Y aconteció que antes que él acabase de hablar, he aquí Rebeca, que había nacido a Betuel, hijo de Milca, mujer de Nacor, hermano de Abraham, la cual salía con su cántaro en su hombro. Y la moza era de muy hermoso aspecto, virgen, a la que varón no había conocido; la cual descendió a la fuente, y llenó su cántaro y se volvía.” Cosa muy rara es ver a “un hombre que lleva un cántaro de agua,” Mar. 14:13. El pozo de Jacob en la entrada oriental del hermoso valle de Siquém existe aún, aunque sin uso, y a menudo está casi seco. Está cubierto con un techo de bóveda, y tiene una entrada angosta cerrada con una roca pesada. Al derredor hay un atrio, y las ruinas de una iglesia edificada en ese lugar por la emperatriz Elena. Muy cerca está el monte Gerizim que la mujer de Sicar indudablemente vio al decir: “nuestros padres adoraron en este monte.” Del lado occidental está el llano ancho y fértil de Mukhna, donde las regiones estaban blancas para la siega. La mujer dijo que el pozo era “hondo.” Habiéndolo medido se ha determinado que tiene cerca de 9 pies de diámetro, y que su profundidad actual es de 75 pies. El Dr. Wilson en 1842 hizo bajar por medio de cables a un Judío llamado Jacob, para que explorase el pozo y buscase una Biblia que el Rev. Sr. Bonar había dejado caer tres años antes. La encontró, pero casi destruida por los efectos del agua. Al pararse el viajero junto a este pozo venerado, y al pensar en la larga fila de hombres de cien naciones y generaciones que han bebido de sus aguas, que han tenido sed otra vez y han muerto, se siente fuertemente impresionado por la verdad de las palabras de Cristo a la Samaritana, y echa de ver cuán grande es la necesidad que se tiene del agua que brota para la vida eterna, Juan 4:14.

PRADO, Gén. 41:2,18; en Job 8:11, denota un pasto grueso que crece en las praderas húmedas y en las márgenes de los ríos, probablemente el *Cyperus esculentus*. En Jue. 20:33 significa “llanos abiertos.”

PREDICACIÓN, la inculcación pública y oral de las verdades de la religión, especialmente del evangelio de Cristo, Isa. 61:1; Hech. 8:4; 2 Cor. 5:20; Efes. 3:8. No hay duda de que en los primeros siglos se daba instrucción pública sobre religión. Enoc profetizó, Jud. 14, 15; y Noé fue predicador de justicia, 2 Ped. 2:5. Ejemplos frecuentes de discursos religiosos se presentan en la historia de Moisés, de los Jueces y de los Profetas, y dichos discursos se pronunciaron hasta cierto punto en conexión con el ritual judío, Neh. 8. Los Salmos que se cantaban en el templo instruían al pueblo. Después de la cautividad se erigieron numerosas sinagogas, en las cuales la palabra de Dios era leída y explicada de sábado en sábado. Bajo el régimen del evangelio, la predicación de Cristo crucificado, por aquellos a quienes él llama para que sean sus embajadores, es un servicio de primera importancia, y el medio principal que Dios emplea para la conversión del mundo, Mar. 16:15; 1 Cor. 1:21; 2 Tim. 2:2; 4:2.

PREGONERO, el que hacía anuncios oficiales y públicos, ya fuera en nombre de un rey, o de los directores de los juegos griegos, Dan. 3:4. Los apóstoles, al predicar el evangelio, son los “predicadores” o “pregoneros del mensaje del Rey,” 1 Tim. 2:7; 2 Tim. 1:11; 2 Ped. 2:5.

PRENDA, I. La ley mosaica protegía a los pobres que estaban obligados a dar prenda por un préstamo que se les hiciera, o por el cumplimiento de un contrato. Si un hombre empeñaba su capa que era con lo que comúnmente se cubría en las noches frías, debía devolverse ésta en el mismo día, Exod. 22:26, 27. El acreedor no podía entrar en una casa y tomar lo que le agradara; pues, por ejemplo, el molino de mano, por ser una cosa necesaria para la vida, no podía ser tomado, Deut. 24:6, 10, 11; comp. Job 22:6; 24:3, 7. Estas prohibiciones eran algunas veces desatendidas, Amós 2:6-8. Véase Préstamos. Las prendas son necesarias cuando se trata con personas descuidadas y viciosas, en quienes no se puede tener confianza, Prov. 20:16.

II. Promesa o arras, parte de una deuda, dada como seguridad del pago de toda ella; o parte del precio que se da para afianzar un negocio; se llamaba así también la parte del salario de un criado que se le pagaba al tiempo de recibirlo para ratificar el compromiso que se contraía. Difiere de una “ofrenda” propiamente dicha, en que era de la misma clase que la cosa prometida, mientras que ésta puede consistir en algo de naturaleza muy distinta. Se describen los dones que Dios concede a su pueblo en esta vida, como seguridad y principio de las bendiciones muy superiores que les concederá en la venidera, 2 Cor. 1:22; 5:5; Efes. 1:13, 14.

PREPARACIÓN, término aplicado al sexto día de la semana, porque en él se hacía la preparación de los manjares, etc., para el Sábado siguiente, el cual comenzaba a la puesta del sol, Mat. 27:62; Mar. 15:42; Luc. 23:54; Juan 19:14, 31, 42. El día en que Cristo fue crucificado, Viernes, el 15 de Nisán, se llama la “preparación de la pascua,” Juan 19:14, porque precedió al Sábado que hubo en la semana de la pascua.

PRESA, Los despojos tomados en la guerra tenían que ser divididos por partes iguales entre los que habían combatido y los que guardaban el campo, Núm. 31:27-32. La porción del Señor era primero deducida del total; y en tiempos posteriores, el rey tomaba una parte grande para sí.

PRESBITERIO, 1 Tim. 4:14, un cuerpo de ancianos, traducido “ancianos” en Luc. 22:66; Hech. 22:5. Véase Ancianos.

PRESCIENCIA, 1 Ped. 1:2, es un atributo esencial de Jehová, incomprendible para todo entendimiento finito, y con todo, claramente revelado en la Escritura, como aquel conocimiento que incluye todas las cosas que en lo futuro tienen que acontecer. A este atributo divino se hace referencia en Hech. 2:23; Rom. 8:29; 11:2. No podemos poner en duda su armonía con el libre albedrío en los ángeles y en los hombres, por vanos que sean nuestros esfuerzos para conciliar una cosa con otra.

PRESENTES. En el Oriente se ha acostumbrado en todos tiempos el darlos, de suerte que ningún acontecimiento de importancia pasaba sin ellos. El hebreo tiene quince palabras diferentes para expresar esa idea, de un modo específico, general, etc.; presentes de un inferior, Jue. 3:15; 1 Rey. 10:25; 2 Crón. 17:11; de un superior, 2 Sam. 19:42; Ester 2:18; cumplimentarios, Gén. 33: 11; Jue. 1:15; a un juez, como suborno, Exod. 23:8; a un conquistador, 2 Reyes 16:8; eran a menudo estos últimos un tributo obligatorio, o un modo de pedir favor, Sal. 68:29; 76:11; Isa. 18:7; 36:16. A los profetas se les solía dar algo por las consultas que se les hacían, 1 Sam. 9:7; comp. 12:3; 2 Rey. 5:5; 8:9. Se enviaban presentes con motivo de cualquier suceso plausible, Ester 9:19, 22; Hech. 2:33, con Efes. 4:8; y se hacían cambios de ellos en las bodas, Gén. 24:22; 34:12; 1 Rey. 9:16. No ofrecer el presente acostumbrado era un insulto, 1 Sam. 10:27; comp. Prov. 23:26; Rom. 12:1; y rehusar aceptarlo era prueba de supremo desprecio, Mat. 22: 11. En el Nuevo Testamento la palabra “presentes” denota a veces las ofrendas exigidas por la ley, Mat. 5:23, 24; las bendiciones del evangelio, Hech. 8:20; las gracias cristianas, Efes. 4:8, 11; y también dones milagrosos, 1 Cor. 12-14. Véanse Corban, Lenguas.

PRESIDENTES, Dan. 3:2, 3, en el reino de Babilonia, probablemente empleados que correspondían a los “muftis,” sacerdotes de los Musulmanes en el imperio turco.

PRÉSTAMOS, para objetos de comercio no se mencionan en las antiguas crónicas bíblicas, sino sólo los hechos para auxiliar a los pobres, Neh. 5:1, 3, 13. Jehová, como único propietario de la tierra ocupada por los Israelitas, exigía de ellos, como condición de su uso, que concediesen préstamos liberales a sus hermanos pobres; y cada siete años, los préstamos que aún no se pagaban, tenían que convertirse en

donaciones, y no podían ser reclamados. Si se tomaba una prenda al hacer un préstamo, tenía que hacerse con misericordia y bajo ciertas restricciones benévolas, Exo. 22:25, 27; Deut. 15:1-11; 23:19, 20; 24:6, 10-13, 17. La gran verdad tan prominente en estas y otras providencias semejantes de las leyes mosaicas, debe restituirse a su verdad fundamental en nuestras teorías sobre la propiedad, y ninguno que crea en Dios debe obrar como el propietario, sino como el dispensero de lo que posee, todo lo cual tiene que usarlo como se lo exija el gran Dueño. En el mismo espíritu nuestro Salvador nos impone el deber de prestar desinteresadamente, aun a los enemigos, y sin esperanza de recompensa, Luc. 6:34, 35. Véase Usura.

PRETIL, balaustrada hecha alrededor de las azoteas planas de las casas antiguas, de las que se hacía mucho uso para ir a respirar el aire fresco, para diversión o retiro durante el día, y para dormir en la noche. La ley mosaica exigía que cada casa tuviera un pretil, Deut. 22:8, y el espíritu de este precepto es de una aplicación muy amplia.

PRETORIO, el lugar de residencia de los jefes militares romanos o de los gobernadores. Se mencionan tres en la Escritura: 1. Mar. 15:16, el edificio en que residía el gobernador romano de Judea cuando estaba en Jerusalén, mencionado también bajo este nombre en Mat. 27:27; Juan 18:28, 33; 19:9. Este era probablemente el magnífico palacio erigido por Herodes el Grande en el cerro occidental de Jerusalén, y que comunicaba con el templo por una calzada empedrada que atravesaba el valle Tyropeon. El extenso espacio rectangular ocupado por este palacio, contenía cuarteles para los soldados. Una fuerza militar guarnecía también la fortaleza Antonia, que es la de que se habla en Hech. 21:34, 37, etc., al norte del templo, y que algunos consideran como el pretorio de Pilato. 2. La residencia oficial en Cesárea del Gobernador Félix, en donde Pablo estuvo preso dos años, Hech. 23:35. Este palacio fue edificado, y antiguamente ocupado por Herodes el Grande. 3. El de Roma, del cual se habla en Fil. 1:13. Algunos creen que éste era el palacio de los Césares en el cerro Palatino, guarnecido por la guardia del emperador llamada pretoriana; y otros lo refieren al campo general de la guardia pretoriana que fue establecido por Tiberio junto a la parte exterior de los muros de Roma, al noreste de la ciudad.

PRIMICIAS, eran ofrendas hechas a Dios de una parte de los frutos de la cosecha, para expresar la sumisión, dependencia y agradecimiento de los que las presentaban. La porción dada lo era en lugar del todo, en reconocimiento de que todo se le debía a Dios. Eran las primicias ofrecidas en el tabernáculo o en el templo antes de que la cosecha fuese recogida, también cuando esta había terminado, y antes de que la gente comenzase a hacer uso de los granos. La primera de estas primicias ofrecida en nombre de la nación, consistía en un manojo de cebada cortada en el día 15 del mes de Nisán, en la tarde, y trillada en uno de los patios del templo. Después de bien limpia, cosa de cuartillo y medio de ella se tostaba y molía en un almiréz. Sobre esta harina se echaba una medida de aceite de olivo, y un puñado de incienso; y el sacerdote, tomando la ofrenda, la ondeaba ante el Señor hacia los cuatro puntos cardinales, echando un puñado en el fuego del altar, y guardando lo demás. Después de este, todos quedaban en libertad de recoger la cosecha. Cuando concluía la siega del trigo, el día de Pentecostés, ofrecían como primicias de otra clase en nombre de la nación, dos panes de cosa de cuartillo y medio de harina cada uno, hechos de masa sin levadura, Lev. 23:10, 17. Además de estas primicias, cada persona en particular estaba obligada a llevar sus primicias al templo, pero la Escritura no prescribe ni el tiempo ni la cantidad, Exod. 22: 29.; Deut. 26:1-11.

Había además de éstas, otra clase de primicias pagadas a Dios, Núm. 15:19, 21; Neh. 10:37. Cuando se amasaba en la casa el primer pan de la estación, se separaba una porción de él, y se daba al sacerdote o Levita del lugar; si no había sacerdote o Levita, se echaba en el horno, y allí se consumía. Dios había

ordenado que las primicias de los campos cultivados, viñedos y árboles frutales, así como de la lana, fueran para los sacerdotes y Levitas, Núm. 18:11-13; Deut. 18:4. Véase Fruto.

Se llamaban también primicias aquellas ofrendas que por devoción llevaban los Israelitas al templo para la fiesta de acción de gracias, a la cual invitaban a sus parientes y amigos, y a los Levitas de sus respectivas ciudades. Las primicias y diezmos constituían las rentas más considerables de los sacerdotes y Levitas, y el descuido de estas ofrendas en tiempo de la apostasía, fue a menudo censurado por los profetas, 2 Crón. 31:4, 5, 12; Neh. 10:35-37; Ezeq. 20:40; Mal. 3:8.

Los Cristianos tienen las primicias del Espíritu Santo, Rom. 8:23; esto es, dones más abundantes y excelentes que los de los judíos; estos fueron también una anticipación de la cosecha completa. "Cristo ha resucitado de los muertos; y es hecho primicias de los que durmieron," 1 Cor. 15:20;

El precursor de todos aquellos que, porque él vive, vivirán también, Juan 14:19.

PRIMOGENITO, Esta palabra no ha de entenderse siempre de un modo literal; algunas veces se toma por la principal, la más excelente y distinguida de las cosas, Exod. 4:22; Sal. 89:27; Rom. 8:29; Heb. 1:4-6. Así Jesucristo es "el primogénito de todas las criaturas," Col. 1:15, por cuanto a que fue el "Unigénito" del Padre antes de que criatura alguna recibiese el ser. Es el "primogénito de los muertos," Col. 1:18; porque es el principio y el autor de la resurrección de todos los que mueren en la fe.

Después de que el ángel exterminador hubo muerto a los primogénitos de los Egipcios, Dios ordenó que todos los primogénitos de los judíos, tanto de hombres como de animales domésticos, le fuesen consagrados, en reconocimiento del derecho que tenía como Dueño y Señor de todo, Exod. 4:22, 23; 19:6; pero los niños varones solamente estaban sujetos a esta ley, y él apartó a la tribu de Leví para que le prestase sus servicios en lugar de los primogénitos, Núm. 3:12, 45. Si un hombre tenía varias mujeres, estaba obligado a presentar al Señor al primogénito de cada una de ellas. Todos los hijos primogénitos eran presentados en el templo, y redimidos por cinco siclos. El primogénito de un animal limpio era ofrecido en el templo, no para ser redimido, sino sacrificado al Señor, Deut. 12:6; 15:19-21; un animal inmundo, tal como un caballo, un asno o un camello, era o redimido o cambiado: un asno era cambiado por un cordero o cinco siclos; si no era redimido, se le hacía morir, Exod. 13:2, 11, etc. Entre los Hebreos, así como entre todas las otras naciones, el hijo primogénito disfrutaba de privilegios y honores especiales. Véase Primogenitura.

"El primogénito de la muerte," Job 18:13, parece significar la principal de las enfermedades mortales; "los primogénitos de los pobres," Isa. 14:30, los más pobres.

PRIMOGENITURA, el privilegio del hijo primogénito. Entre los Hebreos, y a la verdad entre la mayor parte de las demás naciones, el primogénito disfrutaba de derechos especiales; y en donde quiera que la poligamia era tolerada, se hacía de todo punto necesario el fijar esos derechos, Deut. 21:15-17. Además de recibir la bendición principal del padre, Gén. 27, y de otras varias ventajas de menor importancia, el hijo primogénito era ante todo consagrado especialmente al Señor, Exod. 13:11-16; 22:29; y el hijo primogénito de un sumo sacerdote sucedía a su padre en ese cargo. Entre los hijos de Jacob, Rubén su primogénito perdió el derecho de primogenitura, Gén. 35:22; 49:3, 4, y Dios se lo dio a Leví, Núm. 3:12, 13; 8:18. En segundo lugar, el primogénito tenía derecho a una parte de las bienes de su padre, doble de la que recibía cualquiera de los otros hermanos, Deut. 21:17. Compárese la súplica hecha por Eliseo a Elías al partir este, 2 Rey. 2:9. En tercer lugar, sucedía a su padre en su dignidad oficial y en sus derechos, 2 Crón. 21:3. En algunos de estos privilegios, se hace alusión a Aquel que es "el primogénito

entre muchos hermanos,” Rom. 8:29; Col. 1:18; Heb. 1:2-6. El dominio universal es suyo, así como un eterno sacerdocio. Véase Primogénito.

PRÍNCIPE, I., en Prov. 19:6, hombre liberal. “Príncipe de la fortaleza,” Dan. 8:11, Jehová; en vers. 25, “el Príncipe de los príncipes” parece denotar a Cristo, Jos. 5:14; Apoc. 1:5. En Dan. 11:8, en vez de “príncipes,” léase “imágenes fundidas.”

II. Luc. 24:20; Hech. 14:5; en el Nuevo Testamento se da este nombre a una persona de alta posición e influencia entre los judíos, algunas veces de autoridad oficial, ya como “príncipe de la sinagoga,” Mat. 9:18 con Mar. 5:22, 35-38; Luc. 8:49; 13:14; Hech. 13:15; 18:8, 17; véase Sinagoga; o como miembro del Sanedrín, Luc. 23:13, 35; Hech. 4:5, 8; 13:27; 16:19. En muchos casos es imposible decir qué clase se significa. El joven de quien habla Mateo, 19:16-22; Mar. 10:17-22; y a quien Lucas, 18:18-23, llama príncipe, llevaba credenciales, es decir, tenía cualidades en virtud de las cuales muchas de nuestras iglesias le habrían admitido en su seno sin titubear; pero Cristo insiste en que es indispensable que haya cambio de corazón.

PRISCILA, antigua, Rom. 16:3; Hech. 18:2, 18; 1 Cor. 16:19, diminutivo de Prisca, 2 Tim. 4:19, el nombre de la esposa de Aquila, cuya hospitalidad y enseñanzas bíblicas a Apolos, y sabios consejos al joven pastor Timoteo, demuestran cuán útil puede ser una madre creyente.

PRISIÓN o CÁRCEL, Los Egipcios tenían prisiones encomendadas al cuidado de oficiales militares, Gén. 39:20; 40:3. Algunas veces se usaban los pozos secos o las cisternas como lugares de encierro, Gén. 37:24; Jer. 38:6-11. Dos personas fueron puestas en la cárcel durante las peregrinaciones de los Israelitas por el desierto, Lev. 24:12; Núm. 15:34; pero la prisión como castigo no fue prescrita por la ley mosaica, En el tiempo de los Reyes, sin embargo, había una cárcel adjunta al palacio, 1 Rey. 22:27; Jer. 32:2; 37:21; comp. Neh. 3:25. Esto también sucedió en tiempo de los Herodes, Mat. 14:3-11; Hech. 12:4. Por los Romanos la fortaleza Antonia era empleada de ese modo, así como el pretorio de Cesárea, Hech. 23:10, 35. Las autoridades sacerdotales tenían también una cárcel en Jerusalén, Hechos 5:18-23; 26:10.

PROBAR. Esta palabra tiene dos significados: verificar o demostrar, Hech. 25:7, y sujetar a examen o experiencia para conocer alguna cualidad, Ex. 16:4; 20:20; Luc. 14:19 El sustantivo “prueba” se usa también en ambos sentidos, y “probación” se emplea en algunos casos en el último. Adán fue puesto a prueba y cayó, Gén. 2:15-17; 3:1-6; y todos los hijos de Adán están también a prueba, Sal. 7:9; 11:4, con la oportunidad de volverse a Dios y ser salvos, Job 33:14-30; Prov. 28:13; 1 Juan 1:9. La prueba implica que el que es sometido a ella puede distinguir entre el bien y el mal, y sabe que ha de obedecer la conciencia y que merece castigo por la desobediencia; y por otra parte, implica que hay fin periodo de tentación y de auxilios divinos para la santidad, y en el cual se verifica la aceptación final o el desechamiento continuado de las amonestaciones divinas contra el pecado, y se escuchan o se desoyen los divinos llamamientos para que nos volvamos del pecado a la vida. Las Escrituras, lejos de sancionar la idea de que el periodo de prueba continúe en caso alguno más allá de esta vida, se opone abiertamente a ella, Prov. 1:24-31; Mat. 25:10; Rom. 2:12-16; Apoc. 22:11; comp. Ecles. 11:3. No es indispensable un conocimiento claro del camino que guía a la salud eterna para que uno pueda experimentar ese sincero pesar por haber pecado, y esa confianza implícita en Dios, que aseguran la salvación, pues durante los tiempos de que trata el Antiguo Testamento él impartía estas gracias salvadoras a multitudes que no tenían un conocimiento claro de Cristo, y es de esperarse que la impartía a muchos en los países paganos, Hech. 10:35; Rom. 2:12, 13.

PROCÓNSUL, *presidente*, o *capitán*, 1 Rey. 22:47; Est. 8:9; 9:3. La palabra griega traducida por “procónsul” en Hechos 13:7, 8, 12; 18:12; 19:38, es el título que comúnmente se daba al gobernador de una provincia romana cuando era nombrado por el senado. El uso que de ese título se hace en los pasajes antes citados, más bien que de otro, vago o general, es una de tantas pruebas que, sin haberlo intentado así, se presentan de la veracidad de la narración sagrada.

PRÓCORO, *jefe del coro*, uno de los primeros siete diáconos, Hech. 6:5, de quien no se sabe nada más.

PROFETA, El término hebreo traducido así, parece significar uno que derrama o vierte ... las comunicaciones recibidas de Dios. Otros dos términos hebreos que significan vedores o videntes, se aplican a menudo a hombres que han recibido esa comisión, 1 Crón. 29:29. En la Biblia española el significado general de la palabra “profeta,” que se ha tomado del griego, es uno que habla en lugar de otro, especialmente uno que expresa la voluntad de Dios. Así a Abraham se le llama profeta, Gén. 20:7, y a Aarón, el profeta de Moisés, Ex. 7:1. El significado especial pero más frecuente de la palabra, es uno que dice los acontecimientos futuros. Los encargados de comunicar la voluntad divina recibían de Dios a menudo la facultad de revelar dichos acontecimientos. La profecía en este sentido, es decir, el anuncio de los acontecimientos futuros en virtud de la inspiración recibida de Dios, es muy diferente de una conjetura sagaz y feliz en cuanto a lo futuro, y de un oráculo vago y equívoco, sin ningún significado positivo. Una verdadera profecía procede solamente de Dios, y es la más alta prueba del divino origen del mensaje de cual es una parte, Isa. 41:21-23; 45:21; 46:9, 10. La verdadera profecía puede ser conocida por estas señales: que se anuncie en un tiempo oportuno, antes del acontecimiento que predice; que resulte tener un acuerdo particular y exacto con ese acontecimiento; que sea tal, que ninguna sagacidad o previsión humana pueda producirla; y que sea pronunciada por uno que fundadamente diga que está bajo la inspiración del Todopoderoso. Muchas de las profecías de las Escrituras predijeron acontecimientos muchos siglos antes de que se verificaran, acontecimientos de los cuales no parecía haber entonces ninguna probabilidad de que tuvieran lugar, y cuyo cumplimiento dependía de innumerables contingencias, por envolver la historia de cosas y las voliciones de personas que aún no existían; y con todo, esas predicciones fueron cumplidas, en el tiempo, en el lugar y de la manera que se profetizó que se cumplirían. Tales fueron las predicciones relativas a la venida y crucifixión del Mesías, y a la dispersión y preservación de los judíos, etc. Las profecías bíblicas abarcan un campo de vasta extensión. Las más antiguas alcanzan hasta el fin de la historia del mundo. El plan se ha venido desarrollando gradual y armoniosamente, de tiempo en tiempo, y por muchas personas diferentes, algunas de las cuales, no comprendiéndolo bien, investigaban diligentemente lo que el Espíritu de Cristo, que estaba en ellas, podía significar, 1 Ped. 1:11. El conjunto es manifiestamente la obra de Jehová, y maravilloso a nuestros ojos. Cubre los escritos proféticos cierto grado de oscuridad que sólo se puede despejar con un estudio asiduo precedido de la oración, y en cuanto a las profecías que todavía no se han cumplido será preciso esperar la llegada de los acontecimientos que al fin lo han de aclarar todo. En muchas predicciones relativas primariamente a acontecimientos ya cercanos, fueron designadas por Dios para que anunciaran con certeza acontecimientos aún más importantes, que tendrán lugar en un porvenir mucho más remoto; pues acontecimientos muy distantes entre sí son mirados por el profeta como si estuvieran lado a lado, así como lo están los objetos cercanos y distantes en la pintura de un paisaje. Así en Isa. 10 y 11 la libertad que Judá alcanzó de los Asirios, está relacionada con la emancipación que efectuó el Mesías. En Zac. 9, los triunfos de Alejandro el Grande están relacionados con la venida del Mesías. En Joel 2:28-31, la efusión pentecostal del Espíritu está relacionada con el último día, como se expresa también por Pedro, Hech. 2; y en Mat. 24, acontecimientos relacionados con la destrucción de Jerusalén y rasgos distintos del fin del mundo están mezclados en la idea general de la venida de Cristo. Respecto de la frase del Nuevo Testamento, “esto fue hecho para que se cumpliese la profecía,” véase Cumplido.

Los profetas del Antiguo Testamento de quienes Moisés era un noble ejemplo, Deut. 18:15, 18, eran varones especiales de Jehová, criados y enviados, cuando la ocasión lo requería, para exhortar a los hombres al deber, convencerlos de pecado, llamarlos al arrepentimiento y a la enmienda; para instruir a los reyes, y anunciar contra las naciones los juicios de Dios, 2 Rey. 17:13. Durante el periodo de los Jueces, los sacerdotes y Levitas habían, al parecer, degenerado y corrompido. Se necesitaba una reforma. Para efectuarla fue traído al mundo Samuel, 1 Sam. 3:20, y desde su tiempo los profetas aparecen como una orden regular e importante en la teocracia hebrea. Saúl, David y Salomón, aunque participantes de los dones proféticos, fueron amonestados por ellos; comp. Hech. 2:29-31. Después de la división del reino, los profetas obraron activamente en Israel, nación de la cual se retiraron los verdaderos sacerdotes del Señor, 2 Crón. 11:13, y en donde aquellos conservaron hasta cierto punto el culto puro de Jehová, 1 Rey. 18; 19:10, 14, 18; 2 Rey. 4:9, 23,42; 2 Crón. 28:8-15. Los más ilustres de los profetas de Israel fueron Elías y Eliseo, Jonás, Amós y Oseas. En Judá una serie de profetas declararon la voluntad de Dios a varios reyes sucesivos, a los sacerdotes y al pueblo. Algunos profetas fueron también historiadores, 2 Crón. 9:29; 26:22; 32:32. La mayor parte de los profetas cuyos escritos se han conservado, pertenecían al reino meridional. Hubo profetas falsos e idólatras, Jer. 23; 28, y algunos que aunque verdaderos intérpretes de la voluntad de Dios, fueron desobedientes en su conducta, Núm. 22-24; pero casi todos los verdaderos profetas de Dios fueron humildes, fieles, abnegados y hombres sin temor, 2 Rey. 1:8; 5:15, 16, a menudo perseguidos y muertos, Hechos 7:52; Heb. 11:32-38; Sant. 5:10, pero que ejercieron un influjo poderoso como testigos de Dios, y formaron un eslabón entre la dispensación mosaica y la cristiana.

Férvidas y vehementes expresiones brotaban algunas veces de personas que se hallaban bajo la influencia del Espíritu de Dios; discursos semejantes en el modo, aunque enteramente diferentes en el asunto, podrían ser llamados proféticos, cuando emanaban de personas llenas de un espíritu maligno, como Saúl, 1 Sam. 18:10.

“Las escuelas de los profetas” se mencionan por primera vez en tiempo de Samuel, y pueden haber sido fundadas por él. Una fue después establecida en Rama, 1 Sam. 19:19, 20; más tarde las hallamos en Gilgal, Betel, Jericó y en otras partes, 2 Rey. 2:1, 3, 5, 15; 4:38; 6:1, 2. Bajo la superintendencia de un profeta anciano llamada “padre o maestro,” 1 Sam. 10:12; 2 Rey. 2:3, los jóvenes eran instruidos en la ley y sus interpretaciones, y en la música y la poesía sagrada, cosas que están asociadas siempre con la profecía. Exod. 15:20, 21; Jue. 4:4; 5:1; 1 Sam. 10:5; 1 Crón. 25:1-6; 2 Rey. 3:14, 15. Aunque esta educación podría poner a los hombres en aptitud de llegar a ser los instrumentos de Dios, el don profético de la inspiración era algo exterior e independiente de ella, habiendo sido conferido, por ejemplo, a Amós que no había recibido educación profética, Amós 7:14, 15.

Los profetas recibían sus mensajes de Dios, algunas veces en visiones, éxtasis y sueños. Compare Núm. 24:2-16; Isa. 6; Joel 2: 28; Hechos 10:11, 12; Apoc. 1:10-20. Estas revelaciones iban en ocasiones acompañadas de manifestaciones imponentes de la Deidad, y en otras eran simplemente infundidas en la mente por el Espíritu de Dios. Sus mensajes eran comunicados a los reyes, príncipes y sacerdotes a quienes más importaban, o al pueblo en general, por escrito o de palabra, y en los lugares públicos, a menudo con milagros, o con acciones simbólicas que llevaban por objeto explicarlos y darles mayor valor, Isa. 20; Jer. 7:2; 19; Ezeq. 3:10.

Además de las expresiones proféticas que se hallan diseminadas en muchas de sus otras páginas, el Antiguo Testamento contiene los escritos inspirados de 16 de los profetas hebreos, cuatro de los cuales,

Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, son llamados profetas mayores, y los otros doce profetas menores. Véase cada nombre en su lugar respectivo, para más detalles.

La época en que aparecieron los profetas canónicos abarca como 430 años, de 850 a 420 A. C. Véase la Tabla correspondiente.

Algún tiempo después de la conclusión del canon del Antiguo Testamento, los judíos agruparon sus Escrituras en tres grandes divisiones, dándosele a la segunda el nombre de “los Profetas,” Luc. 24:44.

La inspiración profética fue conferida a Zacarías y Simeón, Luc. 1:67-79; 2:25-32. El orden profético fue señaladamente representado de nuevo por Juan el Bautista, Mat. 11:7-18; Mar. 1:2-8; Luc. 3:2. Cristo, de quien todos los profetas dieron testimonio, Luc. 24:27, 44; Hech. 10:43; 1 Ped. 1:10, 11, es eminentemente el Profeta de su iglesia en todos los siglos, Deut. 18:15-19; Hech. 3:22-24, y revela por medio de sus inspirados siervos, de sí mismo, y de su Espíritu, todo lo que sabemos de Dios y de la inmortalidad. Sus apóstoles ejercitaron el don profético como maestros inspirados de Dios, “dando testimonio de Jesús,” Apoc. 19:10, y prediciendo los acontecimientos futuros. Fueron particularmente privilegiados sobre todos los profetas del Antiguo Testamento, en haber visto al Mesías, Mat. 13:16, 17. El escritor del Apocalipsis es el trasunto de los profetas del Antiguo Testamento a quienes fueron reveladas visiones de lo futuro. En la iglesia apostólica, los profetas eran una clase de hombres que habían recibido dones sobrenaturales, y ocupaban un lugar inmediato al de los apóstoles, 1 Cor. 12:28; Efes. 4:11. Según parece, hablaron por inmediata inspiración, ya fuera con referencia al futuro, como Agabo, Hech. 11:28; 21:10, 11, o al presente, como en la misión de Pablo y Bernabé, Hech. 13:1-3, o para explicar públicamente los oráculos de Dios que habían sido dados como doctrina o práctica, Hech. 15:27, 28, 32; comp. 1 Cor. 11:4, 5; 12:10, 11; 14:1, 3-6, 22-26, 29-33; Efes. 3:5.

Los Griegos daban a sus profetas el nombre de “profetas” o “intérpretes de las musas,” y en este sentido Pablo aplica ese término al poeta Aratus, Tit. 1:12.

PROFETISA, la esposa de un profeta, Isa. 8:3, o una mujer que tenía el don de la profecía, como, en el Antiguo Testamento, María, Ex. 15:20; Débora, Jue. 4:4; Hulda, 2 Rey. 22:14, y tal vez Ana, 1 Sam. 2:1; en el Nuevo Testamento, Ana, Luc. 2:36-38; Elisabet y María temporalmente, Luc. 1:41-55. Las cuatro hijas de Felipe el evangelista profetizaron, Hech. 21:9; comp. Hech. 2:17, 18; 1 Cor. 11:5. Noadías era profetisa falsa, Neh. 6:14.

PRÓJIMO, En tiempo de nuestro Señor, los Fariseos habían circunscrito el significado de la palabra “prójimo,” a los individuos de su propia nación, o a sus propios amigos, creyendo que aborrecer a un enemigo no estaba prohibido por la ley, Mat. 5:43. Pero nuestro Salvador les enseñó que los hombres de todo el mundo eran prójimos, y que no debían hacer a otro lo que no quisieran que les hiciese a ellos mismos, y que esta caridad había de incluir aun a los enemigos. Véase la hermosa parábola del Buen Samaritano, quien fue realmente prójimo del necesitado, Luc. 10:29-37.

PROMESA, palabra usada por Pablo para denotar los dones espirituales de Dios, principalmente el Mesías, el Espíritu Santo, y la plenitud de las bendiciones evangélicas, las cuales se garantizaron a Abraham y a otros santos en favor de ellos mismos y de los creyentes que viniesen después de ellos, Rom. 4:13, 14; Gál. 3:14-29. Los “hijos de la promesa” son, o bien los descendientes de Isaac y de Jacob, a distinción de los de Ismael y de Esaú, Rom. 9:8-13, o bien los judíos convertidos al cristianismo, o todos los verdaderos creyentes que por la fe participan de la promesa de la salvación en Cristo. En Heb. 11:39, “promesa” significa la cosa prometida, Hech. 1:4. Las “preciosas y grandísimas promesas” de Dios,

incluyen todas las cosas buenas para esta vida y la futura, que están infaliblemente aseguradas a su pueblo en Cristo, 2 Cor. 1:20; 1 Tim. 4:8; 2 Ped. 1:4. Mediante los infinitos méritos del Redentor, se les ha prometido a los creyentes, que el amor infinito, la sabiduría ilimitada y la omnipotencia serán empleados para su bien; y habiéndoles dado a su único Hijo, Dios les dará con él gratuitamente cualquiera bendición inferior que él ve les es conveniente, Rom. 8:32.

PRONOSTICADORES, Isa. 47:13, caldeos que pretendían predecir los acontecimientos futuros observando las fases variantes de la luna, o de mes en mes.

PROPICIACIÓN, la ofrenda que apacigua la ira de aquel contra quien se ha cometido una ofensa. “Cristo es la propiciación por nuestros pecados,” Rom. 3:25, por cuanto o que su solo sacrificio quita los obstáculos que impedían a la misericordia de Dios salvar a los pecadores, y apacigua la ira justa de la ley, 1 Juan 2:2; 4:10. La misma palabra griega se usa en la Septuaginta para denotar una expiación, Núm. 5:8; un sacrificio por el pecado, Ezeq. 44:27; y la cubierta del arca de la alianza, Lev. 16:14; Heb. 9:5. Véase Arca De La Alianza.

PROSÉLITO, *recién venido*; entre los judíos, un convertido del gentilismo al judaísmo. La ley mosaica, y después los profetas, mandaban que se diera un trato bondadoso al extranjero—en la Septuaginta “prosélito”—es decir, a uno que no era Israelita de nacimiento pero que moraba en Israel, Lev. 19:33, 34; Deut. 10:18, 19; Jer. 22:3; Zac. 7:10. Se le exigía que guardase el sábado, Exod. 20:10, y que se abstuviese de la idolatría y de la blasfemia, Lev. 20:2; 24:16; tenía derecho a ser protegido en las ciudades de refugio, Núm. 35:15, y podía celebrar el día de la expiación, Lev. 16:29, la fiesta de las semanas y de los tabernáculos, Deut. 16:11, 14, pero no podía celebrar la pascua sin someterse previamente a la circuncisión, Exod. 12:48; Núm. 9:14, pues era en virtud de esta que se incorporaba de un todo en la congregación de Israel, y que se comprometía a observar su ley en todos sus detalles. La dispersión de los judíos por muchas tierras en el periodo que medió entre la cautividad y el establecimiento del cristianismo, hizo que su fe fuese conocida entre los Gentiles, muchos de los cuales, especialmente las mujeres, se inclinaban a una adopción más o menos completa de ella, Hech. 2:10; 16:13; comp. Ester 2:7. Los judíos en su celo por hacer prosélitos, empleaban algunas veces medios vituperables. Así en el tiempo de los Macabeos, Juan Hircano hizo prosélitos a los Idumeos por la fuerza, 130 A. C. Y nuestro Salvador reprende a los Fariseos por su celo ciego en cuanto a hacer prosélitos al judaísmo ceremonial, sin cuidarse de la circuncisión del corazón, Mat. 23:15; Rom. 2:28, 29. Los Rabinos recientes, es decir, los del segundo siglo A. D. para acá clasifican a los prosélitos: 1. “prosélitos (o extranjeros) dentro de la puerta,” Exod. 20:10, quienes sin estar circuncidados o sin adoptar todo el ritual judío, abrazaban el monoteísmo y las esperanzas mesiánicas de los judíos, y observaban lo que los Rabinos llamaban “los siete preceptos de Noé,” contra la idolatría, la blasfemia, el homicidio, el incesto, el robo, la resistencia a los magistrados, y el comer sangre o animales cuya sangre no hubiera sido derramada. A esta clase pertenecían probablemente el centurión de que trata Luc. 7, los Griegos mencionados en Juan 12:20, Cornelio, Hech. 10, y tal vez otras personas que no eran judías, mencionadas como “devotas y temerosas de Dios.” 2. Los “prosélitos de la justicia,” esto es, los prosélitos completos o efectivos, que obligados a la perfecta observancia de la ley mosaica, y de la circuncisión, el bautismo y una ofrenda, obtenían todos los derechos de los judíos que lo eran de nacimiento, a quienes a menudo excedían en fanatismo, Mat. 23:15; comp. Hech. 13:50. Muchos prosélitos se convirtieron al cristianismo, Hech. 6:5; 13:43; 16:14; 17:4; 18:7.

PROVERBIOS DE SALOMON, uno de los libros poéticos del Antiguo Testamento, colección de agudas y sentenciosas máximas morales, fruto de la sagacidad y la experiencia humana, pero sobre todo, de la inspiración de Dios. Salomón, que expresó más de 3,000 proverbios, 1 Rey. 4:32; Ecl. 12:9, fue el

principal autor, como por el año 1000 A. C.; pero el libro, que puede haber sido compilado en su presente forma en el reinado de Ezequías, Prov. 25:1, contiene proverbios de fecha posterior y de procedencia diferente de la de los de Salomón. No hay libro del Antiguo Testamento cuya autoridad canónica esté mejor comprobada, y el Nuevo Testamento lo cita a menudo o hace alusión a él; véase Rom. 12:20; 1 Tes. 5:15; Heb. 12:5, 6; Sant. 4:6; 1 Ped. 4:8; 2 Ped. 2:22. Sus “palabras aladas” son un rico almacén de sabiduría celestial, y pocas cuestiones pueden suscitarse en la vida real, sobre las cuales no puedan ellas arrojar luz. Un misionero en la India dice que ningún libro de la Biblia es tan popular entre los naturales como el de los Proverbios, por cuanto se adapta tan admirablemente a las costumbres y necesidades del pueblo oriental.

Las partes principales son como siguen:

1. Caps. 1 a 9. Una serie de proverbios bien encadenados que recomiendan y describen la verdadera sabiduría que viene de lo alto y comienza en el temor de Dios; contienen a la vez amonestaciones en contra de la necesidad.
2. Caps. 10 a 22:17. Una colección de máximas separadas morales y prácticas, con frecuentes referencias al Señor como testigo y remunerador de la conducta humana.
3. Caps. 22:18 a 24:22. Una serie unida que recomienda la justicia y la prudencia.
4. Cap. 24:23-34. Dichos separados de varios sabios.
5. Caps. 25 a 29. Otra colección de proverbios por Salomón, copiados por los empleados de Ezequías.
6. Cap. 30. “Las palabras de Agur el hijo de Jakeh,” que ministran ejemplos de los Proverbios enigmáticos tan populares en el Oriente.
7. Cap. 31:1-9. “Las palabras del rey Lemuel,” exhortaciones a la templanza y a la justicia.
8. Cap. 31:10-31. Un poema alfabético y acróstico, que enumera las cualidades de la mujer virtuosa, y hace el elogio de ella.

PROVIDENCIA, un cuidado directivo y previsor. La providencia de Dios sostiene y gobierna todo lo creado. Su operación es tan extensa como el universo, y tan incesante como el curso del tiempo. Todos sus atributos toman parte en ella. Provee al cuervo su alimento, y satisface las necesidades de todo ser viviente. La Biblia nos muestra que toda la naturaleza le dirige su mirada, y depende de él, Job 38:41; Sal. 104; 145:15, 16; 147:8, 9; y constantemente declara que todo acontecimiento, así como todo ser, están enteramente subordinados a él. No hay nada en el universo que pueda llamarse casual: “La suerte se echa en el seno; mas de Jehová es todo su juicio.” Prov. 16:33. Ni un gorrión, ni un pelo de la cabeza cae al suelo sin su conocimiento, Isa. 14:26, 27; Mat. 10:29, 30; Hech. 17:24-29. Cualquier cosa que no fue demasiado pequeña para que Dios la crease, ni demasiado pequeña para que él deje de conservarla y gobernarla. La historia de cada hombre, la organización y la caída de las naciones, y el progreso de la iglesia de Cristo, revelan a cada momento la mano de Aquel que “obra todas las cosas según el consejo de su propia voluntad.”

PROVINCIA, I., se usa probablemente en el sentido de “tribu,” en 1 Rey. 20:14-19.

II. En otros pasajes denota las divisiones del imperio Caldeo, Dan. 2:49, y del imperio Persa, Esd. 2:1; Ester 1:3, 22, siendo estas secciones más pequeñas de las satrapías, cada una de las cuales tenía su propio gobernador.

III. Hech. 23:34; 25:1. Después de la batalla de Actiúm, 27 A. C., Augusto dividió las provincias romanas en provincias senatorias e imperiales, asignando al senado las que podían gobernarse fácilmente, y reteniendo las turbulentas para sí mismo. Sobre cada provincia senatoria se nombraba anualmente por el Senado un procónsul con poderes puramente civiles. Una provincia imperial era gobernada por un delegado o presidente, o en algunos casos por un procurador nombrado por el emperador. Entre las provincias imperiales se contaba Siria, de la cual Judea era una sub-provincia, gobernada por un procurador, que era auxiliado en sus funciones por un “consejo,” Hech. 25:1, 12. Un ciudadano romano tenía el derecho de apelar de un gobernador provincial, al emperador, vers. 11.

PTOLOMEO o TOLOMEO. El nombre dinástico de los reyes griegos de Egipto.

I. Ptolomeo, I., Soter, 323-285 A. C., el fundador de la dinastía, probablemente hijo de Filipo de Macedonia, fue uno de los generales de Alejandro el Grande. Después de la muerte del conquistador, Ptolomeo se apoderó de Egipto, 323 A. C., y lo defendió contra Pérdicas, 321, Demetrio, 312, y Antígono, 301 A. C. En una expedición contra Siria, probablemente 320 A. C., tomó a Jerusalén en un sábado, y llevó cautivos a muchos judíos a Egipto, en donde, sin embargo, los trató bondadosamente; y fundó una floreciente colonia de judíos. Se supone que a él se hace referencia en Dan. 11:5, como “el rey del sur.”

II. Ptolomeo II., Filadelfo, 285-247 A. C., hijo del anterior. Fue amante de la instrucción, fundó la biblioteca y el museo de Alejandría, y se dice que mandó hacer la traducción Septuaginta del Antiguo Testamento. Procuró hallar una base en que la religión hebrea y la filosofía griega pudiesen descansar juntas. En una guerra con Antíoco II., de Siria, aseguró la paz 350 A. C., casando a su hija Berenice con el rey de Siria; véase Dan. 11:6.

III. Ptolomeo III, Euérgetes, 247-222 A. C., hijo del anterior, invadió a Siria, como por el año 246 A. C., para vengar el repudio y el asesinato de su hermana Berenice. Extendió sus conquistas a Antioquía y a Babilonia, ofreció sacrificios en el templo de Jerusalén, y devolvió a Egipto los ídolos egipcios que Cainbises había llevado a Babilonia, Dan. 11:7-9.

IV. Ptolomeo IV., Filópator, 222-205 A. C., hijo del precedente. Después de la invasión de Egipto por Antíoco el Grande, Ptolomeo ganó una gran victoria sobre el rey de Siria en Rafia, cerca de Gaza, 215 A. C., Dan. 11:10-12; y habiendo ofrecido sacrificios de acción de gracias en el templo de Jerusalén, intentó entrar al santuario, pero fue herido de parálisis repentinamente.

V. Ptolomeo V., Epífanos, 205-181 A. C., tenía sólo 5 años de edad a la muerte de su padre Ptolomeo IV. Durante su minoría Antíoco el Grande tomó a Cele-Siria, Fenicia y Judea, en donde había una fuerte facción Siria entre los judíos; y muchos de los judíos que favorecían la dinastía ptolomeana, buscaron refugio en Egipto; por la mediación de Roma, y el casamiento de Cleopatra la hija de Antíoco, con Ptolomeo, 193 A. C., Egipto y Siria se reconciliaron, pero el poder de Egipto decayó rápidamente, Dan. 11:13-17. Ptolomeo fue envenado cuando preparaba una expedición contra Seleuco, el hijo de Antíoco el Grande.

VI. Ptolomeo VI., Filómeter, 181-146 A. C., tenía 6 años de edad cuando murió su padre. Bajo la regencia de su madre, Egipto disfrutó de paz con Siria; pero después de la muerte de ésta, 173 A. C., Antíoco Epífanes invadió a Egipto, o hizo prisionero a Ptolomeo. Su trono fue entonces ocupado por su hermano menor, Ptolomeo Fiscon, con quien después que recobró su libertad compartió el reino. Otra invasión de Egipto por Antíoco, 168 A. C., fue contrarrestada por los Romanos, Dan. 11:25-30. Durante su reinado, el sumo sacerdote Onías buscó refugio en Egipto contra los desórdenes de Jerusalén, y fue edificado el templo judío en Leontópolis, proporcionando un centro religioso a los judíos que estaban en Egipto.

PUBLICANO, un empleado de la hacienda pública encargado de la recaudación de contribuciones. Entre los Romanos había dos clases de recaudadores; unos eran empleados superiores y generales, y otros los que aquellos enviaban a cada provincia, y les eran subalternos. Los primeros percibían y reunían las rentas del imperio, y daban cuenta de ellas al emperador. Estos hombres disfrutaban de grandes consideraciones en el gobierno, y Cicerón dice que entre ellos figuraba la flor de los caballeros romanos, la gala de la ciudad, y la fuerza de la nación. Pero los segundos, es decir, los sub-colectores, o publicanos de más baja categoría, eran mirados como ladrones o rateros. Habiendo sido preguntado Teócrito cuáles eran las más crueles de todas las fieras, contestó: “Entre las bestias del desierto, el oso y el león; entre las bestias de la ciudad, el publicano y el parasito.” Entre los judíos el nombre y la profesión de publicano eran en extremo odiosos. No podían ver sin la mayor repugnancia, que los publicanos cobraran los tributos y contribuciones que les eran impuestas por los “extranjeros,” los Romanos. Los Galileos o herodianos especialmente, se sometían a esto de muy mal grado, y aun lo creían ilegal, Deut. 17:15. A aquellos de su propia nación que aceptaban semejante cargo, se les miraba como paganos, Mat. 18:17. Aun se dice que no les permitían que entraran al templo o a las sinagogas, que tomaran parte en las oraciones públicas, desempeñaran cargos de judicatura, o dieran testimonio en un tribunal de justicia.

Había muchos publicanos en Judea en tiempo de nuestro Salvador. Zaqueo probablemente era uno de los recaudadores superiores, puesto que se le llama “el principal entre los publicanos,” Luc. 19:2; pero Mateo era un publicano inferior, Luc. 5:27.

Los judíos reprochaban a Jesús que fuera “amigo de los publicanos y pecadores, y que comiese con ellos,” Luc. 7:34; pero él, conociendo el egoísmo, la incredulidad y la hipocresía de sus acusadores, replicó: “Los publicanos y las ramera os van delante al reino de Dios,” Mat. 21:31. Compárese también el bello comportamiento del publicano penitente en el templo, y el espíritu del fariseo que se justificaba a sí mismo, Luc. 18:10-14.

PUBLIO, el gobernador de Melita cuando Pablo naufragó en aquella isla, 60 A. D., Hech. 28:7-9.

PUERCO, Prov. 11:22, animal bien conocido, prohibido como alimento a los Hebreos, quienes veían su carne con tal horror, que no querían ni aun pronunciar su nombre, Lev. 11:7; Deut. 14:8. Tiene la pezuña hendida, pero no rumia el alimento, y como el animal vivo tampoco prestaba utilidad alguna, no se practicaba su cría por los Hebreos, ni ahora se practica por los judíos o Musulmanes modernos. El hecho de comer carne de puerco se contaba entre las más odiosas de las abominaciones idolátricas que se imputaban a algunos de los judíos, Isa. 65:4; 66:3, 17. La manada de puercos destruida por los espíritus malignos en el Mar de Genezaret, Mat. 8:32; Mar. 5:13, se supone que pertenecía a judíos que en contravención a lo preceptuado por la ley, los vendían a los gentiles que tenían de vecinos. La hermosa y conmovedora parábola del hijo pródigo manifiesta que el empleo de cuidar puercos era uno de los más degradantes, Luc. 15:14-16. Lo incorregible de los hábitos asquerosos de este animal ejemplifica la

imposibilidad de la enmienda sin previa regeneración, 2 Ped. 2:22; así como su hábito de hollar en el fango cualquier objeto precioso que no puede comer, ejemplifica el modo como algunos hombres relajados tratan el evangelio, Mat. 7:6. Véase Puerco Montes.

PUERCO MONTÉS, El puerco montés se considera como el antecesor del cual desciende la familia del puerco común. Es un animal fiero y formidable. Sus colmillos son más grandes y fuertes que los de los animales domesticados. Su color es gris oscuro, tirando a negro. Su trompa es larga, y sus orejas pequeñas. Los puercos monteses se encuentran en el Monte Carmelo, y cerca del Mar de Tiberíades. A las destructoras correrías de estos animales se hace referencia en Sal. 80:13.

PUERRO, verdura bulbosa parecida a una pequeña cebolla. Los Hebreos se quejaron en el desierto de que el maná se hacía insípido para ellos: y suspiraban por los puerros y las cebollas de Egipto, Núm. 11:5. Hasselquist dice que el karrat o puerro que conocemos, es una de aquellas legumbres que los Israelitas deseaban, porque ha sido cultivado en Egipto desde tiempo inmemorial. La palabra hebrea se traduce comúnmente “yerba” en la Biblia española.

PUERTA, Las puertas de las ciudades amuralladas del Oriente eran generalmente de dos hojas y de madera, Jue. 16:3, cubiertas a menudo de gruesas láminas de hierro o de cobre, Sal. 107:16; Isa. 45:2; Hech. 12:10, aseguradas con cerrojos y barras, Deut. 3:5; 1 Rey. 4:13, y tenían torres a los lados, 2 Sam. 18:24, 33. Eran a veces dobles, es decir, había una por fuera y otra por dentro, 2 Sam. 18:24, 33, y sobre ellas se construían atalayas. Las puertas del palacio y del templo estaban muy adornadas, Deut. 6:9; 1 Rey. 6:31-33; 2 Rey. 18:16; Ezeq. 41:23-25. Las puertas grandes tenían llaves de dos pies o más de largo. Compare Isa. 22:22. Algunas puertas eran de losas labradas, Isa. 54:12; Apoc. 21:21, y muchas puertas de piedra se hallan en las ruinas del Haurati.

Una ciudad se consideraba generalmente como tomada cuando el enemigo se apoderaba de sus puertas, Deut. 28:52; Jue. 5:8. Por esto es que puerta significa algunas veces poder, dominio. Dios promete a Abraham que su posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, es decir, sus ciudades, sus fortalezas, Gén. 22: 17. Así también la expresión “las puertas del infierno” significa el poder de la muerte o del infierno mismo, Mat. 16:18. “La Sublime Puerta” de Constantinopla significa los dignatarios del Gobierno Turco. Compare Jer. 43:8-11; 1 Rey. 7:7. En las ciudades orientales había siempre un espacio abierto o lugar adyacente a cada puerta, que servía tanto para el mercado, como para administrar justicia, Gén. 23:10-18; Rut 4:1-12; Deut. 16:18; 21:19; 25:6, 7; 2 Rey. 7:1; Neh. 13:19; Prov. 22:22; Amós 5:10, 12, 15. Véase igualmente Dan. 2:48, 49; Zac. 8:16. Allí se reunía también la gente a pasar sus ratos de ocio, Gén. 19:1; a menudo personas holgazanas y vagabundas que se juntaban con los borrachos, Sal. 69:12. Las aflicciones por la que pasaba una ciudad se echaba de ver en el duelo o soledad que se notaban en esos puntos de reunión, Isa. 14:31; Jer. 14:2. Allí se hacían las proclamas públicas, y se comunicaban al pueblo los mensajes de los profetas, Prov. 1:21; 8:3; Isa. 29:21; Jer. 17:19; 26:10. Cerca de la puerta de la ciudad, pero fuera de ella, tenían lugar las ejecuciones de los reos, 1 Rey. 21:13; Hech. 7:58; Heb. 13:12. Alzar la puerta de una casa más de lo necesario, por orgullo, aumentaba el peligro en que se estaba de ser robado, Prov. 17:19. Abrirla de par en par, era señal de alegría y bienvenida, como cuando el Salvador ascendió al cielo, Sal. 24:7, 9; y las puertas abiertas de la Nueva Jerusalén, en contraste con las de ciudades terrenales cuidadosamente cerradas y defendidas al caer la noche, indican la feliz seguridad de aquel mundo de luz, Apoc. 21:25. Véase Jerusalén.

PUL, I., rey asirio como por el año 765 A. C., en que Asiria se menciona por primera vez en la Escritura después del tiempo de Nimrod. Invadió a Israel durante el reinado de Menahem, pero fue inducido a retirarse por un presente que se le hizo de 1,000 talentos de plata, equivalente por lo menos a

\$1.500,000, 2 Rey. 15:19, 20; 1 Crón. 5:26. Se le identifica con Phul-lukh, el de las planchas de Nínive, en donde se dice que invadió a Siria y recibió tributo de Samaria. Véase Teglát-Falasar.

II. Nombre dado en Isa. 66:19, a una región ligada con Tarsis y Lud. Bochart y otros suponen que es la isla Philae en el Nilo cerca de Etiopía, con el país circunvecino; otros la colocan en alguna región remota de África; por la Septuaginta es identificada con Put, nombrada con Lud en Egipto, en Ezeq. 27:10; 30:5. Véase Put.

PULGÓN, en la versión antigua de Reina se traduce por esta palabra la hebrea que significa una especie de langosta, quizá en el estado de larva, Joel 1:4; Nah. 3:15, 16.

PUNÓN, oscuridad, estación cerca del término de las peregrinaciones en el desierto, entre Salmona y Obot, Núm. 33:42, 43. Jerónimo la identificó con el Phceno idumeo, entre Petra y Zoar, en donde había minas de cobre trabajadas por los reos convictos. Palmer piensa que tal vez es la misma estación llamada ahora Anezeh, en el camino que siguen los peregrinos de Damasco a la Meca.

PURA, *rama*, criado de Gedeón, Jue. 7:10, 11.

PURIFICACIONES, en el sentido legal y ceremonial, estaban prescritas por la ley mosaica para diferentes ocasiones, y eran efectuadas por el uso del agua aplicada en baños o rociamientos, combinada en los casos más graves de contaminación ceremonial, con sacrificios ofrecidos en la casa del Señor, Lev. 12 a 15; Núm. 19; Luc. 2:22-24. La verdad espiritual a que así se daba énfasis, era la necesidad en que el hombre estaba de purificarse del pecado, y lo indispensable de un sacrificio expiatorio para efectuarlo, Isa. 1:16; Ezeq. 36:25; Zac. 13:1; Heb. 9:10, 13, 14, 19-23; 10:22. Después de la vuelta de los judíos de la cautividad, las purificaciones especialmente por los Fariseos se hicieron más numerosas de lo que exigía la ley; y perdiéndose de vista su significación espiritual, eran practicadas como si por sí mismas constituyesen un ritual salvador, Mar. 7:1-8, 18-23. Véase Lavamiento.

PURIM, *suertes*, festividad instituida como por el año 474 A. C., por Ester y Mardoqueo en el reinado de Asuero o Jérges, rey de Persia, para conmemorar el libramiento providencial de los judíos de la matanza premeditada por Amán, Ester 9:20-32. La festividad tomó su nombre del hecho de haberse echado suertes en presencia de Amán, buscando un día propicio para destruir a los judíos, Ester 3:7. Como el día que se señaló así había de ocurrir once meses después de aquel en que se promulgaron los decretos reales, vers. 8-15, se concedió providencialmente un intervalo suficiente a Mardoqueo para buscar y poner en ejecución medidas que se encaminasen a la preservación de su pueblo, Ester 4:1-8, 14; 9:1-19; así la superstición de Amán fue un instrumento que le atrajo su propia ruina; comp. Prov. 16:33. Esta festividad era observada en el día 14 y 15 de Adar, Ester 9:16-19, y era precedida por un ayuno en el 13, en memoria del ayuno de Ester, Ester 4:16. El libro de Ester era leído públicamente en la sinagoga y la congregación unía su voz para maldecir a Amán y Zeres, y para bendecir a Mardoqueo y Ester. Después de los cultos de la sinagoga en la tarde, y en la mañana del día 14, seguía la fiesta, la cual se celebraba en dicho día y el siguiente con festines privados, regalos mutuos, limosnas, juegos y holganza. Todavía se observa por los judíos en el mes de Marzo. "El templo puede faltar, pero el Purim jamás," es un proverbio judío. Algunos piensan que se hace alusión al Purim en Juan 5:1, pero es más probable que sea a la pascua.

PÚRPURA, La famosa y costosa púrpura de Tiro, el color regio de los antiguos, se refiere por la fábula que fue descubierto por el dios Melkat, el Hércules tiriano, cuyo perro habiéndose comido por casualidad la concha de un marisco llamado púrpura, y volviéndose a su amo con los labios teñidos del

color llamado así, dio lugar al descubrimiento de esta preciosa tintura. Dos clases de púrpura se mencionan en el Antiguo Testamento: 1. Argamán, traducida en nuestra versión “púrpura,” y que denota una púrpura rojiza que se obtiene de una o más especies de mariscos de los que se hallan en las costas del Mediterráneo, y que son sin duda el *Murex Trunculus* de Lineo, y probablemente la *Púrpura Lapillus*. 2. Techeteth, traducida en la versión de Reina, “cárdeno.” Esta era una púrpura azulosa o cerúlea, obtenida también de otra especie de marisco.

El color “escarlata” o “carmín,” porque las dos palabras denotan esencialmente el mismo color, era producido por el insecto llamado cochinilla, *Coccus ilicis*. Todos estos colores eran sagrados entre los Hebreos, y se usaban para teñir las vestiduras sacerdotales y los muebles del tabernáculo, Exod. 26:1, 14, 31, 36; 28:31; Núm. 4:6-12; 15:38.

La “púrpura” de los antiguos parece haber incluido muchos tintes extraídos primitivamente del marisco y modificados por varios procedimientos en que los Tirios sobresalían. Como cada marisco producía solamente unas cuantas gotas de materia colorante, la púrpura más fina tenía un precio muy alto. Los vestidos de púrpura eran usados por los reyes y primeros magistrados de la antigua Roma, y Nerón prohibió su uso a sus súbditos bajo pena de muerte. A nuestro Salvador se le vistió con una túnica regia de púrpura para hacer mofa de su título de “Rey de los judíos,” Juan 19:2, 5, Compare también Jue. 8:26; Ester 8:15; Prov. 31:22; Dan. 5:7; Luc. 16:19. Moisés usó en la obra del tabernáculo y en los ornamentos del sumo sacerdote muchos géneros, especialmente de lana, teñidos de púrpura y de carmín, Exod. 25:4; 26:1, 31, 36; 39:1; 2 Crón. 3:14. Los Babilonios vestían también a sus ídolos de túnicas de color de púrpura y azul, Jer. 9:10; Ezeq. 23:15; 27:7, 16.

PUTEOLI, *pozos sulfurosos*, estaba en la orilla septentrional de una pequeña bahía, que corría hacia el norte, al oeste de la bahía mayor de Nápoles. Baice estaba en la orilla occidental. La ciudad daba antiguamente su nombre a toda la bahía, incluyendo a Nápoles. Era un lugar favorito de baños entre los Romanos, que acudían a sus manantiales termales para la curación de varias enfermedades; pero especialmente era el gran puerto de Roma, aunque distaba de ella 141 millas al sudoeste. Los buques alejandrinos que llevaban grano, descargaban allí, y gozaban el privilegio especial de entrar al puerto con todas sus velas izadas. Allí desembarcó Pablo y halló cristianos con quienes pasó una semana, Hech. 28:13, 14. El antiguo nombre griego de este lugar era Dicaearchia. Cicerón tenía una villa cerca de Puteoli, Nerón fraguó allí el asesinato de su madre; Vespasiano concedió a esa ciudad privilegios especiales; Adriano fue sepultado en ella. Pozzuoli, la Puteoli moderna, es una pequeña ciudad 7 millas al oeste de Nápoles. Los restos de la antigua ciudad son un acueducto, algunos depósitos de agua, un anfiteatro, unos baños, un edificio llamado el templo de Serapis, y 13 de los 25 arcos que sostenían el gran muelle en donde desembarcaban los pasajeros y las mercancías.